

CRISTOBAL COLON.



Obsequios de Guacanagari.



plegada en la otra: seguíanle hasta treinta arcabuceros y ballesteros, y por último dos piezas de artillería arrastradas por hombres, á falta de bestias.

Es indecible el entusiasmo que produjo en los isleños el espectáculo de aquella ordenada milicia, y sobre todo el sonido de los clarines. Todos abrieron plaza á los nuevos campeones, lanzando gritos de alegría, y colocándose del mejor modo para presenciar las *danzas del cielo*, segun ellos creían en su simplicidad.

Colon desde su asiento dió algunas órdenes, que al punto fueron transmitidas por don Juan, y los soldados comenzaron á ejecutar con mucho concierto varias evoluciones militares. La muchedumbre aplaudió frenética.

En seguida, nuestro jóven caballero, despues de tomar la venia del Almirante, dispuso un simulado combate al arma blanca, luchando él solo con su espada contra diez soldados armados de dagas, que pretendian arrebatarle su bandera; los arqueros tomaron posiciones contra él, y empezaron á disparar sus flechas al aire, y los arcabuceros acudiendo á defenderle, dispararon sus armas, cargadas al intento con pólvora sola.

Todo habia regocijado en extremo á los indios; pero al oír el estruendo de los arcabuces, unos huyeron profiriendo gritos de espanto, y otros se arrojaron al suelo, como implorando misericordia. Fué menester que Guacanagarí, no muy tranquilo por su parte, mandase llamar á los fugitivos y sosegarlos á todos, haciéndoles saber que aquello era solo una muestra de lo que harian en su defensa sus aliados los españoles. Colon se lo habia explicado así, mientras se efectuaba el simulacro de guerra.

Pero faltaba lo que mayor asombro debia causar á los isleños y al mismo Guacanagarí. Cuando los fingidos enemigos de don Juan comenzaron á declararse en derrota, mandó aquel avanzar la artillería, colocarla en frente de unos grandes árboles, previniendo al mismo tiempo á todos cuantos andaban en sus cercanías que se retirasen: los artilleros dispararon entonces, una despues de otra, las dos lombardas; y las balas de piedra, dando en los troncos de los árboles, los derribaron á los pocos tiros.

Aquel estrago, seguido instantáneamente á las detonaciones de la

artillería, era la mayor prueba de un poder celestial para los sencillos haitianos, que á nada podían comparar lo que veían sino á los efectos de la tempestad. Muchos miraban al cielo, como buscando la preñada nube, que despedía los terribles rayos; otros daban alaridos de espanto, y los mas se cubrían los oídos y se postraban en tierra.

Colon mandó cesar los tiros, y aseguró de nuevo á Guacanagarí, que nunca emplearía contra él ni los suyos aquellas armas; antes al contrario, servirían para defenderlos de los caribes, y de cualesquiera otros enemigos que en adelante intentasen ofenderles.

Desde aquel momento, el gran cacique y su gente consideraron á los españoles casi con adoracion, y la armonía de las dos razas llegó á tal grado, que parecia imposible que hubiera de romperse jamás.

Todo el resto de aquel día se pasó en una desordenada fiesta; pues los indios, rodeando á los españoles, no se cansaban de agasajarlos; y los jefes tuvieron que retirarse, para dejar á unos y otros en completa libertad de dar expansion á sus sentimientos.

Colon pasó aun algunas horas en compañía de Guacanagarí, recreándose en la contemplación de las magnificencias que por doquier ofrecia la naturaleza en aquel florido paraíso: al retirarse á la carabela, para pasar la noche, segun su costumbre, vió llegar una hermosa canoa tripulada por muchos indios, los cuales le aclamaron llamándole el *guamiquima turey*; es decir el gran jefe venido del cielo.

El que parecia mas principal de todos ellos, mandó atracar la canoa, y saltando en tierra, se la mostró á Colón con la mano, diciéndole que venia á ofrecerle aquellos presentes.

La canoa contenia una inmensa cantidad de oro virgen.

---

## CAPÍTULO XIII.

### Una historia de fieras.



UNAMENTE contento pasó Colón aquella noche, y bendijo á la Providencia, que tantos consuelos le ofrecía para compensarle la pérdida de su carabela.

Antes de rendirse al sueño, habló largo rato con don Juan, y entre otras cosas le dijo:

—Nunca debemos desesperar en la adversidad, hijo mio. En vista de lo mucho que Dios nos favorece, debo creer que el naufragio de mi *Santa Maria* ha sido una cuerda disposicion del Altísimo, para que la raza española y nuestras santas creencias echen raíces en este pais. A no ser por esa desgracia, no habríamos tratado tan á fondo á Guacanagarí, ni asegurado su amistad: hoy podemos decir que una gran parte de la isla es ya nuestra; pues hemos ganado los corazones de multitud de gente.

—Y podeis añadir además, que nuestro naufragio es la base del establecimiento de los españoles en este pais; pues conformes con

vuestros intentos, muchos de los que tripulaban la *Santa María* me han dicho esta tarde, que preferirían quedarse en esta tierra, donde son tan bien tratados, á regresar á España en un barco endeble, que no puede conducirlos á todos.

—Me alegro de que la proposición venga de ellos, don Juan; pues á la verdad me temía que no fuese bien acogida. ¿Y qué les habeis dicho?

—Que es muy bien pensado.

—Lástima es que no tengamos aquí á Sancho, dijo el Almirante; pues él promovería la idea entre los demás que conviene se queden.

—No hará falta Sancho, señor: uno de los que desean establecerse aquí hará cuanto gustéis.

—¿Quién es?

—Per-Afan.

—¿Per-Afan quiere quedarse? ¡Diantre! Ved ahí un hombre que siento me abandone.

—Sin embargo, es el mas decidido.

—Y no lo siento solo por él, prosiguió Colon; sino por Diego Mendez, que tambien nos dejará: son dos de nuestros mas fieles amigos, y nos harán falta en el viaje de regreso, que ciertamente puede ser mas peligroso que el de venida.

—Pues no dudeis que Per-Afan tiene empeño en quedarse aquí: acaso teme volver á España.

—Es muy posible: mañana exploraré su intención.

Al dia siguiente, cuando Colon bajó á tierra, encontró en la playa diez ó doce de los náufragos de la *Santa María*, que le aguardaban: Per-Afan estaba entre ellos, y al punto se adelantó para hablarle.

—¡Hola, mi timonel! le dijo Colon. ¿Qué hay de nuevo? ¿No os tratan ya bien los súbditos del gran Guacanagarí?

—Todo lo contrario, señor Almirante, respondió Per-Afan. ¿Nos tratan de modo, que algunos amigos y yo hemos pensado en la conveniencia, y tambien diré necesidad, de quedarnos á vivir con ellos.

—¡Es posible! dijo Colon: ¿pues qué se han hecho aquellos lamentos de los que temian no volver á España?

—Señor, aquello era en tiempo que no se conocia mas España que una: en el dia tenemos otra segunda patria; ó si quereis, una hija de la primera. Por lo demás, yo nunca dí á conocer que sentia lo que dejaba detrás.

—Es cierto: pero esos otros...

—Han mudado de parecer. Por una parte consideran lo arriesgado de viajar tanta gente en una cáscara de nuez, como es la *Niña*, donde no es posible llevar víveres para tantos hombres, ni acomodarse bien todos, por mas que se haga; y por otra, consultan el bienestar que aquí se disfruta, y piensan que tarde ó temprano vendrán nuevas flotas á la Española y tendrán medios seguros, si quieren, de volver á su patria.

—No les falta razon, dijo el Almirante; y puesto que lo desean, yo tambien me inclino á su parecer. ¿Son muchos los voluntarios que quieren quedarse en la isla?

—Somos ya veinticinco.

—Veinticinco... Son pocos para vivir en tierra extraña y tan léjos de su patria.

—Espero que se nos juntarán algunos mas.

—Sí, yo tambien lo creo; pero por una parte es menester que sean los mas honrados, y por otra me duele desprenderme de mis mejores amigos.

—Cómo ha de ser, señor Almirante: la necesidad tiene fuerza de ley.

—Es cierto, y yo me conformo con ella: lo que no puedo mirar sin pena es que esa necesidad me prive de tus servicios, cuando es probable que tambien me abandonen Sancho, Diego Mendez y otros como ellos.

—Ignoro si Sancho piensa quedarse con nosotros, respondió Per-Afan. En cuanto á Diego, bastará que él se quede, para que yo me vaya.

—¿Cómo es eso? dijo Colon, mirando al aventurero de un modo particular. Yo creia que érais buenos amigos.

—Sí, señor: buenos amigos. Cuando me reconcilié con él, lo

hice de corazón, y sacrifiqué todo resentimiento; pero mi amistad hacia él y mis sacrificios no pueden pasar de ciertos límites.

—No os entiendo.—Venid y hablaremos de eso donde nadie nos oiga.

—Vamos donde gustéis.

—Me parece, amigo, continuó el Almirante, que cuando se perdona de corazón, no debe quedar en el alma nada que tenga visos de rencor; y no considero muy sincera una reconciliación, que os deja la repugnancia de vivir con ese hombre en una misma tierra.

—Os confieso, señor Almirante, que no guardo rencor á Diego Mendez, pues reconozco que esto sería una insensatez; pero ese joven ama á Elvira, yo he sorprendido su secreto, y faltaría á mis juramentos, si consintiese la continuación de unas relaciones, que no pueden llegar á granazón. Para evitarlas, el mejor medio es la ausencia: que él esté en España, y mi hija en las Indias: tal es el motivo de mi determinación.

—Ahora os comprendo. Pero, ¿cuánto mejor sería, ya que esos dos jóvenes se aman, que su unión fuese el lazo sagrado de una reconciliación completa?

—Es imposible, señor Almirante. Yo daré á un Mendez mi mano, le defenderé, le querré como amigo, y es mucho exigir de mí: pero nunca sufriré que su sangre se mezcle con la mía.

Mientras así conversaban, Colón y Per-Afan llegaron á un florido bosquecillo, cuyas sombras y perfumado ambiente convidaban con un dulce reposo. El Almirante se sentó en una piedra, y dijo á su compañero de expedición:

—Mas de mil leguas nos separan del país teatro de vuestros dolores; han pasado años desde que sufristeis un ultraje, y nos hallamos en una mansión de delicias, que parece destinada por Dios para morada de una paz eterna. Sin embargo, ni la distancia, ni el tiempo, ni este apacible ejemplo de la naturaleza son tan poderosos como el resentimiento de un corazón endurecido. Me afligís, Per-Afan. ¿No me habíais prometido volver á ser hombre y dejar de ser fiera?

—Escuchadme, señor Almirante.

—Sentaos, y hablaremos con calma.

Per-Afan arrastró una piedra mas baja que la del Almirante, y se sentó á sus piés.

—Cuando un hombre ha recibido ultrajes que tocan al alma, dijo, y cuando esos ultrajes le han conducido á perder el bienestar de toda su vida y hasta su calidad y su honor, ese hombre puede perdonar, pero no olvidar.—Yo tuve un amigo....

—Lo sé.

Y ese amigo envidioso de mi dicha, codició la mujer que yo amaba y los bienes que yo poseía.

—Tengo un recuerdo de eso.

—Incapaz de amar, aquel hombre me aborreció, solo por creermelo afortunado, y odió también á la mujer, que me hacia feliz.

—Entonces, ¿cómo la codició?

—Por despecho, por rabia, por el placer de hacerme daño.

—Eso parece inconcebible.

—Sin embargo, es la verdad. Aprovechando la confianza que yo le dispensaba, urdió una intriga para hacerme reo de alta traicion, y cuando me vió perdido, me ofreció el asilo de su casa, para tenerme seguro y ganar él solo la prez de entregarme al favorito del Rey.

—Eso fué cuando os refugiásteis en el castillo de Mendo Mendez con doña Brianda de Funes?

—Con doña Elvira, repuso Per-Afan suspirando. Todos los nombres de la historia que conté á los marineros son supuestos; los hechos son verdaderos.

—Y bien, ¿qué sucedió entonces?

—Mendo se apoderó de mi esposa, que bien puedo darle este título á la faz de Dios, puesto que mis intenciones eran santas.—La encerró en una torre y pretendió abusar de su posicion; primero con falsos halagos, fingiendo que yo había muerto, y que por lo mucho que la amaba, la tenia guardada para librarla de la cólera del Rey; despues con amenazas y duros tratamientos.

—Eso es infame.

—Sin embargo, Elvira tuvo valor para resistir hasta el fin, y virtud suficiente para preferir la muerte á la flaqueza.

—¿La mató el malvado?

—La mató á pesares: ella estaba en cinta de esa hija, que es hoy todo mi consuelo; y cuando la vió próxima al parto, el traidor la arrojó de su asilo, y la abandonó en un bosque. La infeliz pereció allí, al dar á luz el fruto de sus entrañas.

—¡Qué inhumanidad!

—Pero Dios, que vela por sus criaturas, tuvo misericordia de la recién nacida, y la salvó de un modo milagroso. Una loba, á quien habían matado sus cachorros, y á quien la leche hacia daño, vagando furiosa por el bosque, acertó á pasar por allí: cebó su rabia en el cadáver de la madre, y dió de mamar á la hija: esto era natural, pues la fiera obedecía al instinto de conservar su salud.

—Verdaderamente, el hecho es milagroso, sin dejar de ser natural: la Historia nos refiere, que los fundadores de Roma fueron así mismo criados por una loba.—De modo que esa niña tan buena y amable fué amantada por una fiera? ¡Quién lo creería!

—Dios permitió que el primer sustento de esa criatura fuese formado con la sangre de su madre.

—¿Y despues?

—Entre tanto, yo pasaba la vida aprisionado en un sótano del castillo. Mendo habia hecho confiscar todos mis bienes en su favor y aguardaba que la muerte pondria pronto término á mis pesares, ó acaso me creería muerto; pero un esclavo suyo, á quien habia maltratado cruelmente, me conservaba para su venganza, y me dió los medios de alcanzar mi libertad. Salí del calabozo, recobré mis perdidas fuerzas, y aguardé un día, que Mendo celebraba una fiesta en su castillo: á la noche, mientras él dormia, pegué fuego al edificio, y di principio á una carrera de crímenes. Incendí, talé destruí sin consideracion ni misericordia todo cuanto perteneció á la familia de mi enemigo: fui buscado, perseguido y cazado como una fiera, y me constituí en abierta guerra con el mundo que me acosaba. Proscrito de toda poblacion y del trato con las gentes honradas, busqué asilo en los bosques y amistad en los bandidos y las bestias bravas. El nombre de Diego el Terrible, que adopté para mis culpables empresas, era conocido y detestado en todas las comarcas vecinas á la Sierra Morena: una piel de oso á medio curtir fué mi toca y gaban

por espacio de dos años, durante los cuales mis atrocidades no tuvieron número.

—¿Pero al fin llegó el día del arrepentimiento?

—Llegó; mas no tan pronto. Yo creo que he estado loco, señor: tenía días, en que veía el sol, el cielo y los campos de color de sangre; en que necesitaba sangre para calmar el ardor frenético que me devoraba. En tales días, que se anunciaban en mí por algunas señales, era yo abandonado por todos mis compañeros de infortunio y de maldad. En una de estas ocasiones, vagué muchas horas solo por montes y selvas; y ya se iba calmando mi fiebre devoradora, cuando vi saltar de entre unos matorrales una criatura extraña, cuyas formas eran humanas; pero que andaba con sus piés y manos como una bestia. Sin embargo, mi presencia le infundió miedo, y para correr se puso en pié, siendo esta postura mas acomodada á su naturaleza. No pude entonces desconocer la especie de aquella criatura: era una niña de tres á cuatro años, tostada y ennegrecida por la intemperie.

—¿Vuestra hija, quizás?

—Mi propia hija, si señor.

—¿Y cómo supisteis que era ella?

—Muy fácilmente. La perseguí, y pude sin dificultad alcanzarla. ¡Oh! La prenda de mi corazón! Quería escaparse de mis manos, y gritando, aullaba como los lobos. Pero me daba compasión, y acercándola, conseguí apaciguarla: entonces, en sus tiernas facciones me pareció ver las de su madre: la contemplé y examiné con afán de padre, y descubrí en su hombro izquierdo una señal que yo también tengo: cinco lunares agrupados en forma de estrella.

—¡Feliz coincidencia!

—Otra señal mas notable acabó de convencerme de que aquella niña era hija mia: un pequeño círculo de vello en la espalda, igual á otro que tenía su madre.

—¡Pobre criatura! ¡Y había vivido entre fieras, sin que estas la devorasen!

—No solo respetaron las fieras su vida, sino que la amaban como si fuera de su misma especie. Acercándose la noche, intenté llevarme la niña, y la cogí en mis brazos; pero ella se resistió á la

dulce violencia que yo le hacia, y comenzó á gritar de nuevo: la dejé un momento en el suelo para sosegarla, y huyó: quise seguirla y me encontré cortado: á sus gritos, habian acudido la loba y tres cachorros de una cria, ya creciditos. La necesidad me obligó á refugiarme en la copa de un árbol: las fieras rodaron algun tiempo en torno mio, y ví con asombro que lamian y acariciaban á mi hija: contentas con tenerla en su poder; de allí á poco se alejaron, sin cuidarse mas de mí.

—Es muy extraordinario todo eso.

—Lo es tanto, señor, que á ello atribuyo mi conversion; pues muchas veces lo he considerado como un favor especial de la Providencia. Pero escuchad, que oireis cosas mas admirables, que prueban la existencia de sentimientos generosos aun en las bestias mas sanguinarias.

—Seguid, seguid.

—Por espacio de algunos meses anduve afanándome para apoderarme de mi hija, sin poder conseguirlo; hasta que un dia llegué á la misma guarida de la loba, la cual estaba enferma, y daba de mamar á otros dos cachorrillos: mi primer impulso fué de matarla, pues iba provisto de armas; pero la niña se abrazó á ella, adivinando mis intentos, y este espectáculo y los quejidos del animal me detuvieron. Para coger á mi hija, tenia que herir á la fiera y exponerme á sus dentelladas: entonces me ocurrió una idea, y al momento la puse en ejecucion. Me alejé de allí, cacé algunos animales, y se los llevé á la loba.

—Es decir, que procurásteis ganar su agradecimiento?

—Y lo conseguí; aunque, á la verdad, necesité algun tiempo y repetidos obsequios para vencer sus instintos rebeldes. Sin embargo, mis diarios cuidados con ella y con mi niña la obligaron de tal modo, que cuando estuvo sana de su enfermedad, y sus hijos que ya eran grandes quisieron acometerme, ella misma les mordía para enseñarles á respetarme.

—Eso me recuerda la anécdota del esclavo romano, que arrojado á las fieras, se encontró con un leon, el cual se echó á sus piés y se los lamió, en vez de despedazarle: habia sido curado de una espina

por el esclavo, en otro tiempo, y aun duraba la gratitud en su memoria.

—Pues otro tanto me sucedió con la extraña nodriza de mi hija: nunca olvidó aquella bestia el beneficio que le hice; pero si bien á todo cuanto yo queria se prestaba sumisa como un perro, jamás consintió que la privase de la niña: si me la llevaba, seguía dando lastimeros aullidos, y acababa por rebelarse contra mí. Viendo esto, y no siéndome nada grata la compañía de los hombres, preferí vivir entre aquellos animales, haciéndome mas feroz que ellos mismos, é imponiéndoles mi voluntad muchas veces por la fuerza. Sin embargo, tuve la precaucion de labrar una especie de cabaña para mi seguridad y la de mi hija.

—Horrible historia es la vuestra, Per-Afan. Y esa niña, entre tanto, ¿qué educacion recibia?

—La que yo podia darle: pronto supo hablar, conocer y amar á Dios, y orar por el alma de su madre.

—¿Y seguisteis siempre en ese estado salvaje?

—No, por mi desgracia: para vivir en aquel estado, yo necesitaba mantenerme del robo de ganados. Un día fuí sorprendido y aprisionado, y la justicia me condenó á remar en una galera. Pasé cinco años en este penoso ejercicio, donde aprendí algo de marinería; mas luego naufragó el buque, y me deserté. Cerca de la playa encontré una horda de gitanos; me agregué á ella, entregándome á su vida vagamunda, y aprendí el arte de prosperar á costa ajena, hasta que pude volver al montaraz asilo de mi hija. No creia encontrarla ya; pero la hallé convertida en una jóven bella, aunque en el mismo estado que los habitantes de estas islas. Conservaba la cabaña que yo labré, la que compartia con la loba y sus dos hijos: estos proveian á su vieja madre y á ella del sustento necesario.

—¿Y no pensásteis nunca en sacar de allí á Elvira?

—Sí, muchas veces: pero, ¿á dónde podia llevarla? ¿Dónde podia su padre presentarse, que no fuese perseguido? Era ya el tiempo en que la reina Isabel habia organizado en todo su reino los tribunales y la persecucion activa de los delincuentes: ocupábase en la guerra de Granada, y yo suspiraba por mi deshonorado nombre, que me hubiera colmado de gloria, y cuyo recuerdo no podia evocar,

sin dejar caer sobre mi cuello el hacha del verdugo. ¡Ay! El crimen es una cadena muy dura de romper, y que adquiere nuevos eslabones á cada paso. En mi situacion de proscrito, busqué la fuerza como salvaguardia de mi existencia contra el poder de la justicia. Me uní á otros hombres, renegados de la sociedad como yo, y fui aclamado su capitán.

—¡Otra vez!

—Sí, otra vez!... De noche me ocupaba en mis depredaciones: de dia descansaba en el asilo de las fieras. Pero el robo no era mi instinto: yo no tomaba mas que lo necesario para engalanar á mi Elvira; lo demás lo daba á mis compañeros.

—¿Y por último?...

—Por último, cada dia era para mí mas repugnante aquella vida, en la cual solo me estaba reservado un fin desastroso: uno de mis bandidos me dió noticia de vuestra empresa, y me presenté en Palós, acogiéndome al real indulto, con el nombre de Diego Borrasca, desertor de la galera *Santa Filomena*: fui admitido en la tripulacion de vuestras carabelas; volví á buscar á mi bija, y cometí el último crimen.

—¿Todavía mas?

—Lo llamo crimen, porque tal debe pareceros. La vieja loba ya no existía; y al salir de aquellos bosques, di muerte á los dos lobos compañeros de Elvira, que se obstinaban en seguirla; y confieso que este acto fué mas sensible á mi corazón, que otros muchos en que habia corrido la sangre humana.

Per-Afan guardó silencio despues de estas palabras: al cabo de un breve rato añadió.

—Ya sabeis mi horrible historia: decidme ahora si puedo consentir que mi sangre se mezcle con la del malvado que me arrojó á tanto envilecimiento, á tanta infamia. Decidme si no debo, hasta por lealtad hácia él, impedir que Diego Mendez sea el esposo de la hija de un bandido, de la hermana de las fieras.

—No sé qué contestaros, Per-Afan. No sé sino compadeceros y compadecer al pobre Diego, que por vuestra hija ha dejado su patria, su familia y su bienestar. Conozco, sin embargo, que debe hacerse un esfuerzo para enfriar esa pasion, si es tiempo todavía.

—Ese es mi parecer, señor Almirante. Yo no debo pisar mas la tierra de España, ni mi hija, la hija de un caballero borrado ya de la lista de los vivientes, puede entrar en el tálamo de un hidalgo, que mañana la maldeciria, creyéndose deshonrado. Por esto deseo quedarme á vivir en este nuevo mundo; aquí, donde nadie me conoce y donde puedo ser hombre de bien.

—Teneis razon: sí, teneis razon. Diego se resignará, yo lo espero; mas vuestra hija...

—Hará mi voluntad.

—No la oprimais.

—; Oh! ¿Sabeis cuánto la amo? Daria por ella mi corazon.

Despues de esta penosa confidencia, el Almirante y Per-Afan entraron en el pueblo, en cuya plaza estaban reunidos los veinticinco individuos que deseaban quedarse en la isla. Todos rodearon á Colón, y este les manifestó que consentia en su determinacion, y que desde luego iba á ocuparse en nombrarles un jefe y dos sustitutos, como tambien á buscar entre la demás gente un fisico, un armero, un sastre y un carpintero que les faltaban, y á disponer lo necesario para que inmediatamente se diese principio á la construccion de un fuerte con los restos de la *Santa Maria*.

Ni un solo clavo, ni el mas mínimo utensilio de cuanto pudo salvarse de este buque se habia extraviado en poder de los indios, que lo guardaban todo en algunas casas.

Aquella misma tarde se echaron los cimientos de la nueva fortaleza; que, así como la ensenada y el pueblo, fué bautizada por Colón con el nombre de la *Navidad*.

El número de los voluntarios pronto ascendió á treinta y nueve, á quienes se puso bajo las órdenes del escribano de la flota Diego de Arana.

## CAPITULO XIV.

Despedida.



La fortaleza de la *Navidad* estuvo terminada la vispera del día de Reyes de 1493.

Aquella mañana se levantó Colon muy impaciente, porque aun no habian vuelto de su incursion á Cibao Sancho y sus cuatro compañeros. Hasta entonces no habia dicho nada á don Juan, por no demostrar que le hacia cargo de la pérdida de aquellos hombres; pero como por otra parte ansiaba ya el momento de partir de regreso á España, no pudo menos de expresar su inquietud al jóven caballero.

—Amigo mio, le dijo: ¿qué haremos si pasa el día de hoy, sin que haya vuelto Sancho de escoltar á la reina Anacaona? Su tardanza me pone en cuidado, y echa por tierra mis planes; pues yo quisiera estar ya de viaje para España.

—No me hableis de Sancho, repuso el jóven; que harta pena y sobrado disgusto tengo yo de no verle: diez días van pasados desde que se apartó de mí; esto es ya demasiado, y temo lo peor.

—Sin embargo, es preciso pensar ya en lo que se ha de hacer. Aquí perdemos el tiempo, que se presenta por demás favorable para nuestro regreso.

—¿Queréis que yo vaya á buscar á esa gente?

—No, de ningún modo: eso seria peor. Aguardemos dos ó tres dias mas, y en último extremo... No sé que decir; pues sentiria en el alma tener que partir sin Sancho y Diego Mendez.

Colon se quedó pensativo: D. Juan lo estaba mas.

De pronto, este levantó la cabeza, y mirando al mar á lo lejos, vió dos canoas, en una de las cuales advirtió el reflejo del sol naciente en el cañon de un arcabuz.

—¡Pardiez! ¡Albricias, señor don Cristobal! exclamó. Si no me engaño, allí viene Sancho con sus cuatro soldados.

—Quiéralo Dios, respondió Colon; pues me quitará un gran peso de la conciencia... Sí, ciertamente son ellos: me temia que hubieran perecido á manos de los caribes.

Las dos canoas aumentaban de volúmen insensiblemente, á medida que avanzaban hácia el puerto, donde permanecía anclada la *Niña*: un cuarto de hora despues no hubo ya lugar á dudas. Sancho estaba en pié en la mas delantera de las dos canoas, y tremolaba su arcabuz con ademan de triunfo.

Cuando abordó á la carabela, don Juan estuvo tentado de romperle la cabeza por su tardanza; y lo hubiera hecho con cualquiera otro que no fuese Sancho: pero este, al revés de un orador célebre de la antigüedad, viendo la accion de su amo, exclamó:

—Escuchad primero: luego pegareis.

—¿Qué tengo que escuchar, mal criado? dijo don Juan.

—Buenas noticias, señor: yo siempre soy correo de buenas noticias.

—Sepamos, Sancho, esas nuevas, que nos traes, dijo Colon: dejadle hablar, amigo mio.

—¿Veis, señores, dijo el escudero, señalando con la mano, los indios que vienen en esa canoa? No en la mia, sino en la otra.

—Si, los vemos, respondió don Juan. ¿Qué tienen de particular esos indios?

—Tienen que, según cuentan, y yo he podido entender, han visto cerca de aquí á la *Pinta*.

—¿La *Pinta*? exclamó Colon lleno de gozo.

—La *Pinta*, señor, replicó Sancho: y si no es la *Pinta*, es una carabela como ella, tripulada por hombres blancos y vestidos como vuestras señorías y yo, salva sea la comparación.

—Cuánto vale esa noticia! dijo el Almirante. ¿Será posible?

—Pídele á Dios que no mientas, Sancho, añadió don Juan: porque si no es cierto lo que dices, he de hacer dos Sanchos de uno.

—Aun así gano, repuso el camastron escudero. Sin embargo, yo solo afirmo, que esos indios dicen haber visto hácia levante un buque mayor que este, y hombres con barbas y trájes como los que usamos nosotros; y no sabiendo yo que haya, ni pueda haber por estas aguas mas barco que la *Pinta*, he pensado que debe de ser ella, si no es que ese buque y esos hombres han caído del cielo.

—Tiene razon Sancho, dijo Colon; si los indios han visto realmente una carabela, no puede ser otra que la *Pinta*; y esta noticia bien vale el perdón de los malos ratos que nos ha hecho pasar con su larga ausencia. —Que suban esos hombres, á ver si pueden darnos mas detallados informes.

Los indios encontrados por Sancho fueron al punto conducidos á la presencia del Almirante, quien les interrogó acerca de lo que decían haber visto: sus contestaciones dieron á conocer que la *Pinta* no debía distar muchas leguas del puerto de la *Navidad*. Colon mandó regalar á los indios, y que al punto partiesen con algunos de ellos seis marineros en la misma canoa en busca de Martin Alonso, con encargo de decirle, que se apresurase á venir á su encuentro, pues le causaba gran pesar su involuntaria separación y tenia vivos deseos de volver á verle.

La canoa partió al momento, y Colon y don Juan se retiraron al castillo con Sancho y Diego Mendez, ganosos de saber las noticias que traían de Anacaona y de la tierra de Cibao.

—Cuéntanos, Sancho, tus aventuras, y lo que has descubierto en estos diez dias que has estado ausente, le dijo el Almirante.

—Muy poco tengo que contar, señor, respondió el escudero: he-

mos andado unas treinta leguas, tierra adentro; hemos visto bosques y montañas, que dan gozo y meten miedo; una vega espaciosa, mas grande y florida que la de Granada; y por último, los montes de Cibao, que nos han sido mostrados, como á Moisés la tierra de promision: sin permitirnos llegar á ellos.

—¿Y quién os la impedido? preguntó don Juan.

—Por una parte el tiempo: necesitábamos cuatro dias mas de camino para ir á Cibao, y cuatro de vuelta, sin contar los que hemos gastado; y por otra, S. A. la reina Ana Caonabó, que se opuso terminantemente á que siguiésemos acompañándola.

—¿Y ningun otro motivo os ha detenido?

—Sí, señor caballero, respondió esta vez Diego Mendez. Hubiera sido la mayor imprudencia penetrar en aquel país montaraz y salvaje, poblado, segun parece, de innumerables indios bravos, que habrian aprendido seguramente á nuestra costa á despreciar la superioridad de los españoles. Para llegar hasta Cibao, es menester que vayan lo menos cincuenta hombres, y que otros tantos les guarden la retirada.

—De modo que nada sabemos de las ponderadas riquezas de ese país.

—Sabemos que positivamente es abundantísimo en oro, repuso Mendez. —Y continuó á pesar de los guiños que Sancho le hacia:— En prueba de ello, ved aquí algunas muestras del metal que allí se cria, y que nos han sido regaladas por los habitantes de un villorio y por mandado de la reina Anacaona.

Diciendo así, Diego presentó á Colon una gran plancha labrada de oro, y dos pepitas mayores que una nuez cada una.

—Y á ti, Sancho, ¿no te ha regalado nada la reina? preguntó don Juan.

—¡Maldito hablador! murmuró Sancho, mirando á Diego de reojo; y contestó:

—Poca cosa, señor: unos almendrucos rubios, que guardo en mi mochila, y aquellos aretillos que llevaba S. A. en las muñecas.

—¡Bribon! ¿Aretillos llamas á los brazaletes, que pesarán cada uno diez onzas?

—¡Vah! Yo creo que son de oro falso.

—Bien está, dijo Colon: despues lo veremos. ¿Pero, todo ese metal es procedente de Cibao?

—Eso sí, repuso el escudero. Nos consta que es natural y legítimo de Cibao. Nos lo ha dicho la reina Ana, que no sabe mentir. ¡Dios la bendiga!

—Nos basta saber que hemos descubierto un país fértil, rico y vastísimo, dijo Colon volviéndose hácia don Juan; y poder demostrar palpablemente, que mis promesas no eran las visiones de un loco. Ya podemos volver á España, mi buen amigo: vos con la cara descubierta, yo con la cabeza levantada. ¡Bendito sea Dios que nos ha dispensado tanto favor!

Dicho esto, encargó á Sancho y á Diego Mendez, que procurasen no escitar la codicia de los aventureros que iban á quedar en la isla, con relaciones exageradas de las riquezas de Cibao; no fuese que, atraídos por aquel cebo, intentasen mas tarde recorrer el país en busca del oro, y diese esto ocasion á discordias en la pequeña colonia, ó tal vez á encuentros fatales con los caribes.

—Lo mas cuerdo, añadió con ánimo de evitar que Diego se comunicase con Elvira, será que permanezcáis á bordo hasta mañana, y habléis lo menos posible de vuestras aventuras.

Diego y Sancho prometieron hacerlo así, y Colon se ocupó el resto del dia en proveer todo lo necesario para el mayor bienestar de la colonia, y en dar sus últimos consejos ó instrucciones á Diego de Arana.

Por la tarde reunió á este y sus treinta y nueve compañeros delante de la casa de Guacanagarí, que tambien se hallaba presente con varios individuos de su familia y séquito, y habló á los primeros en esta forma:

—No como á camaradas, como á hijos quiero consideraros en esta dolorosa ocasion, y como verdadero padre voy á deciros lo que nunca debereis olvidar: sois pocos en número, pero representais aquí á una nacion noble y poderosa, que lo será todavía mas con el favor de Dios y con la ayuda de sus hijos. No temo que deshonreis con vuestros actos á tan buena madre; pero no me contento con esto: es menester que cada dia crezcan la buena opinion y fama en que aquí sois tenidos, y con ellas el amor de estos sencillos ha-

bitantes, con quienes deseo podais vivir siempre en la mejor paz y armonía.

«Os encargo muy particularmente que respeteis y obedezcais, como á mi misma persona, al lugarteniente que os dejo, y en defecto suyo al sustituto que le toque suplirle; debiendo tener presente, que de la obediencia nace la unidad de miras, y que sin vivir unidos, no estareis seguros, ni podrá ser duradero el respeto de las gentes del país que ahora os veneran.

«A vos, Diego de Arana, os prevengo que gobernéis con dulzura, escuchando los consejos de los mas prudentes, y os encargo que procureis en mi ausencia adquirir noticias de las cosas que interesan á la corona de España; pero sin consentir desmembracion de fuerzas por tiempo ilimitado, ni expediciones codiciosas á lo interior del país; donde os advierto que habitan gentes feroces y sanguinarias.

«No dejéis enfriar las relaciones de amistad y comercio con los indios: para esto os dejo todos cuantos objetos han sobrado de los rescates hechos hasta hoy.—Bueno será tambien que practiqueis algunos reconocimientos en las costas, por si encontrar pudiéseis un puerto menos peligroso que este, sin bancos ni rocas: á este fin os dejo además el bote de la *Santa María*.

«Muy doloroso es para mí separarme de todos vosotros; pero acato los decretos de la Providencia, que despues de habernos conducido ilesos á través de inmensos mares, ha permitido que naufragásemos donde nos parecia estar mas seguros, sin duda para afianzar por este medio la union de los fieles cristianos con los gentiles de este apartado mundo, y fijar aquí las luces de la eterna verdad. Que las altas miras de Dios sean dignamente secundadas por vosotros: nada os encargo con tanto encarecimiento.»

Dichas estas palabras, se volvió hácia el gran cacique Guacanagari, que le habia escuchado absorto; y dándole los brazos, se despidió de él recomendándole que tratase á su lugarteniente como á él mismo, y á todos los demás como á personas de su cariño; y repitió á los suyos el encargo de vivir en buena amistad y armonía con los indios y de no darles motivo alguno de queja.

Guacanagari se enterneció hasta el punto de verter abundantes

lágrimas, y Colon no pudo contener las suyas: otra vez y otras mas volvieron á darse los brazos, como dos hermanos que sienten separarse, y procuran dilatar el momento de su separacion.

Entrando ya la noche, el Almirante se encaminó á la playa para embarcarse, y le siguieron tristes los españoles y multitud de indios: los primeros comenzaron á despedirse, desde la orilla, de los que estaban en la carabela, y estos ó casi todos la abandonaron en tropel, para abrazar á sus compañeros. Unos y otros sentian en aquel momento emociones desconocidas: el lazo de la patria, en tan remotos climas, se habia convertido en lazo de familia. Los que se quedaban se enternecian al recuerdo de su país natal, y los que partian, pensando en la felicidad de su regreso á España, sentian volver solos, y abrigaban en su corazon tristes presentimientos.

Entre los que bajaban á tierra, vió Colon á uno de los que habian ido aquella mañana en busca de la *Pinta*, y por él supo que este buque no habia podido ser encontrado.

—Partirémos solos, ya que Dios así lo quiere, dijo Colon.

—¿Habrás sido Sancho capaz de engañarnos? dijo don Juan.

—Mas fácil es, repuso el Almirante, que él y nosotros hayamos entendido mal á los indios, ó que estos confundan la carabela con alguna otra cosa. Pero yo no pierdo aun la esperanza de encontrar á Martin Alonso; pues no creo posible que haya osado volverse á España solo, y si lo ha hecho, ¡infeliz de él!

—Qué, os parece, señor, que Martin no seria capaz de guiar su nave á España.

—Martin es el marino mas arrojado, que ha venido con nosotros; pero ni él, ni otro alguno emprenderia este viaje sin exponerse á graves contratiempos: carece de los conocimientos necesarios para dirigir su rumbo con seguridad, y solo sabria guiarle á tientas y por conjeturas.

Mientras así hablaban el Almirante y su jóven amigo, comenzó á levantarse una buena brisa de Poniente, y las señales de la atmósfera indicaban que aquel viento era bastante general. Esta circunstancia determinó á Colon á partir aquella misma noche, toda vez que ya era inútil esperar la reunion de la *Pinta*: pensó que

mas valdria para buscarla recorrer las costas de Haití, al mismo tiempo que se emprendia el viaje de regreso.

Tomada esta resolucion, dió los brazos por última vez á Guacanagari, á Diego de Arana y sus dos adjuntos, y despidiéndose de todos, advirtió á los que debian partir, que no demorasen el embarcarse. Acto continuo entró en el hote, que le condujo á la carabela; entre los remeros vió á Per-Afan, y sentada en un banco á la jóven Elvira.

—¿Cómo es esto? preguntó al ex-bandido el Almirante. ¿A dónde vais?

—Deseo estar con vos hasta el último momento, señor don Cristóbal, le respondió Per-Afan; y quiero despedirme de algunos amigos.

Diego Mendez, fiel á su palabra, no habia salido de la carabela: pero estaba mirando á tierra con ansia, despues de haber buscado afanoso á Elvira y á su padre por todo el buque: recelaba lo que iba á suceder.

Cuando les vió llegar acompañando á Colon, su pecho se dilató exhalando un suspiro, y su rostro se animó con una sonrisa de placer.

Poco debia durar esta dulce satisfaccion.

Apenas entró Per-Afan en el buque, dió ambas manos al jóven soldado, y llevándole á un ángulo donde podian estar solos; en presencia de Elvira, le dijo:

—Vais á partir, camarada. Yo guardaré toda mi vida un grato recuerdo de nuestra amistad, y pediré á Dios todos los dias que os haga venturoso.

Diego le miró sorprendido, pálido y temblando; miró tambien á Elvira, y vió que las lágrimas corrian por sus mejillas.

—Señor Per-Afan, dijo con voz trémula el jóven. Os agradezco esos sentimientos benévolos que me mostrais; pero creo escusada nuestra despedida; porque yo tambien me quedo aquí.

—Nunca será escusada, amigo mio, repuso Per-Afan; porque si os quedais vos, nosotros nos iremos.

—¿Es posible, señor, tanta crueldad? ¿Qué mal os hice yo nunca?

—Ninguno, jóven: prueba de ello es que os llamo amigo mio,

nombre que jamás doy por cortesía. Os aprecio de todo corazón: pero por lo mismo exijo nuestra separación.

—Eso es contradictorio: ni me apreciáis, ni amáis á vuestra hija, puesto que queréis nuestra muerte. ¡Oh! no lo dudeis: yo, sin ella, no puedo vivir; y creo que sería injusto, si negase á Elvira iguales sentimientos hácia mí.

—Jóven, replicó Per Afán: no os empeñéis en luchar contra el sino: este y no yo es quien ordena, y quien me hace aparecer en contradicción conmigo mismo. La mayor prueba de que os quiero bien á los dos, es que os aconsejo partir. Volved al seno de vuestra familia, que os llorará muerto; consoladla y consolaos. Si ahora yo consintiese en vuestros locos deseos, mañana quizás me maldeciríais, y vuestros padres echarían sobre mi hija la culpa de haberos perdido.

—Pero, señor, yo he sacrificado ya todas mis afecciones de familia, todos mis amores á uno solo, el de Elvira. Por ella, bien lo sabéis, he dejado mi casa y patria y he cruzado los mares. ¿Quién se acordará de mí dentro de un año? ¿Quién os pedirá cuenta de lo que yo haga?

—Todo el mundo; dentro de tres meses nadie ignorará lo que habeis hecho, ni por qué lo habeis hecho. Y... no os canséis: vuestra unión con Elvira es imposible.

—¡Imposible!

—Si, renunciad á ella para siempre. No me direis, sin embargo, que soy cruel, añadió Per-Afán, reparando en el llanto de su hija. Os dejo en libertad con ella, para despediros á vuestro sabor. Es todo cuanto debo conceder.

Así diciendo, se apartó de aquel sitio, y fué á juntarse con Sancho y Andrés Leal.

Los dos jóvenes permanecieron inmóviles y silenciosos durante algun tiempo: Elvira, para quien las palabras de su padre no habian sido un golpe repentino, fué la primera que pudo hablar.

—Ya lo has oído, Diego, balbuceó: debemos despediros para siempre, y para siempre renunciar á nuestras locas esperanzas! ¡Oh! Bien temía yo que este habria de ser el fin de nuestra historia.

—¿Y para esto he penado tanto, Elvira mía? ¿Para esto he sido el

hijo pródigo de mi casa; y he aventurado hasta la vida en esta larga expedición? No, no; es en vano pensar que yo me separe de tí. Me quedaré en la isla; viviré en un bosque, apartado de todos los demás; no te hablaré, no exigiré nada de tu padre, ni de tí; pero te veré alguna vez. ¿Se me podrá negar también este consuelo?

—¡Ay! Sí: ya lo has oído: si tú te quedas, nosotros nos iremos á España. ¿Y en España qué me espera? El dolor y el abandono. Mi padre no puede volver allá, sin exponerse á morir. ¡Oh! ¡Dios mío! Yo moriré de pena, Diego, pero tú debes olvidarme: tú no puedes ser el esposo de una criatura proscrita, de la hija de un malhechor... Me olvidarás, sí: yo te lo ruego, lo deseo, Diego, por tu bien. Cuando llegues á España, tu familia, tus amigos, ... otra mujer acaso, mas digna de tí, distraerán tus pesares y te consolarán. Llegará un día en que serás feliz... y yo también lo seré, Diego: sí, yo seré dichosa pensando que tú lo eres.

Y al pronunciar estas palabras, la pobre niña sollozaba derramando un rio de lágrimas.

—¿Que te olvide me dices, Elvira? respondió el jóven: ¿que sea dichoso léjos de tí? Es posible nada de esto? No: tú misma piensas lo contrario, y tu llanto, mas claro que tus palabras, me está diciendo que no te olvide jamás, que no te abandone. Por tí he venido á este mundo remoto y en él me quedaré.

—Te quedarás: pero no conmigo. La resolución de mi padre es irrevocable en este punto.

—Me ocultaré, y cuando haya partido la carabela, será forzoso que tu padre sufra mi presencia.

—No, Diego: por tí mismo no sufriré yo semejante falsía. Nuestro destino lo quiere: véte y déjame morir.

—Ahora comprendo, ingrata, repuso el jóven con amargura, que eres tú quien me rechaza. Me iré, sí; pues veo que solo de este modo puedo complacerte: me iré, y ojalá pudieses ver mi fin desastroso, para que fuese mas completa tu dicha.

Elvira no respondió: los sollozos la privaban de la voz y hasta de la respiración. Sin embargo, haciendo un esfuerzo sobre sí misma separó violentamente las manos con que cubria su rostro, y

apareció serena: solo en sus ojos chispeaba la emoción concentrada en su alma.

—Ningun derecho tienes á insultarme, dijo. Te he suplicado, y en cambio me ofendes. Ya no suplico, Diego: vuelve á España y al seno de tu familia. Esta es mi voluntad.

—Obedeceré, respondió el jóven.

Y se retiró andando pausadamente.

Elvira le miró algunos momentos, expresando su rostro la mas cruel agonía, y clavando sus dedos crispados en la banda del buque. Al cabo no pudo resistir el dolor de aquella fria separación.

—¡Diego! exclamó con voz ténue y penetrante, que parecía salir de un sepulcro.

—¿Qué quieres? dijo el jóven con ronco y concentrado acento.

—Nada, nada... ¡Si nunca mas hemos de vernos, adios!

—¡Elvira! exclamó el jóven rompiendo á llorar como un niño, y estrechando en sus brazos á la jóven.—¡Adios, si, adios! pero no para siempre.

—¿Qué dices, amado mio?

—Adios, hasta la vuelta, Elvira. Debo ir á España, pero yo volveré independiente y libre, para pasar aqui contigo el resto de mi vida.

Los marineros hacian entretanto los preparativos necesarios para sacar al mar la *Niña* remolcada por su bote, á fin de evitar los escollos de que estaba sembrada la costa: oíanse ya las canturias monótonas con que veinte de aquellos llevaban el compás de sus remos, y la carabela comenzaba á moverse, aunque de una manera imperceptible.

Nada es mas triste que esas voces inarmónicas de los marineros, exhaladas como gemidos por el mismo esfuerzo de sus rudas faenas: cuando á ellas va unido el férreo crujir de los cables ó el acompasado traqueteo de las bombas, se asemejan á los ayes del forzado que arrastra su cadena: cuando acompañan los preparativos de la partida penetran en el corazón de los que se van y de los que se quedan.

El momento de partir habia llegado: un piloto, alumbrándose

con una linterna, pasaba lista de la tripulacion. Per-Afan despues de haberse despedido de Colon, apretó la mano á Sancho, y volvió á donde estaba su hija.

—Diego, dijo al soldado abrazándole: ¡hasta la eternidad!

—¡Señor Per-Afan, respondió el jóven: hasta la vista!—¡Adios, Elvira! Yo te prometo volver.

Per-Afan tomó á su hija de la mano, y juntamente con otros aventureros, que habian ido á bordo, bajó al bote de la *Santa Marta*, el cual permaneció en el mismo sitio, balanceándose, mientras la *Niña* se alejaba.

Una luna magnífica parecia convertir la noche en claro dia, y á su luz se veian los promontorios de la costa coronados de gente española y haitiana.

Media hora despues, la *Niña* desplegó sus velas, y apareció un breve rato sobre los cambiantes reflejos de las olas.

De allí á poco quedó oscurecida en el fondo aplomado de la bruma.



## CAPITULO XV.

### Los indios de Higüey.



En el anterior capítulo hemos omitido hacer mención de un personaje harto interesante para merecer que se le dedique un párrafo especial.

Dijimos que Onaney había quedado depositada en poder de Guacanagarí. Durante los días que mediaron desde entonces hasta el de la partida, habían venido á juntarse con la jóven princesa dos mujeres de su familia; una de ellas viuda, cuñada de Manití, y la otra doncella de la misma edad de Onaney y su mas íntima amiga.

Estas dos mujeres, llamadas Higuaneana y Ozema, se habían propuesto acompañar á la hermana de Mattinao en su viaje á España, pareciéndoles que este viaje seria como una expedicion de recreo á cualquiera de las islas cercanas. Guacanagarí había hecho rasladar las tres á la carabela, juntamente con cuatro de sus sub-

ditos que debian ir á presentar sus respetos á los reyes españoles; de modo que los que ignoraban la calidad de Onaney, creyeron que esta y sus compañeras se embarcaban solamente para ser llevadas como muestras de los habitantes de Haití.

Colon mandó arreglarles unos trajes de telas de algodón del país, al estilo de España, para atender á su decencia, y dió á las tres un camarote independiente, destinando á su servicio particular uno de los indios.

La víspera de la partida, Mattinao, á quien su hermana daba frecuentes avisos de todo cuanto le pasaba, se presentó en la carabela y se despidió de aquella y de don Juan con mucho sentimiento; pero, teniendo la íntima confianza de que Onaney seria feliz y bien tratada, esta seguridad templó el pesar de la separacion.

La jóven lloró mucho al despedirse de su hermano, á quien amaba entrañablemente. Sin embargo, pasado aquel dia, y cuando la Niña se engolfó en alta mar, viósele satisfecha y contenta de su nuevo destino, y solo de vez en cuando volvia los ojos hácia las floridas costas de Haití con expresion de tierno sentimiento.

Al amanecer del seis de enero, el viento que toda la noche habia soplado favorable, cambió resueltamente por la proa, y la atmósfera presentó señales de temporal. Toda precaucion parecia poca á Colon en estas circunstancias; pues temia que el menor accidente privase al mundo antiguo de los inmensos resultados de su empresa. Dió, por lo tanto, las instrucciones oportunas para buscar asilo en alguna bahía segura, y mandó colocar un vigía en la cofa del palo mayor para que vigilase los escollos que ofreciese la costa.

Este encargo de confianza fué dado al marinero Andrés Leal, como uno de los mas inteligentes y celosos.

Habria transcurrido media hora desde la salida del sol, cuando Andrés comenzó á gritar:

—¡Albricias, señor Almirante!—Una carabela á todo trapo viene por la proa!—¡Es la *Pinta*, es la *Pinta*!

Esta feliz nueva puso en conmocion á todos los navegantes; pues ninguna otra podia serles mas grata, cuando pensaban exponerse á los riesgos de un mar inmenso y desierto con un buque solo y pequeño.

Vicente Yañez no tuvo paciencia para detenerse á observar la carabela anunciada desde el castillo de popa, donde ya estaban Colon, don Juan y el veedor Rodrigo de Segovia, sino que subió á la cofa para ver mejor el objeto, que Andrés seguia indicando con el brazo estendido hácia Levante.

—No hay duda, señor, exclamó el piloto, despues de observar por algunos momentos.—Es la carabela de mi hermano.

Con efecto la *Pinta*, favorecida por el viento que á la *Niña* era contrario, avanzaba con rapidez á su encuentro, y en menos de una hora se juntaron los dos buques.

No permitia la dureza del viento detenerse en aquel paraje, y Colon que deseaba tomarse tiempo para calmar la indignacion que sentia contra Martin Alonso, en medio de su natural regocijo, solo cambió con aquel las palabras necesarias para mandarle virar hácia un cómodo puerto que á la vista estaba, y que denominó de *Monte-Cristi*.

Luego que las dos carabelas fondearon, Martin Alonso se trasladó á la *Niña*, donde su hermano le abrazó lleno de contento: las tripulaciones participaban del mismo gozo de verse, y el Almirante conoció que, obrando con política, debia disimular su justo resentimiento.

—Malos dias me habeis dado, señor Pinzon, le dijo; pero el de hoy borra el recuerdo de todos los otros, pues me restituye la dicha de teneros en mi compañía, cuando mas falta me haceis. Ya habeis reparado que nuestra flotilla está muy mermada: fortuna es que la *Pinta* no haya perecido, como yo temia.

Martin, que no aguardaba este recibimiento benévolo, contestó:

—Siento mucho haberos dado disgusto, señor Almirante; pero no todo ha sido culpa mia: el temporal me separó de vos, y estando ya en alta mar, me propuse trabajar por mí solo para ser útil en algo á la expedicion, con la esperanza de que al cabo nos reuniríamos, como efectivamente ha sucedido.

—¿Y habeis adquirido algunas noticias de importancia? preguntó Colon, acertando las disculpas del marino de Palos. ¿Habeis hecho algun nuevo descubrimiento?

—Poca cosa en verdad, repuso Martin. Yo creo que la isla de

Babeque no existe por mas que la nombren los indios. Yo hubiera querido daros la buena noticia de su encuentro; pero, despues de andar vagando por esos mares, solo aporté á la costa oriental de esta isla, donde los naturales me presentaron algunas muestras de oro: despues he seguido costeándola, y reconociendo varios puertos, sin obtener grandes resultados.

—¿Y ese oro es en cantidad considerable?

—No tanto como esperábamos; y siendo escaso, lo he repartido entre la gente.

Colon no exigió mas explicaciones, porque veia que con ellas cada vez se culpaba mas Martin Alonso. No desconocia que la intencion de este, al separarse, habia sido ir en busca de las fabulosas riquezas de Babeque, y que su encuentro con él era debido á la casualidad.

Fué necesario permanecer algunos dias en el puerto de Montecristi por causa del mal tiempo, y habiendo advertido que las dos carabelas tenian algunas averías, se aprovechó aquella arribada forzosa para repararlas, cuanto lo permitian los escasos medios disponibles. Hizose además provision de agua y leña, y el dia nueve se emprendió de nuevo el viaje.

Todavía fué preciso detenerse algun dia mas en las costas de la Española: el dia 13 de enero se hallaban las carabelas ancladas en el golfo de Samaná, y no pudiendo entregarse á la mar, dispuso el Almirante que bajasen á tierra algunos soldados y marineros para reconocer las condiciones del pais.

Iba Sancho con ellos, por haber acreditado la experiencia, que su trato era el que mas agradaba á los naturales; pero esta vez salieron fallidas todas las esperanzas.

Apenas llegaron á tierra los españoles, vieron aparecer á la entrada de un bosque algunos salvajes de aspecto fiero y mas repugnantes á la vista que los caribes de Caonabó: aumentaba la fealdad natural de sus rostros la tizne de carbon, con que no solo aquellos, sino todo su cuerpo tenian desfigurado: llevaban arcos y flechas delgadas de junco y unas espadas de madera de palma, dura como el hierro y de dos pulgadas de espesor, capaces de aboyar un yelmo y partir una cabeza.

No se intimidaron, sin embargo, nuestros aventureros á la vista de los horribles salvajes; antes al contrario, se fueron para ellos, y Sancho comenzó á llamarles la atencion con sus acostumbradas pantomimas. Los indios permanecieron impassibles, y solo uno, que parecia mas apuesto y galan que los otros, se acercó á reconocer á los extrangeros: viendo Sancho que este hombre traia un collar de planchas de oro, le preguntó donde se criaba aquel metal y si lo habia abundante.

—*Aoub! Aoub!* contestó el indio señalando al oro.

—*Jaub!-Jaub!* exclamó Sancho, queriendo imitar la palabra del salvaje, y al mismo tiempo el ladrido de un perro.—Bien está, mastin: pero, ¿no nos dirás si hay mucho *jaub! jaub!* en tu tierra?

El indio le entendió por los ademanes, y respondió cogiendo á dos manos puñados de arena y señalando las peñas mas gruesas.

—Magnífico, dijo Sancho. Eso es lo que nos hace falta.—¿Quiéres venir con nosotros, sabueso? Te daremos de comer y beber, y un collar de culos de vaso, que no le habrás visto mejor en tu vida.

El indio comprendió perfectamente la invitacion y la pantomima de comer y beber, y siguió á Sancho hasta las carabelas.

Allí esplicó á Colon, que en su pais se encontraban pedazos de *aoub* tan grandes como la popa de la *Niña*.

Esta exageracion hizo pensar al sabio navegante, que podian existir, con efecto, inmensas riquezas en la isla, aunque no tantas como el indio decia: sin embargo, notando que este recibia con extraordinaria indiferencia los regalos que se le hicieron para ganar su voluntad y la de sus compatricios, concibió alguna desconfianza de él, y no quiso detenerse en averiguaciones: solo mandó á siete soldados, que conducidos por un piloto valiente y hábil, fuesen á tierra, con el único objeto de adquirir cuantas armas pudiesen de aquellas que llevaban los salvages.

El que habia ido á la carabela marchó con ellos, y se adelantó hácia sus compañeros, haciendo señales de paz, y previniéndoles que dejasen las armas. Todos las depositaron en un parage del bosque, y vinieron luego á tratar con los españoles, quienes comenzaron á hacerles proposiciones para comprar algunos arcos, flechas y espaldas, ofreciéndoles en cambio cascabeles y cuentas.

Pero estos objetos no escitaban la codicia de los indios de Higuey, que á esta comarca pertenecian, y solo se pudo conseguir de ellos que entregasen dos arcos; y como insistiesen los españoles en sus demandas, cuando mas descuidados estaban, vieron con sorpresa que los salvajes corrian presurosos á recobrar sus depuestas armas, y las volvian contra ellos, profiriendo en su lengua feroces amenazas.

Pronto una lluvia de flechas cayó sobre nuestros soldados; pero estos, sin reparar en la muchedumbre de sus enemigos, pusieron mano á las espadas, y se arrojaron á la pelea.

Fácil fué la victoria; pues bastó herir dos indios, para que todos emprendieran desordenadamente la fuga; y hubieran muerto muchos, á no impedirlo el piloto que iba por caudillo de los españoles.

A la mañana siguiente aparecieron en la playa innumerables indígenas todos armados. Colon deploraba que la mala disposicion de esta gente le obligase á recurrir á la fuerza para hacerse respetar; pero creyéndose provocado envió á tierra todos los hombres que pudieron caber en el bote, para que, bien ordenados, y bajo la direccion de don Juan, diesen á los belicosos indios una leccion severa.

Sin embargo, esta vez no fué menester venir á las manos; pues los salvajes se acercaron con señales de amistad, y el que habia estado el dia anterior en la carabela se apresuró á manifestar, que allí venia el gran jefe ó cacique de ellos, el señor *Mayonabex*, el cual tenia deseos de visitar al *guamiquina* de los blancos.

No hubo inconveniente alguno en otorgarle tan razonable demanda, y el gran cacique fué conducido á la carabela, donde se le recibió y obsequió con todas las consideraciones acostumbradas con los de su rango.

Durante el tiempo de su visita, Onaney y las otras mujeres permanecieron encerradas, recatándose de *Mayonabex*: sin duda recibian algun peligro de que este las viese; pues apenas se hubo ido, salieron de su cámara dando muestras de alegría.

Don Juan pidió explicaciones á su jóven protegida, la cual en su imperfecta habla española respondió:

—Caonabó y Mayonabex, amigos. Mayonabex no ver Almirante; ver Onaney.

Con lo cual queria significar, que el cacique no habia ido á la carabela, tanto por visitar al Almirante, como por ver si estaba ella en su poder. Los gestos espresivos de la inteligente jóven revelaban bien á las claras que, en su sentir, este indio no era menos feroz y temible que el mismo Caonabó.

Acaso tenia razon Onaney en su modo de apreciar el motivo de la visita de Mayonabex; pero esto no se pudo averiguar por entonces, y solo acontecimientos muy posteriores y harto lamentables dieron motivo á presumir su certeza.





## LIBRO QUINTO.

# EL TRIUNFO DE COLON.

---

### CAPÍTULO I.

---

#### De Haití á Santa Maria.

LEGÓ por fin el momento deseado por los aventureros españoles de abandonar las playas del Nuevo Mundo para restituirse á su patria.



El 16 de enero de 1493 un viento escaso de tierra permitió á las naves hacerse á la mar con rumbo Nord-este; pero no bien perdieron de vista las montañas de Haití, cuando encontraron los vientos constantes, que las obligaron, á pesar del buen tiempo, á separarse de la línea recta, mientras permanecieron en la region de los trópicos.

Hasta el 10 de febrero no pudieron enderezar las proas hácia Oriente: se hallaban aquel dia en el paralelo de la latitud de Palos, pero su marcha habia sido muy lenta, ya por la contrariedad incesante de los vientos, ya tambien por tener la *Pinta* quebrantado su palo de trinquete, y no poder izar demasiado las velas.

Durante los primeros quince ó veinte dias se observaron los mismos fenómenos, con poca diferencia, que en el trayecto de ida; pero ya no infundian esperanzas el atun ni la langosta, ni excitaban temores las plantas marinas, ni la desviacion variable de la aguja.

No hubo acontecimiento alguno digno de memoria, hasta despues de haber pasado del dominio de los vientos constantes.

Entonces, naturalmente fué mayor la complicacion de las bordadas; llegando á tal punto, que los pilotos, poco acostumbrados á una tan larga navegacion, y menos aun á las veleidades de la estrella polar, vinieron á perderse en sus cálculos, y á no hacer mas que disputar acaloradamente sobre su verdadera situacion.

En la tarde del 11 de febrero, estas disputas revelaron á las tripulaciones, que sus naturales guiadores se hallaban divididos en tantas opiniones como individuos, y naturalmente volvian los ojos hácia Colon, que se guardaba tenazmente la suya, dejando á los otros disputar: aquel silencio y la serenidad un tanto desdeñosa de su semblante volvian la tranquilidad á los ánimos, un momento alterados, pues eran para todos los marineros la mejor prenda de seguridad.

Sin embargo, llegada la noche, don Juan no pudo menos de acercarse á Colon, ganoso de saber cual era su opinion particular sobre un punto de tamaño interés.

—Señor Almirante, le dijo: estoy viendo estos dias plenamente confirmada vuestra opinion acerca de la incapacidad de nuestros pilotos para conducir por sí solos á España las carabelas: cada uno de ellos cree saber mas que los otros, y todos se figuran tener razon; lo que me inclina á sospechar que ninguno conoce con exactitud la verdad de nuestra posicion actual.

—No vais descaminado en vuestra sospecha, le respondió Colon sonriéndose: los continuos cambios del viento y de la aguja han aturdido á esos buenos marinos de tal suerte, que ahora mismo ninguno sabe donde se encuentra. Esta tarde me he divertido oyendo disputar á Vicente Yañez con su hermano Martin, y á Sancho Ruiz con Bartolomé Roldan. Unos suponen que estamos cerca de Madera, otros nos colocan á cinco grados de las Canarias; cual mas al Norte, cual mas al Sur: en verdad, unos y otros se engañan, atendiendo

mas á sus deseos de llegar pronto á España, que á sus conocimientos del Océano y del cielo.

—Afortunadamente, repuso don Juan, nuestra seguridad y la de nuestros importantes descubrimientos dependen de vos, señor. Aunque callais, veo claramente que no vivis de ilusiones como los demás.

—No, amigo mio: las ilusiones son buenas para recrearse cuando no hay peligro en dormir á pierna suelta; pero en el mar, yo no duermo. Segun mis observaciones, que creo infalibles, nos hallamos ahora mismo al Sur de la isla de Flores, la mas occidental de las Azores; á doce grados largos de las Canarias y en la latitud de Salé en Africa: es decir, que distamos de España ciento cincuenta leguas mas de lo que suponen los menos equivocados.

—¡Una friolera! exclamó el jóven. Yo desengañaría á esos buenos marinos, para hacerles comprender que sin vos están perdidos.

—Yo prefiero dejarles en sus errores hasta tanto que esté asegurado nuestro derecho de posesion sobre los países descubiertos. Nadie conoce lo porvenir: una ráfaga de viento puede esparcirnos sobre la faz de la tierra; y no debo fiar mis secretos á hombres, que, el que menos, cree saber y poder hacer tanto como yo. Dia vendrá en que todos sean desengañados: ese dia será cuando yo, cumpliendo mis palabras, haya puesto las Indias bajo la corona de doña Isabel de Castilla.

Don Juan comprendió el escrúpulo del Almirante, y como la pequeñez del buque hacia peligrosas las confidencias, los dos amigos mudaron de conversacion.

Al dia siguiente comenzó á notarse alguna alteracion en la atmósfera. El tiempo en general habia sido bueno hasta entonces, á pesar de las frecuentes variaciones del viento, y Colon estaba muy satisfecho de su fortuna; pues temió siempre que se perdiese para el género humano el vasto secreto arrancado por él á la naturaleza, y nunca fué mayor su desconfianza en la inestabilidad de los elementos, que despues de haber cumplido la mision para la cual se creia predestinado. Sentia la inquietud propia de un hombre que guarda en su poder un depósito sagrado, y lo conduce á través de mil peli-

gros. Su temor era un presentimiento de las duras pruebas que estaban reservadas á su valor y gran pericia.

Con efecto, á la caída de la tarde de aquel mismo dia, 12 de febrero, asaltó á nuestros aventureros una horrible tempestad, que debia durar hasta el diez y ocho.

La noche se adelantó algunas horas, tanta era la densidad de las nubes; y el intrépido Almirante, aunque se mostraba tranquilo y firme, aunque no exhalaba una queja indigna de un hombre fuerte, abrigaba en su interior serios temores por el peligro que corrian sus descubrimientos de quedar sepultados para siempre en el fondo del Océano.

Sereno y hasta risueño á veces en presencia de los pilotos y marineros, se ocupó en dar las órdenes que consideró mas acertadas en aquellos primeros momentos: largas horas permaneció sobre cubierta, vigilando él mismo la ejecucion de las maniobras, é infundiendo alientos con su presencia: los mugidos del huracan apenas se percibian en medio del estruendo espantoso de las ondas, cuyas crestas pulverizadas por el viento, pasaban convertidas en ráfagas de niebla por encima de la carabela. De vez en cuando, al sumergirse esta entre dos enormes olas, se abatian sus velas húmedas, como si el viento hubiera cesado: pero despues cuando la frágil nave se remontaba, como un hombre que se ahoga y recobra la superficie del agua con un esfuerzo frenético, hubiérase creído que las columnas de aire iban á despedirla delante de sí tan fácilmente como á la espuma flotante. Sin embargo, Colon no perdió un momento su aparente serenidad.

Al amanecer el dia trece, parecia que iba á calmarse la furia de los elementos: las olas rodaban con mas regularidad; pero el cielo seguia encapotado, y el viento se estremecia á ratos con violentas sacudidas.

En el transcurso de la mañana continuó arreciando el temporal: á las cuatro de la tarde, la cerrazon habia robado todas sus luces al cielo: fué menester encender los faroles, para que las dos carabelas pudiesen verse de tiempo en tiempo. Cuando vino la noche, solo el débil fulgor que se desprendia de las olas furiosas permitió distinguir los objetos de un extremo á otro de la Niña.

En medio de aquella lóbreguez, los marineros se agrupaban junto al palo mayor, asiéndose con fuerza unos á otros, para no ser arrebatados por el huracan. Vicente Yañez desplegaba una grande energia; pero llegó un momento en que comenzó á desmayar: acercóse al Almirante y le dijo:

—Señor, la *Niña* no puede soportar ya el pedazo de vela que le queda: cuando las olas nos levantan, el sacudimiento es tan fuerte, que parece próxima á romperse la proa; y cuando bajamos, es tan furiosa la fuerza que nos amenaza por la popa, que me parece vamos á quedar sumergidos.

—No temais nada, le respondió Colon: en mayores peligros me he visto, y Dios me ha sacado.—Cargad la vela de mesana.

—Muy peligrosa es la operacion, repuso Vicente; pero allá vamos, con el favor de Dios.

Y así diciendo, llamó á Andrés Leal y á otro marinero de confianza, y se colocó el mismo en disposicion de poder vigilar de cerca la maniobra: en aquel instante se enderezó el timon, y la carabela derivó lentamente, dejándose ir delante del viento.

La operacion de cargar la vela no era muy difícil, porque el mástil de mesana se alzaba pocos piés sobre el puente; pero exigia mucha fuerza y destreza en los hombres encargados de ejecutarla: con inmenso trabajo, Andres y su compañero lograron dar cumplimiento á la orden del Almirante.

—¿Cómo es que no alumbrá el farol de las señales? preguntó Colon, atento á todo.

—Se ha apagado, señor, respondió Vicente Yañez.

—Volvedlo á encender, y no perdais de vista la *Pinta*. Este es un momento solemne, en que la presencia de un amigo alegra el corazon. ¿No se ve la luz de la *Pinta*?

—Sí, señor: yo he repetido las señales, y mi hermano me ha contestado. Vedla allí.

Con efecto, despues de mirar con cuidado, se vió á cierta distancia una luz que brillaba en medio de las tinieblas de la tempestad. Se izó el farol de la *Niña*, que volvió á apagarse; pero se repitieron las señales á cortos intervalos, y siempre respondia la otra luz,

aunque apareciendo cada vez mas lejana, hasta que por último se perdió totalmente aquella débil esperanza de consuelo.

La tripulacion se affligió, y algunos comenzaron á rezar por el alma de los que iban en la *Pinta*: sin olvidar su propio peligro, no cesaban de mirar hácia donde habian visto por última vez brillar la luz de sus compañeros.

Hacia una hora que la carabela corria en medio del sombrío caós con una especie de furia, presentando á veces su banda á las olas y exponiéndose así á recibirlas de través. No era posible salvarse sino á favor de la actividad del hombre que llevaba el timon. Andrés Leal fué á colocarse en aquel puesto y desplegó todo su vigor y destreza: el sudor caia de su frente mezclado con el agua del mar y de las nubes.

Hubo un momento en que la alarma fué general, y tan grande, que los hombres de la tripulacion acudieron al Almirante, pidiendo que hiciese un voto religioso, porque ya no tenian esperanza en sus fuerzas humanas. Don Juan mismo, aunque poco propenso al miedo, conocia que su situacion era crítica, y su habitual ligereza se habia trocado en una gravedad pensativa, nada comun en él. Si hubiese tenido delante una columna de moros, antes habria pensado en derribarla, que en volver la espalda; pero, ¿quién se resiste á las iras de los elementos? En presencia de tales escenas, el hombre mas animoso intenta en vano apoyarse en su intrepidez y resolucion; porque los esfuerzos humanos parecen insignificantes y vanos contra la voluntad del poder de Dios.

—Dicen bien estos hombres, dijo el jóven á Colon: aunque no debemos desmayar, siempre es bueno imp'orar la clemencia divina.

—Yo haré cuantos votos queráis, respondió el Almirante; pero haced vosotros tambien los vuestros, para que Dios y su santa Madre puedan escuchar al mas digno.

—Remitámoslo á la suerte, dijo Vicente Yañez. Podemos sortear un romero, y aquel á quien le toque será el escogido por la Providencia, para cumplir por todos la penitencia que se imponga.

Colon mandó traer un puñado de garbanzos, y contar tantos como hombres habia en la carabela: en uno de ellos se hizo con un cu-

chillo la señal de la cruz, y todos fueron puestos en la gorra de don Juan.

—Estamos en las manos de Dios, amigos míos, dijo el Almirante. Pongamos nuestra confianza y nuestra salvación en su socorro. El que saque de aquí el garbanzo marcado con la cruz, irá en peregrinación á pié y descalzo á Nuestra Señora de Guadalupe, llevando un cirio de cinco libras. Yo, como el mayor pecador de todos, y como vuestro jefe, seré el primero que saque á la suerte.

Diciendo así, metió la mano en la gorra, y sacó un garbanzo: habiéndolo acercado á la linterna que tenia en la mano un marinero, se vió que era el marcado con la cruz.

—Bien está, señor, dijo el piloto Roldan: pero volved el garbanzo á la gorra, y permitid que saquen otros para cumplir una penitencia mas severa, que puede ser la de ir á uno de los santuarios mas visitados por los cristianos: el de Nuestra Señora de Loreto.

En los momentos de peligro, el sentimiento religioso recobra todo su poder; así es que la proposición de Roldan fué al punto bien acogida. Esta vez, el garbanzo cruzado tocó á un tal Pedro Vila, cuya reputación, como marinero y como hombre religioso, no estaba bien asentada.

—¿Y cómo hago yo ese viaje tan costoso? dijo el nuevo penitente. No se puede ir á Loreto sin grandes gastos.

—No te apures, amigo Pedro, le respondió Colon: yo pagaré los gastos, y tú sufrirás el trabajo corporal.—¡Oh! ¿Qué horrible noche, amigos!

—Echemos suertes otra vez, señor Almirante, dijo Pedro Niño: mas valdrá una misa en Santa Clara de Moguer y velar una noche en su capilla, que la peregrinación de ese Vila por larga que sea.

Esta opinión fué aprobada por casi todos: en consecuencia se procedió á un tercer sorteo, y el garbanzo marcado cayó segunda vez al Almirante.

Sin embargo, el peligro no se disminuía, y la carabela, presa de encontrados vientos, parecía que iba á ser absorbida por el torbellino de las olas.

Colon apoyó su rostro en las manos, y permaneció pensativo algunos momentos.

—Llevamos poco lastre, Vicente, dijo luego. Hagamos una tentativa, por desesperada que parezca, para llenar de agua del mar todos los barriles vacíos: echad una manga, y tened cuenta que no entre el agua en la cala, en vez de entrar en los barriles.

Era casi imposible ejecutar esta orden; y la mayor dificultad consistía en proteger contra los furiosos del mar á los hombres que tomaban el agua; por otra parte, no se podia coger una sola gota muchas veces por el desequilibrio constante del mar y los vaivenes impetuosos de las embravecidas olas.

Sin embargo, á fuerza de paciencia y perseverancia, se consiguió llenar bastantes barriles para asegurar la marcha del buque. Al amanecer estaba terminada esta operacion peligrosa. Entonces comenzó á diluviar, y el viento cambió súbitamente del Sur al Oeste, sin perder mucho de su fuerza. Se restableció la vela de mesana que habia sido derribada, y la carabela corrió algunas millas al Este por medio de un mar espantoso.

Luego que fué de dia, todas las miradas se dirigieron en torno buscando la *Pnta*: no fué posible descubrirla en toda la extension del horizonte, y se la creyó perdida.

Las nubes se despejaron algun tanto, y el Océano reflejaba una especie de luz mística; pero seguía cubierto de altas olas montuosas. Sin embargo, la borrasca parecia dar treguas, y los marineros no necesitaban aferrarse para no ser arrebatados por encima de las bandas.

Aprovechando esta circunstancia favorable, se izó una vela; con lo cual, acrecentándose el movimiento del buque, su marcha fué mas firme y segura.

Con todo, el tiempo no ofrecia ninguna confianza: eran de temer, por el contrario, nuevos embates del huracan durante el curso del dia; y como los marineros estaban rendidos de fatiga, se dispuso que la mitad se retirasen á descansar, para que mejor pudiesen volver á sus rudas faenas en caso de necesidad.

Lo mismo que los anteriores días, el 14 arreció la borrasca á la caída de la tarde; pero esta vez se presentaba mas horrible y amenazadora que antes.

Al anochecer, el estruendo del viento y de las olas formaban un

solo bramido, compuesto de mil tonos discordantes: hubiérase dicho que las falanges malditas del infierno andaban desatadas y poseídas de frenética rabia sobre el Océano.

Colon, despues de haber dado algunas instrucciones á Vicente Yañez, se hallaba retirado en su estrecha cámara; y apoyando los codos en su mesa, y cubierto el rostro entre las manos, parecia sumergido en profundas meditaciones.

Don Juan entró, sin poder ser sentido, y viendo al Almirante en aquella postura; no se atrevió al pronto á decirle nada, y se detuvo á contemplarle. Pero, al cabo de algunos momentos, pareciéndole que el grande hombre estaba abatido, le dijo:

—Mala noche se nos presenta, señor; pero Dios nos sacará de ella, como nos ha sacado de las otras.

Colon exhaló un suspiro, apartó las manos de su rostro, y miró en torno suyo, como si buscase algun objeto.

—Hijo mio, respondió con dignidad: tienes razon. No debe el hombre abatirse, habiendo un Dios que tiene contadas sus horas. Él solo sabe lo que nos resta de vida: por consiguiente, mientras nos concede algun tiempo, aprovechémoslo, á fin de poder luego entregarnos tranquilos en sus manos. Todavía nos queda un deber solemne que cumplir.

Así diciendo, abrió el cajon de la mesa, y sacó de él un pergamino, que partió en dos mitades: tomó en seguida una pluma, é invitó á don Juan á tomar otra y á escribir juntamente con él.

—Dificil era hacerlo, pues la agitacion de la nave apenas permitia guardar el equilibrio: sin embargo, aprovechando todos los momentos propicios, y á fuerza de tiempo y paciencia, se llevó á cabo la obra. Colon escribia y al mismo tiempo dictaba á don Juan, el cual iba reproduciendo textualmente las frases en su pedazo de pergamino.

La sustancia del escrito era una relacion en forma de carta de los descubrimientos realizados, la indicacion de la longitud y latitud de la Española, con las situaciones relativas de las demás islas, algunas noticias precisas del derrotero y de los fenómenos mas notables observados en el viaje de ida, y un resúmen sucinto de lo que se habia visto.

Esta carta iba dirigida á los reyes don Fernando y doña Isabel, y en el respaldo de ella se rogaba á quien la encontrase, que la hiciese llegar á manos de aquellos príncipes.

Concluida que fué, Colon enrolló la suya y la envolvió en un pedazo de hule. Don Juan hizo otro tanto. En seguida tomó cada uno un pan de cera, y habiendo abierto en ellos sendos agujeros, colocaron dentro las cartas, volviendo á tapar las aberturas con la misma sustancia.

Hecho esto, mandó Colon llamar el tonelero de la carabela, y dió á este la órden de encerrar cada uno de aquellos panes en un barril vacío, tapándolos despues herméticamente. La operacion quedó ejecutada en pocos minutos. Entonces, el Almirante y su jóven amigo tomaron cada cual un barril, y subieron al entrepuente.

Era la noche tan espantosa, que nadie dormía en la *Niña*: oficiales y marineros estaban agrupados junto á las escotillas y en torno del palo mayor, únicos parages donde se creían al abrigo de la borrasca; y aun allí les alcanzaban los golpes de mar, que subían hasta la coronacion de la popa.

En cuanto apareció el Almirante, le rodearon sus compañeros, deseando saber su opinion y sus proyectos. Pero él se limitó á decirles que se ocupaba en cumplir un deber religioso; y lanzó al Océano el barril que habia preparado. Entretanto, don Juan colocaba el suyo sobre el castillo, con la esperanza de que sobrenadaria, si la cabela llegaba á sumergirse.

Jamás se ha oido hablar de aquel barril depositario de tan preciosas revelaciones: su ligereza le permitia flotar sobre las aguas durante siglos, y es posible que todavia rueda en la superficie de los mares, donde se le habrá visto quizás con indiferencia pasar, como otros muchos que vagan por las soledades del Océano.—Tambien es posible que, arrojado por la inestabilidad de las ondas á las playas de nuevo continente, no visitadas hasta muchos años despues, quedase perdido y olvidado, yendo á poder de gentes incivilizadas.

Luego que hubo cumplido Colon este deber sagrado, pareció estar completamente tranquilo, y pudo ocuparse en ver lo que pasaba; y conociendo que no habia medios en lo humano para con-

trastar el furor de la borrasca, se limitó á calcular friamente la situación exacta de la carabela, con el único objeto de impedir, si posible fuese, su embestida contra alguna tierra cercana.

Largas horas de ansiedad y agonía fueron aquellas que precedieron á la venida de la nueva aurora: terribles alarmas hubieron de sufrir los infelices navegantes, que á cada momento creían ver llegado el último de su vida: ya no quedaban velas en los palos ni el huracan permitia reemplazarlas con otras: solo flotaban crugiendo algunos girones, que el viento partia y se llevaba á pedazos de trecho en trecho.

Todos los corazones se elevaban contritos hácia el Criador, pidiéndole el perdon de sus culpas; y en medio de aquel fervor sincero que despierta la proximidad de la muerte, cuantos cristianos habia en el buque hicieron voto solemne de ir en procesion devotamente al primer santuario de la Virgen, que encontráran, en la primera tierra que pisasen.

Al asomar por Oriente los primeros albores de la mañana, un marinero llamado Rui García, que estaba de vigilante, llenó de inesperado júbilo á los atribulados aventureros gritando :

—¡Tierra!—¡Tierra!



## CAPÍTULO II.

### Del recibimiento que hicieron á Colon los portugueses de Santa María.



úe tierra era aquella, que respondiendo á los cálculos del Almirante, se presentaba de improviso á los ojos de su conturbada gente?

Quando la luz del dia permitió distinguir bien las cumbres aun lejanas de las montañas, marineros y soldados contemplaban aquellas centinelas avanzadas de la antigua Europa, como si despertasen de un sueño.

Gritos de alegría, votos de gracias á Dios sucedieron á los lamentos y suspiros de la desesperacion: nunca mas grato que en aquel apurado trance pudo ser el aspecto de una tierra cualquiera que fuese, y mucho mas pensando, que debia pertenecer al mundo antiguo, abandonado sin esperanzas de volverlo á ver.

Mientras los hombres del equipage se entregaban á sus transportes de regocijo, los pilotos, reunidos en la popa, disputaban, suponiendo unos que la tierra que á la vista se presentaba era la isla

de Madera, y otros que era la roca de Cintra, cerca de Lisboa. Colon procuró esta vez desengañarlos, diciéndoles que, segun su estima, estaba delante de una de las islas Azores.

Tres dias con sus noches hubo de pasar todavía la carabela en medio del mar, aguantando el temporal y acechando una ocasion y paraje conveniente para tomar puerto. Al cabo de ellos, y á fuerza de inmensos trabajos, en la mañana del 18 de febrero se pudo entrar en una cala bastante insegura; y habiendo enviado el bote á tierra, se averiguó, conforme con la opinion del Almirante, que aquella tierra era la isla de Santa María, la mas meridional de las Azores.

Conviene mencionar estas pequeñas circunstancias, porque demuestran, contra los detractores de Colon, que no al capricho de una obstinada fantasía, ni á las felices combinaciones de la casualidad pudo deberse el descubrimiento del Nuevo Mundo, y el afianzamiento de esta preciosa conquista; sino que á ello fué menester que concurriesen el talento, la ciencia y los bien meditados cálculos de aquel hombre extraordinario.

Al saltar en tierra los hombres que iban en el bote, viéronse rodeados de mucha gente, que admiraba como un prodigio la salvacion de un buque tan débil, en medio de una tan deshecha borrasca, y escuchó con asombro la noticia del portentoso viaje que acababa de hacer.

Es hija la admiracion de pechos generosos; y los isleños de Santa María mostraron desde luego que no carecian de hidalgos sentimientos; pues compadecidos de los fatigados navegantes, les ofrecieron cuántos auxilios necesitasen, y se brindaron á traerles víveres, de que harto escasos estaban.

Pero, si tales muestras de humanidad daba, para honra suya, la gente del pueblo, no aspiraban á iguales títulos las personas de posicion que debieran dar el ejemplo.

Aquella tarde se presentaron en la carabela tres mensajeros del gobernador de la isla, Juan de Castañeda, el cual, con aparentes protestas de amistad, enviaba á decir al Almirante, que al dia siguiente se presentaria personalmente á felicitarle por su feliz regreso, y entretanto le hacia los mas latos ofrecimientos.

Colón obsequió y hospedó por aquella noche á los mensajeros, y á la mañana siguiente los despidió con señaladas muestras de afecto.

No lejos de la playa habia un santuario de la Virgen, y como buen cristiano y agradecido, quiso Colón que allí se cumpliese el voto hecho en el rigor de la tormenta; para lo cual dispuso que bajase á tierra la mitad de la tripulación, y él con la otra mitad se quedó á bordo, esperando que los primeros volviesen, para ir á dar cumplido término á su promesa.

Pero pasó toda la mañana y los romeros no volvian: llegó la tarde, y con ella la confirmacion de siniestras sospechas, que ya en su mente abrigaba el sabio navegante.

Con efecto, se vió venir gente armada en el bote mismo de la carabela, y con ella el gobernador Castañeda; el cual en su actitud mostraba sus disposiciones poco amistosas. Colón mandó prevenir las armas, para recibir al portugués alevé como merecia.

Pero este se detuvo á una larga distancia, y habiendo hecho señas para que le escuchasen, dijo:

—Supongo será cierto que el capitán de esa carabela es el señor Cristóbal Colón, genovés enviado por los reyes de España á descubrir las Indias. En esta creencia, puesto que debo tratar con un hombre de honor, exijo su palabra y alguna prenda mas, para subir á bordo, á fin de garantizar mi persona y las de los que me acompañan.

—Es muy cierto lo que suponeis, señor gobernador, le respondió Colón; y si necesitais venir á bordo, yo os prometo que vuestra persona y las de esos hombres serán tratadas como vos mismo querais tratarme á mí y á los míos.

Poco satisfecho con esta contestacion de doble sentido, Castañeda repuso:

—En tal caso, debo creer que se desea obsequiarme, puesto que yo he dado muestras de mi buena amistad á vuestra señoría.

—Ciertamente, señor gobernador, así lo he creído, replicó el Almirante; y debo suponer que la detencion de mi gente en tierra es ocasionada por los agasajos con que os empeñais en obsequiarnos.

—Hablemos claro, dijo Castañeda con arrogancia. Yo no sé quién sois, ni conozco vuestras intenciones: así es que me veo en el caso de tomar ciertas medidas de precaucion. Si efectivamente sois almirante de las Indias, debeis veniros conmigo, no teniendo nada que temer de mi lealtad.

—Mi puesto es este, señor gobernador: aquí represento á las coronas de España, y como almirante de los altos reyes don Fernando y doña Isabel, os reclamo á mi vez los súbditos que habeis alevosamente detenido; y os hago responsable de las consecuencias que pueda traer esa detencion injusta, la cual me da la medida de vuestra lealtad conmigo.

—Señor Colon, ó quien seais, replicó Castañeda: yo no he de daros á vos satisfacciones de mi conducta: veo llegar á mis dominios gentes sospechosas, y las detengo y os detendré á vos mismo, cumpliendo con mi deber.

—Intentadlo no mas, dijo Colon con dignidad. Intentadlo, y os probaré que represento á una nacion de leones. Vuestro comportamiento es indigno de un caballero y de un hombre de bien. Os lo digo en voz alta; y mis quejas llegarán,—os lo prometo,—á los oidos de vuestro señor rey, don Juan II.

—Si habeis creído asustarme con amenazas, vais muy equivocado.

—Sois vos quien amenaza á quien debeis respetar, si no por las consideraciones que se deben dos pueblos amigos, á lo menos por acatamiento á la leyes naturales de humanidad. Yo solo os reconvengo, y os repito que dejéis libre mi gente, protestando que no os he dado motivo para una agresion tan injusta.

—Podeis ir á quejaros á mi señor el rey don Juan, respondió por último el gobernador.

Y volviendo la espalda, mandó vogar hácia la playa.

Colon se mordió los dedos de corage: hubiera deseado en aquel momento disponer de una fuerte escuadra, para echar á pique el bote donde iba Castañeda, y arrasar en seguida la poblacion inmediata, hasta obtener completa reparacion del ultraje que se le hacia.

Don Juan, que en casos tales nunca oia los consejos de la prudencia, solo ansiaba el permiso de saltar en tierra con veinte hombres,

asegurando que esto bastaba para dar á Castañeda y su gente una lección de cortesía. Pero el Almirante refrenó su inmoderado arrojo, y creyó que el gobernador portugués meditaría con calma su desafuero y dejaría en libertad los prisioneros.

Al día siguiente, el tiempo que no había estado seguro, volvió á presentarse borrascoso; y Colon se vió obligado á darse á la mar, falto de brazos, para buscar en las islas mas septentrionales de aquel grupo un surgidero menos peligroso que el de Santa María.

Peró al cabo de tres días de continuos azares, en la tarde del 22, tuvo que volver al mismo punto, sin haber podido arribar á ningun otro.

Apenas fué vista la carabela por los habitantes de la isla, cuando se le acercó de nuevo el bote, conduciendo á dos sacerdotes y un escribano, los cuales pidieron plática con mucha moderacion y apariencias de buena amistad. Recibidos á bordo por el Almirante, manifestaron que la conducta del gobernador había sido motivada por ciertas noticias de gentes peligrosas que se tenian en la isla, y suplicaron á Colon que les mostrase las patentes y órdenes de los reyes de España, dándole la seguridad de que, reconocidos estos documentos, le serian entregados los prisioneros.

Colon comprendió que el gobernador estaba arrepentido de lo que había hecho, y no vaciló en presentar á sus mensajeros las cartas que le pedian, á cuya vista quedaron satisfechos.

Inmediatamente fueron devueltos á la carabela el bote y los marineros, enviándosele juntamente algunas provisiones:

El temporal continuaba, entre tanto, con viento del Sur, que no permitía segura estancia á la carabela en la abierta playa de Santa María: y como aquel viento podia favorecer algun tanto el rumbo á las costas españolas, el día 24 se dió de nuevo á la mar el frágil buque, y navegó con próspera suerte por espacio de otros tres.

---

CAPÍTULO III.

El mayor peligro.



ASTA el dia 27 de febrero navegó la *Niña* con próspero suceso; y si bien los tres siguientes arreció mucho el viento, y la mar se presentó alterada, pudo sin embargo seguir su rumbo con direccion á Palos, aunque derivando algun tanto al Norte, y acercándose por consiguiente á las costas de Portugal.

La noche del sábado 2 de marzo comenzó con buenos auspicios: faltaban unas cien millas para llegar á tierra, y nuestros combatidos navegantes se lisonjaban con la idea de verla el próximo domingo. Pero á la madrugada de este dia se amontonaron algunas nubes hácia el Sud-oeste, de donde vienen siempre las tormentas mas temidas en esta parte del Atlántico.

Advertido Colon, subió al alcázar, para mejor poder ver el cielo y descubrir un horizonte mas extenso. Las señales de tempestad eran tanto mas terribles, cuanto que aparecían rápidas y numerosas. Toda

la atmósfera estaba cubierta de una neblina blanca, semejante á un humo leve, y las nubes lejanas se estendian con precipitacion, prolongándose en formas desiguales, como derribadas por falta de base, y despidiendo á su paso frecuentes chispas de electricidad.

Apenas habia tenido tiempo el Almirante de observar estos fenómenos, cuando sonó á lo léjos un estruendo tumultuoso, parecido al que producirian mil caballos pasando á galope un puente: era el viento que venia:

Pronto se oyó la mar silbar, como haciendo mofa de los débiles seres que surcaban su espalda, mientras las roncadas detonaciones de los truenos sonaban huecas y apagadas por la furia del viento: hubiérase dicho que los demonios proferian carcajadas satíricas y envidiosas, viniendo en tropel á destruir la carabela, para que no trajese á España las nuevas del gran descubrimiento:

La ráfaga llegó bramando: un ruido semejante al de una descarga de arcabucería estalló sobre la *Niña*, cuyas velas quedaron todas despedazadas por la fuerza de los vientos. El buque dió á la banda hasta tocar el agua con sus mástiles, y en aquel momento terrible, los mas antiguos marineros temieron verla completamente arrumbada; lo que sin duda alguna hubiera sucedido, á no haberse roto las velas.

Cuando la *Niña* se recobró del choque, saliendo casi enteramente de entre las ondas, comenzó á correr delante del viento como una corza espantada.

Todo esto no era mas que el principio de una tempestad, que debia escender en violencia á la pasada. En la primera hora, el terror y el desaliento paralizaron á la tripulacion, que no hizo, ni pudo hacer nada para conjurar el peligro siempre creciente.

La frágil nave seguia corriendo á palo seco por aquel mal proceloso, y bajo otro mar, que se derrumbaba de las nubes. Los girones de las velas habian sido arrebatados á pedazos.

En esta situacion desesperada la tripulacion recurrió nuevamente al supremo amparo de los navegantes: á los votos religiosos. El Almirante fué tercera vez designado por la suerte para cumplir la penitencia: entonces todos los marineros y soldados ofrecieron ayunar

á pan y agua el primer viérnes despues que desembarcasen, si Dios les otorgaba esta gracia.

—Es digno de notarse, mi señor don Cristóbal, y es muy notable en verdad, dijo don Juan á Colon, un momento que estuvieron solos,—que siempre seais el elegido de la suerte, para pagar por todos el beneficio que esperamos de Dios. Ya tres veces os ha designado la Providencia para este objeto, pues no puedo creer que sea la casualidad; y esto me infunde una confianza ilimitada; porque veo que el cielo os distingue con un favor especial.

—¡Ay, amigo mio! respondió Colon con sencillez y sinceridad. Yo creo mas bien que la suerte me señala siempre, para recordarme qué merezco castigo por mi orgullo. Temo haber olvidado que soy un simple obrero escogido por el Señor para trabajar en la ejecucion de sus altos fines, y haber caido en las redes del enemigo, figurándome que nuestro gran descubrimiento ha sido realizado por mis propias luces y sabiduría, siendo así que solo al favor de Dios lo debemos. ¡Ojalá caiga sobre mí solo el peso de la justicia divina, y pueda yo desagraciarla con el arrepentimiento y la penitencia!

—¿Os parece muy grave nuestro peligro?

—Ninguno mayor hemos pasado desde nuestra salida de Palos, hijo mio: el viento nos arrastra impetuosamente hácia las terribles costas de Portugal, que no pueden distar de aquí mas de treinta leguas: el huracan arrecia por momentos, y solo Dios sabe nuestro destino. Sin embargo, yo tambien tengo confianza en su bondad y misericordia.

Era ya dia claro, pero la luz escasa, que dejaban pasar los giros de las nubes, no cambió en nada el aspecto imponente del Océano. El viento soplabá furioso, y la *Niña* corria entre el caos de las aguas, acercándose siempre al continente, que esta vez no era un consuelo de la esperanza: nada infundia tanto terror como el recuerdo de la tierra.

Los indicios de la proximidad de esta fueron ya positivos á las tres de la tarde. Sin embargo, no se veia mas que el mar espumoso y un cielo sombrío, iluminado á trechos por esos resplandores siniestros, que aumentan el pavor de la tempestad. Solo con ayuda de la brú-

jula podía saberse á qué lado caía el sol, que iba declinando á su ocaso.

Durante esta escena horrible y salvaje, vino la noche, como si los navegantes debiesen perder á un tiempo la luz del dia y con ella toda esperanza de salvacion: el choque y el crecimiento de las olas parecia ser mayor á medida que las tinieblas se condensaban.

—Jamás he conocido una noche como esta, don Juan, hijo mio, dijo Colon á su constante amigo: si llegamos salvos hasta mañana, podremos dar infinitas gracias á Dios.

—Sin embargo, señor, respondió el jóven, decís eso con calma, como si tuviéseis una segura esperanza de salvacion.

—El marino que no puede mandar á su voz y á sus sentidos, aun en los momentos del mayor peligro, hijo mio, ha errado su vocacion. Con todo, estoy tranquilo y espero: estamos á la merced de Dios, que hará de nosotros lo que sea su santa voluntad. Solo pienso en mis pobres hijos y en la madre de mi Fernando. Por ellos siento inquietud.

—¡Pobre Beatriz! exclamó don Juan. Yo tambien me acuerdo de alguien, señor, y estraño como es que la idea de la muerte no me aflige por mí mismo.

—¡Noble corazon! Te comprendo: morir debemos todos; pero solo es sensible dejar en el mundo á los que amamos.

—Sería una fatalidad que perezásemos, ahora que los portugueses son dueños de nuestro secreto. Solo ellos lo saben y lo aprovecharán, pues no creo que Martin Alonso haya podido salvarse.

—¿Dónde está el barril que contiene la segunda carta á nuestros reyes? Pregunto Colon con interés.

—No se ha perdido, señor, respondió don Juan. Temiendo que se cayese al agua en medio de este transtorno, lo he guardado en vuestra cámara. Si llegamos á zozobrar, me abrazaré con él y vendrá conmigo antes de que me trague el abismo.

En este momento se oyó el grito de: ¡Tierra!

Esta palabra, que en otras circunstancias habria colmado de júbilo á los infelices aventureros, causó ahora un terror pánico. Apesar de lo sombrío de la noche, á favor de las pasageras roturas que abria

el viento en las nubes, podia verse distintamente la costa de Portugal á unas dos millas de distancia.

Colon y don Juan corrieron presurosos hácia la proa para ver la tierra. Estaba tan cerca, que se oia ó parecia oirse el bramido de las olas, que se estrellaban contra las rocas. No era posible descubrir una rada, ni el menor asilo, y toda la tripulacion encomendó sus almas á Dios, como en el trance fiero de la muerte.

No quedaba mas que un medio de salvacion, y á él acudió el Almirante, desplegando toda la serenidad de que era capaz.

—Vicente, gritó al piloto de la *Niña*. Es preciso virar de bordo, y hacer cuantos esfuerzos quepan en lo humano, para mantener la carabela desviada de tierra basta que sea de dia. De lo contrario, estamos perdidos. Coged vos mismo el timon; yo mandaré las maniobras.

Vicente Yañez corrió al timon, y se afianzó á él con todo el esfuerzo que da la desesperacion

—¡Aquí seis hombres de fuerza! gritó Colon. ¡A virar!—Carga mayor arriba!

Andrés Leal y otros cuantos marineros de los mas robustos acudieron á ejecutar las órdenes del Almirante: habia que variar enteramente el rumbo de la carabela, gobernando al Norte-nord-oeste. Por lo que se veia de la configuracion de la costa, era de esperar que, ejecutando esta maniobra, se podria permanecer algunas horas léjos del mayor peligro.

La operacion de largar la mayor, única vela disponible, fué sumamente difícil y arriesgada; porque dando en ella de lleno el viento antes de asegurarla, sufrió un sacudimiento tan terrible, que se temió llegara á romperse el palo: los costados del buque desaparecieron bajo una inmensa barrera de agua; pero Andrés y sus compañeros aprovecharon este momento para asegurar la vela, y cuando la nave se enderezó, sintió un choque tan violento como cuando se rompe el cable del áncora.

Sin embargo, un instante despues, la *Niña* marchó rápida mar á dentro, aunque incesantemente combatida por las inmensas olas.

Las voces de mando y los gritos de los marineros, al ejecutar las peligrosas maniobras, debieron parecer, entre el tumulto de la

borrasca, desesperados alaridos de gente que perece. Don Juan no habia oido en los fieros combates de la guerra de Granada otros semejantes, ni aun cuando en el sitio de Málaga volaban las cargadas minas, arrojando al viento las macizas torres con sus defensores despedazados.

Absorto contemplaba esta escena, apoyando su espalda en la puerta del camarote reservado á las mujeres, cuando oyó detrás de sí una voz dulce, que le decía:

—Juan... Estar mal aquí... Haití mejor; Mattinao mejor.

Volvióse el jóven, y vió á Onaney, que, agarrada á la puerta para poder sostenerse, le miraba como el dia que, perseguida por Caonabó, imploraba su amparo.

Durante el viaje, muchas veces habian hablado los dos, procurando cada cual aprender la lengua del otro, y Onaney habia hecho verdaderos progresos en la española, hasta el punto de hacerse entender.

—¡Pobre Onaney! dijo don Juan acomodándola de suerte que pudiese soportar los movimientos desordenados de la carabela: tú debes sentir la pérdida de Haití y la dulce seguridad de sus tranquilas florestas.

—No, no, Juan, Sol, respondió la inocente jóven. Haití mejor; pero allí Caonabó. Juan protege Onaney.—Caonabó no.—Haití no.—¡Aquí mejor, Juan!

—Sencilla criatura, ¿qué puedo yo hacer para protegerte contra la furia de los elementos? Caonabó no era mas que un hombre: solo el poder de Dios enfrena la tempestad.

—¿Qué tempestad? preguntó Onaney que siempre pedia explicaciones, cuando no adivinaba el sentido de las palabras.

—Eso que ves: lo que te asusta aquí, pobre niña. Contra eso nada puede un hombre como yo. Pon tu esperanza en Dios, en el supremo *zemí* que todo lo gobierna.

—Onaney esperar en Dios,—esperar en Juan.—Onaney hacer lo que quiere Juan, y no tener susto. El Dios de Juan ser un gran Dios.

—No hay mas que un Dios en todas partes. El Dios de Juan es el mismo de Onaney.

—Sí, sí, sí; el mismo.—Onaney no amar otro Dios que el de Juan, y la cruz sol.—Darme Juan la cruz, y Onaney no temer nada.

Don Juan se acordó de la insistencia con que la jóven indiana habia deseado poseer la cadena de doña Sol, que siempre llevaba él pendiente del cuello, aunque oculta bajo la túnica. En varias ocasiones, por satisfacer sus deseos, le habia mostrado y dado á besar la cruz á ella unida, procurando inspirarle el sentimiento de veneracion religiosa, que á este signo del amor eterno profesan los cristianos. En aquel momento de supremo peligro, creyó hacer una obra meritoria entregando la codiciada cruz á Onaney, con la piadosa creencia de que protegeria su vida; ó al menos le valdria, en su ignorancia, para salvar su alma.

—Hé aquí la cruz, Onaney, le dijo, quitándola de su cuello, y estampando en ella con fervor sus labios. Es la prenda del amor divino: adórala, y pon toda tu confianza en Dios.

—¿Cruz es Dios? ¿Cruz amor? preguntó la jóven con alegría.

—Es el signo visible de nuestra alianza con Dios.

Onaney besó muchas veces la cruz, y la estrechó contra su seno exclamando:

—¡Sí sí! Onaney amar la cruz de Juan. ¡Onaney feliz!—¡Cruz Sol!—¡Cruz amor!

Diciendo así la jóven se colgó la cadena al cuello, y acomodó la cruz debajo de sus vestidos: para esto necesitó desprender las manos de la puerta de la cámara; y como al mismo tiempo hiciese la carabela un movimiento capáz de derribar á los mas fuertes marineros, don Juan se vió precisado á sostener á la bella indiana, enlazándola con sus brazos.

No mostró ella la menor resistencia á la necesaria presion del caballero; antes al contrario, permaneció algunos momentos apoyada en su brazo, y tal vez cediendo á la ternura de su corazon, reclinó la cabeza en el pecho del mismo, y levantó la vista para contemplarle con arrobamiento.

La expresion animada de sus ojos no hubiera podido, en otras circunstancias, dar lugar á dudas respecto al sentimiento que dominaba en su alma; pero en aquellos, podia confundirse con la de la gratitud y la piedad.

—No temas ya nada, pobre Onaney, le dijo don Juan. Amparándote la cruz, aunque venga la muerte, no puedes ser desgraciada.

—Onaney no desgraciada,—no querer ya Haití, ni Mattinao; no querer nada: tener la cruz y ser feliz.—Onaney guardar la cruz siempre, y amar siempre.

Un sacudimiento de la nave mas fuerte que el anterior separó con violencia á los dos jóvenes: cuando pudo reponerse del choque, don Juan volvió la cabeza, y vió que Onaney habia entrado en la cámara y cerrado la puerta. Durante algunos minutos pensó en las últimas palabras de la inocente niña, y se estremeció á la idea de que ella hubiese podido interpretar mal el objeto con que le habia dado la cruz.—«Onaney guardar la cruz siempre, y amar siempre.»—¿Qué empeño habia sido el suyo de poseer aquella prenda, cuya virtud religiosa no conocia? ¿Cómo estimaba en mas la posesion de aquel objeto, que su patria, su hermano y todo lo del mundo?

A pesar de esta reflexion, que, en el estado de zozobra en que se hallaba, pasó rápida por su entendimiento, don Juan prefirió suponer que la ignorante criatura atribuía á la cruz el poder superior de la raza española, como objeto procedente del cielo; y que teniéndola, se consideraba inmortal y segura de alcanzar toda felicidad.

La noche continuó tan terrible como habia comenzado, y no llevaba trazas de mejorar: á todos parecia imposible que la *Niña* resistiese la rabia de los elementos, y todos consideraban su propia existencia como un prolongado milagro.

Llegó por fin el ansiado dia, para alumbrar un siniestro espectáculo: no se podia ver el sol, un vapor denso disminuía en apariencia la mitad de la altura del cielo, y oscurecia los objetos á corta distancia: el Océano estaba cubierto de una ondulante capa de espuma.

No tardó en percibirse una tierra alta hácia Levante, y todos los marineros declararon que aquella era la roca de Cintra, cerca de Lisboa. Reconocida que fué, mandó el Almirante virar de bordo la carabela, y gobernar para dirigirse á la embocadura del Tajo.

La distancia era de unas veinte millas; pero la necesidad de ha-

cer frente á la tempestad y de tener las velas desplegadas al viento; hacian mas crítica que nunca la situacion de la carabela. En aquel momento se dió al olvido la política de los portugueses; porque no habia mas alternativa que arribar ó perecer.

Una hora despues, nuestros aventureros se hallaban tan cerca de tierra, que podian distinguir los hombres y sus movimientos: habia gran muchedumbre contemplando desde la costa la frágil nave con asombro y terror; pues parecia imposible á cuantos la miraban, que de un momento á otro no se estrellase contra las rocas, y temblaban aguardando con ansia aquel desastre, al parecer inevitable.

A medida que la carabela avanzaba hácia la orilla, se percibia el ruido espantoso de la resaca y se veian saltar hasta una enorme altura las olas, despues de estrellarse en los peñascos. No hay exageracion en decir que el agua era arrojada á una elevacion de mas de cien piés, y la espuma llevada por el viento á gran distancia en lo interior de la tierra.

—Vamos á ver lo que Dios nos tiene aquí guardado, señor Almirante, dijo Sancho, cuando estaban á un tiro de arcabuz de la terrible roca. Dentro de diez minutos, ó cantamos victoria, ó se acabó todo.

—Tienes razon, respondió Colon tranquilamente, sin apartar la vista del peligro. Si cualquier azar nos arroja cerca de aquellas rocas de enfrente, en diez minutos no quedarán unidas dos tablas de la carabela.—Desfilad suavemente, amigo Yañez. Un pequeño esfuerzo de velas, y estamos salvados: el timon aquí de poco sirve.—Mirad como avanzamos, don Juan: mirad la tierra y vereis el movimiento.

—Es verdad: pero cuidado, señor; da miedo ver que la carabela ha de pasar rasando contra esa punta.

—No temais: peligrosa es la punta; pero á veces el paso mas atrevido, es el mas seguro. El terreno es cortado, y poco fondo nos basta.

Un silencio profundo siguió á estas palabras. La carabela vogaba hácia la punta con una velocidad espantosa, y se la veia avanzar por instantes hácia el torbellino de espuma que salpicaba las rocas.

Dos minutos mas, y la *Niña* pasó desflorando la punta sin tocar en ella, y entró poco despues en el Tajo. Gritos frenéticos de alegría y de admiracion resonaron en la carabela y en la ribera de Rastello.



---

## CAPITULO IV.

### Política portuguesa.



ALVADA la carabela del modo casi milagroso que hemos visto, el primer cuidado de Colon fué dar gracias al Todopoderoso por tan singular merced.

Pero, como la experiencia de lo pasado en Santa María, le aconsejaba ser mas cauto, ahora, que la suerte le habia conducido al centro de un pueblo envidioso de su dicha, se limitó á reunir su gente y á exhortarla, para que, en el buque mismo, elevasen todos á Dios el alma agradecida; y dando él mismo el ejemplo, estuvo arrodillado largo rato en silenciosa oracion.

Entre tanto, el interés y la curiosidad que habia escitado la *Niña* en las gentes de la bahía, hubo de hacer que algunos marineros de los que allí paraban, se enterasen de las condiciones del extraordinario viaje que acababa de realizarse. Renovóse al punto entre ellos el recuerdo que tenian de Colon y de su antiguo proyecto, largo

tiempo olvidado, despues de escarnecido, y creciendo el asombro á par de la curiosidad, voló la nueva de boca en boca, y en breves horas no hubo en Rastello quien ignorase el inmenso acontecimiento, que debia eclipsar los mas ruidosos de la época.

Pronto la carabela se vió asaltada por tantas y tan diversas gentes, que peligraba zozobrar en el mismo puerto donde habia conseguido salvarse: abrumaban á preguntas á los marineros; querian ver y tocar los objetos traídos de aquellas lejanas tierras, nunca imaginadas: y hacian olvidar las amarguras de los pasados peligros con el aplauso y la admiracion.

Mientras esto pasaba, el Almirante consideró necesario sustraerse á la curiosidad general, para poder ocuparse en asuntos de apremiante interés. Retirado en su estrecha cámara, se puso á escribir á los Reyes Católicos (acababan de obtener este dictado), participándoles la nueva de su arribo y de sus descubrimientos, y otra carta al rey de Portugal, pidiéndole permiso para trasladarse con su buque á Lisboa.

Concluidas estas cartas, y mientras Colon pensaba en la designacion de las personas, que debian llevarlas á sus respectivos destinos, le fué anunciada una visita extraordinaria.

Un oficial de la marina real portuguesa se presentó á bordo de la *Niña*, y habiendo preguntado por su capitan ó principal piloto, fué conducido á la presencia del Almirante.

Venia enviado, segun dijo, por don Alonso de Acuña, capitan de un navío de guerra, surto en aquella misma bahía, el cual deseaba interrogar á Colon sobre sus descubrimientos y procedencia, y al efecto le requeria para que se trasladase á dicho navío.

—Decid al señor don Alonso, le respondió Colon, que estoy pronto á complacerle como particular, en esto y en todo cuanto me mande; pero que no puedo hacerlo como jefe de este pequeño buque, ni menos darle cuenta oficial de mis empresas, sin derogar de mi dignidad de almirante y virey de las nuevas tierras descubiertas por las coronas de Castilla y Aragon: que siento mucho tener esta doble representacion, por cuanto me priva, contra mi voluntad, de ir gustoso á estrechar la mano de tan ilustre marino.

—Así lo haré presente á mi capitan, respondió el oficial; y puedo

asegurar desde luego á Vuestra Señoría, que al dar este paso, el señor don Alonso ignoraba vuestra calidad.

Con estas corteses razones se despidió el oficial; y Colon, de suyo receloso, quedó temiendo algun percance desagradable; pues, aunque el hecho en sí nada tuviese de particular, si con efecto don Alonso habia procedido con ignorancia, sin embargo, la conducta observada antes por los portugueses le autorizaba para sospechar mal de ellos.

Don Juan, que habia presenciado la entrevista del caballero portugués con el Almirante, dijo á este:

—Me ha gustado la leccion que acabais de dar al señor don Alonso de Acuña; pero no me agrada mucho la curiosidad de ese ilustre marino, como le habeis llamado.

—A mí tampoco, don Juan, respondió Colon; yo quisiera que don Fernando y doña Isabel tuviesen ya noticia de nuestra llegada; porque temo que no hayan concluido todavía los azares de nuestro viaje.

—Señor, repuso el jóven: os he visto escribir, y presumo que habrá sido para dar cuenta de todo á Sus Altezas.

—Efectivamente, así es.

—Pues bien: dadme las cartas, y yo mismo iré á llevarlas.

—No soy de ese parecer, dijo Colon: yo preferiría enviar la carta para Sus Altezas por medio de un hombre oscuro, que no pudiese llamar la atencion de nadie. Vos me prestareis otro servicio.

—¿Cuál? Disponed lo que os parezca mejor.

—Tengo que enviar otra carta al rey de Portugal; y para esto, nadie seria mas adecuado que vos.

—Como gustéis, señor: pero el otro mensaje es delicado, y como no sea Sancho quien se encargue de él, no sé quien pueda llevarlo.

—¿Conoce á Sancho vuestra señora tía, doña Juana?

—Perfectamente.

—Pues no hay mas que hablar: llamadle aparte, y dadle las instrucciones convenientes.

Dicho esto, Colon se retiró á escribir una carta de introduccion

y recomendacion para doña Juana de la Torre, á fin de allanar á Sancho las dificultades que pudieran presentársele en la corte.

Don Juan escribió tambien algunas palabras á su tia, despues de prevenir á Sancho, que se dispusiese á marchar inmediatamente á España con una mision reservada.

Fuera necesario ver á nuestro escudero en el momento de recibir esta órden, para formarse una idea de la expansion de su rostro inteligente y picaresco. — ¡Una mision reservada! Estas tres sencillas palabras le pusieron mas hueco que un pavo real. No se confian semejantes encargos á hombres vulgares, y Sancho distaba mucho de figurarse que habia sido escogido por lo insignificante de su persona: verdad es que tambien se habia tenido en cuenta su discrecion, agudeza y fidelidad.

Terminadas las cartas, le llamó Colon y le dijo:

—Sancho, vas á tener la fortuna de ser el primero que anuncie á nuestros reyes el éxito feliz de nuestra expedicion. Saldrás de la carabela sin mas ropa que la puesta, y á nadie dirás quien eres, de donde vienes, ni á donde vas: guardarás estas cartas, como tu propia vida, y andarás mucho en pocos dias: no beberás mas vino, que el preciso para entonar el estómago.

Sancho se sonrió maliciosamente.

—Irás á pié, como un pobre diablo, desde aqui hasta la frontera de España, continuó el Almirante.

Sancho se puso serio.

—En pasando de la frontera, te informarás bien del punto donde actualmente residen los reyes, comprarás un buen caballo y un traje decente, que llevarás reservado para presentarte á la señora doña Juana de la Torre, y si fuere menester, á Sus Altezas. —Supongo que podrás hablarles sin turbarte.

—No haya miedo que yo me turbe, señor, dijo Sancho. Conozco toda la importancia de mi alta mision, y no temo nada.

—Perfectamente. Si doña Isabel te hiciere algunas preguntas relativas á nuestros descubrimientos, procura medir bien tus palabras y no contar nada que no sea la pura verdad.

—Quedo enterado, señor Almirante. Dejadme ir, y quedad tranquilo: que en buenas manos está el pandero.

—Pocos refranes, sobre todo; y entre tanto, á ganar horas. No lo perderás.

—Ya me lo figuro, señor: pero antes de pasar á mayores, tengo que hacer una observacion.

—Hazla.

—Supongo que, en llegando yo á España, bastará nombrarme, para que me den de valde cuantos caballos necesite; y esto, sin contar el vestido nuevo, ni el gasto de las posadas.

—¡Perillan! repuso Colon en tono cariñoso. Toma, aquí tienes veinte doblones: ahora puedes suponer lo que quieras.—Corre, no te detengas una hora mas.

Sancho tomó el dinero y las cartas; guardó el primero en su cinto, y las segundas en una escarcela vieja de su amo; que ciñó á su cuerpo, y sin mas preparativos, se embarcó en el bote de la carabela, y saltó en tierra mas ufano que un potro de tres años.

Entre tanto, don Juan se disponia para marchar á Valparaiso, donde á la sazón residia la corte de Portugal: nuestro caballero debia ir con mas aparato que su escudero, llevando seis soldados de acompañamiento. Por consiguiente, tardó algun tiempo antes de partir.

En este espacio, se notó una novedad agradable: el navío de guerra mandado por don Alonso de Acuña apareció empavesado, y momentos despues se vió salir de él un bote con el pabellon portugués, en el cual venia el mismo capitan, acompañado de honorífica escolta. Cuando llegó cerca de la carabela, se puso en pié, al mismo tiempo que anunciaban su visita, con grata armonía, varios clarines, pífanos y atabales que llevaba en el bote.

Colon se apresuró á corresponder á estas muestras de atencion, saliendo á recibir á su huésped; el cual, habiendo entrado en la *Niña*, dió sus excusas al Almirante y le ofreció sus respetos, no solo por la superioridad de categoría, sino por considerarle el mas experto marino que hubiese habido en el mundo.

Al cabo de una hora de mútuas satisfacciones y de conversacion amistosa, don Alonso se volvió á su navío, habiendo recibido de Colon algunas noticias de su largo viaje y los mas obsequiosos ofrecimientos.

Don Juan partió al día siguiente para Valparaiso, que dista unas nueve leguas de Lisboa, y transcurrieron otros tres antes que volviere. Con él vino un caballero lusitano, llamado don Martin de Noroña, el cual era portador de una carta del rey don Juan, sumamente lisonjera para Colon. En ella le decia aquel ilustrado monarca, que era gustoso en consentir que honrase con su carabela, no solo el puerto de Lisboa, sino cualquiera otro, el que mas le agradase de sus Estados; y le suplicaba que pasase á verle á Valparaiso.

La relacion verbal que hizo don Juan del recibimiento que habia tenido en la corte portuguesa, confirmó la satisfactoria idea que habia concebir esta carta; por lo cual, Colon no demoró un momento el acudir á complacer al rey de Portugal, y en la tarde de aquel mismo dia, 8 de marzo, partió para Valparaiso en compañía de Noroña y de su jóven amigo, llevando una pequeña escolta de honor.

En los pueblos por donde pasó, las autoridades se afanaban en obsequiarle y hacerle honores casi régios, cumpliendo las órdenes que habian recibido de la corte.

Al llegar á esta, se adelantó el mensajero del Rey para dar aviso; todos los cortesanos salieron á recibir á Colon, puestos en dos alas, y de este modo le condujeron al palacio real, esmerándose muchos de los caballeros mas principales en darle las mayores muestras de respeto y veneracion.

El rey, á quien habian participado la llegada de Colon, estaba esperándole, y no permitió que se le detuviese un momento: hizo mas; pues él mismo salió á recibirle á la puerta de su cámara, y cuando el sabio marino, abismado con tan señaladas distinciones, quiso echarse á sus piés, le dió las manos y le dijo estas notables palabras:

—Ved, señor, lo que haceis: no son reyes solamente los que llevan corona y cetro: tambien los hay que reciben del cielo el dominio del mundo, y á esta clase perteneceis vos.

—Tantas bondades, señor, esceden á mis pobres merecimientos, repuso Colon.

—Ni una palabra mas, replicó el Rey.—Venid y sentaos á mi lado; solo así consentiré que me hable el rey de los marinos.

Por mas que se esensó el Almirante, no pudo recabar de don Juan II que le escuchase hasta que hubo tomado asiento. Entonces hizo una sucinta relacion de su viaje, que el Rey oyó con extraordinario interés, interrumpiéndole de tiempo en tiempo con preguntas oportunas, que justificaban la reputacion de sabio en que era tenido.

Pero en una de aquellas preguntas reveló el monarca portugués algo mas que curiosidad.

—Yo quisiera, dijo, que señaláseis con toda exactitud la situacion geográfica de esos paises descubiertos; porque no acabo de comprender su proximidad á las Indias orientales.

—Su situacion es occidental con respecto á nosotros, respondió Colon, á los cincuenta ó sesenta grados de un meridiano, que se suponga pase por el pico de Tenerife, y entre los veinte y veintitres de latitud septentrional. No es de presumir, por consiguiente, que las Indias disten mucho de allí, segun los cómputos de los antiguos.

—Pero, bien; insistió el Rey: en ese caso, atendida la posicion meridional de esas tierras, es natural que vengan á caer dentro de los limites concedidos á mi corona por la bula de Su Santidad, Martino V.

Colon vió claramente á donde iban á parar tantas preguntas y tan señalados obsequios hechos á su persona.

—Creo haber dicho á V. A., respondió, que mi derrotero ha sido siempre al Ocaso; pues no podia obrar de otra manera, respetando los derechos de V. A. y los mandatos de la Santa Sede. Podrá acontecer que los marinos portugueses, navegando al Mediodía y al Oriente, lleguen á encontrarse conmigo: en tal caso, este hecho señalará la línea divisoria entre los dominios de Portugal y España. Pero, entre tanto, los derechos de ambos reinos están ilesos y, la lucha empezada, el que mas corra, andará mas.

—Es cierto; pero vos habeis corrido mucho en poco tiempo, señor Colon; y no estaré tranquilo hasta saber con toda seguridad,

que vuestros descubrimientos no pueden perjudicar á las empresas de mi corona.

—Tengo la íntima convicción de que mis descubrimientos en nada se rozan con los derechos de Portugal, señor; y ni siquiera los habría yo emprendido, sin estar seguro de eso. La concesion de Martino V dice, que pertenezca á vuestra corona todo lo descubierto y que se descubriere desde el cabo de Bojador al Mediodía, hasta las Indias Orientales. De suerte que, aun cuando yo hubiese descubierto las mismas Indias, lo cual no es así, permanecería intacta la pertenencia de vuestra corona.

—¿Es decir que no creéis haber llegado á las mismas Indias?

—No, señor: yo no he visto más que unas islas, que deben de estar próximas al continente de Asia en su parte mas oriental, y una tierra, que presumo ha de ser del continente mismo, aunque no estoy seguro de ello. No hay, por lo tanto, cuestion ninguna, y sentiría mucho que la hubiese.

—Tranquilizaos, señor Almirante, repuso el Rey. Si hubiese cuestion sobre eso, no habrá necesidad de terceros para resolverla en buena armonía.

Sin embargo, don Juan II no estaba tan tranquilo como aparentaba. La cuestion que acababa de suscitar debia ser objeto, andando el tiempo, de litigios y guerras.

Por de pronto, dió ocasion á intrigas de mal género, que por lo repugnantes no debemos ni queremos desentrañar. Los mismos que, en otro tiempo, fueron óbice á la realizacion de la empresa de Colon por la corona de Portugal, no tuvieron empacho en proponer el asesinato del gran descubridor al monarca mismo. Pero es justo decir, para honra de este, que rechazó con indignacion tan infame propuesta. Sin embargo, aceptó y puso en planta inmediatamente el consejo de enviar una poderosa escuadra al Occidente, procurando que fuera bien guarnecida de gente de guerra, por si tuviese algun encuentro con los españoles. Al mismo tiempo se daban patentes de descubrimientos y se nombraban capitanes para llevar á cabo la agresion que se meditaba.

Colon, entre tanto, aunque nada de esto sabia, desconfiaba con sobrado motivo de la política portuguesa; y apresuró, por consi-

guiente su regreso á la carabela, no sin visitar de paso á la reina de Portugal, que se hallaba en el monasterio de San Antonio de Villafranca.

De allí á pocos dias, el 13 de marzo, á las ocho de la mañana, el Almirante se dió á la vela con viento favorable, aunque muy duro. Y conviene notar aquí, por la importancia que muchas gentes, y en particular los marinos, suelen dar á ciertos dias y fechas, una coincidencia singular: aquel dia 13 hacia un mes justo que se perdió la *Pinta*, dos que acaeció el combate de los españoles con los indios de Higüey, tres que se trató por primera vez con los habitantes de Haití, y seis que se observó la inexorable variacion de la aguja magnética.

El corto viaje de Lisboa á Pa'os fué bastante feliz; como que, al salir el sol el dia 13, se hallaba la carabela á la vista de la barra de Saltes. Eran pasados, desde que salió de aquel mismo punto, doscientos veinticuatro dias.



---

## CAPÍTULO V.

---

De como no hay dicha completa en este mundo.



os vecinos de Palos de Moguer eran quizás los únicos habitantes de España, que no habían olvidado á Colon y á sus compañeros; y sin embargo, pocos de ellos conservaban una débil esperanza de volverlos á ver.

Cuando entró la carabela en el Odiel, y la vieron algunos barqueros, que salian á pescar, en el primer momento la miraron con indiferencia, como á cualquier otro

barco: no venian con ella la *Santa María*, ni la *Pinta*, y por consiguiente, no despertaba ningun recuerdo su presencia.

Pero, luego que se acortó la distancia que la separaba del fondeadero, comenzó á moverse la curiosidad de la gente que por alli habia, y pocos minutos bastaron para que todo el pueblo supiese la vuelta de los aventureros.

Un jovencillo de quince años dió la primera voz de júbilo, que como un eco debian repetir centenares de personas.

—¡Mi padre! gritó el muchacho desde una barea, estendiendo los brazos hácia la carabela, y señalando al marinero Andrés Leal, que venia montado en el bauprés, para estar mas cerca de tierra.— ¡Mirad! ¡Mirad!... ¡Aquel es mi padre!...

—¡Pepe! gritó á su vez el marinero, que acababa de distinguir á su hijo entre la gente.—Corre y avisa á tu madre.

Pero el mucha ho no pensó en hacer lo que su padre le mandaba: dió voces á dos de sus hermanos que andaban por la playa, y estos corrieron hácia el pueblo, llevando la feliz nueva, que en poco tiempo puso en conmocion á todo el mundo.

Entre tanto, Pepe vogaba hácia la carabela, y muchas barcas siguieron la suya. Todos los que tenían parientes ó amigos en la expedicion, acudian gozosos, con el ansia de abrazarlos, ó bien impacientes por verlos; pues muchos temian que hubiesen perecido los suyos, al reparar en que la *Niña* venia sola.

En la playa, se agolpaba la gente con precipitacion, y unos á otros se preguntaban los interesados, quienes eran los que venian, y quienes no.

La familia de los Pinzones era naturalmente una de las que mayor anhelo mostraban, y en sus rostros se leia una vaga inquietud.

—No vienen todos, decian.—De tres carabelas, solamente vuelve la mas pequeña.—¿Dónde están las otras?—Sin duda alguna han perecido.

Colón y Vicente Yañez sentian que llegase el momento de desembarcar: aquel bullicio, aquella animacion de la gente, para muchos iba á convertirse en duelo y quebranto.—¿Cómo anunciar la muerte de Martín Alonso y de sus compañeros á los que estaban esperándolos con los brazos abiertos?

De esto hablaban los dos marinos, condoliéndose de la desgracia que menguaba la dicha de aquel dia, cuando un piloto se acercó á ellos exclamando:

—¡Señor Almirante! ¿No es aquella la *Pinta*?

Y con el brazo estendido, señalaba una carabela, que pasaba á todo trapo la barra de Saltes.

—¡Loado sea Dios! exclamó Colón. ¡Miradla, Vicente: miradla, ella es!

—¡No viene sola! ¡No viene sola! gritaron alegremente muchas voces en la playa.

Lance de novela espresamente preparado parecerá la llegada de la *Pinta* en esta ocasion oportuna: pero es la Historia quien habla, y no el novelista.

Martin Alonso habia querido ganar el lauro y la prez del gran descubrimiento hecho con su cooperacion; y creyendo que la *Niña* habia naufragado, esperaba ser el héroe de aquella empresa, y obtener él solo las recompensas y los aplausos que á Colon eran principalmente debidos. Arrojado por la tempestad al mar Cantábrico, y habiendo aportado en Bayona, envió desde este punto un mensaje á los Reyes Católicos, participándoles su regreso y exagerando los servicios, que positivamente habia prestado en aquella jornada.

El Almirante, animado de muy diversos sentimientos, no quiso desembarcar hasta que llegase Martin: queria darle primero los brazos, y entrar con él á compartir los honores y el placer de su triunfo.

Pero no pudo menos de sorprenderse, cuando, al acercarse la *Pinta*, y al ser aclamada con muestras de general regocijo por la tripulacion de la *Niña*, observó que Martin no aparecía sobre el alcázar á felicitarle y ser objeto de las felicitaciones ajenas.

—¿Venís todos, Francisco? preguntó Colon al piloto de la *Pinta*.  
¿Cómo no veo á vuestro hermano?

—Todos venimos, respondió aquel: pero mi hermano está indispuesto.

La verdad era que Martin Alonso habia enfermado repentinamente, al ver la carabela de Colon surta en el puerto.

El desembarco tuvo efecto en medio del mayor entusiasmo. La buena nueva habia volado, no se sabe como, hasta el convento de la Rábida, cuyas campanas, echadas á vuelo, parecia que tomaban parte en el general regocijo. Las del pueblo formaron coro con aquellas, como que ya se sabia el éxito lisonjero de la expedicion.

A los pocos pasos que pudo dar el Almirante, rodeado como estaba por la muchedumbre entusiasmada, se encontró con el padre Marchena, que olvidando su gravedad y sus años, venia corriendo

como un muchacho, y que falto de alientos para hablar, le abrazó en silencio y le tuvo estrechado por espacio de un minuto.

Colon no estaba menos conmovido que el buen guardian: por las mejillas de ambos corrian las lágrimas hilo á hilo.

—¡Gracias á Dios que os veo, amigo mio! exclamó al cabo fray Juan. ¿Lográsteis al fin vuestro intento?

—Cumplidamente, con el favor de Dios, respondió el Almirante.

Fray Juan volvió á abrazarle mas estrechamente que la vez primera.

La escena que pasaba en torno de estos dos principales personajes, no se puede pintar. Era el desorden mas armonioso que cabe concebir: las madres abrazando y besando á sus hijos, las mujeres á sus maridos, los hijos á sus padres: unos llorando de alegría; otros acudiendo á saber noticias y curioseando con un interés, que en toda otra ocasion hubiera sido importuno. Las preguntas y respuestas se cruzaban como la lluvia revuelta por un torbellino. Apenas se daba crédito á los ojos, y era necesario palpar á los aventureros, para convencerse de que estaban vivos. La expresion del contento y del asombro se pintaba en estas cortas frases:

—¡Ya están aqui! —¡Han visto el *otro mundo!* —¡Y han vuelto!... ¡Gracias á Dios!

Andrés Leal, su mujer y sus siete hijos formaban un espectáculo tierno y grotesco á la vez. Paula estaba colgada al cuello del honrado marinero, y solo tenia alientos para exclamar entre sollozos:

—La Virgen... ¡La Virgen me lo ha traído!

Los muchachos rodeaban á su vez á entrambos, disputándose la fortuna de hacer girones la ropa de su padre, y alguno de ellos decia con cierto orgullo á los demás chicos del pueblo, que por allí andaban:

—Es mi padre, que viene del otro mundo y de las Indias.

Entre tanto, Andrés, que tenia vergüenza de llorar, decia con un tono algo áspero:

—¡Déjame, mujer... Dejadme, criaturas!... ¡Vaya, que muero

ahogado en tierra!... Ya os lo contaré todo. Vamos á casa, que estoy cansado.

Inútil era que Andrés aparentase enfadarse: ni él, ni sus otros compañeros podían andar por sus piés: desde la playa hasta sus casas, fueron llevados como en volandas por la muchedumbre que los rodeaba.

En vano intentó Colon reunirlos, para que juntos fueran todos á dar gracias á Dios en la iglesia de San Jorge: las circunstancias podían mas que su voluntad, y tuvo que dejarlo para otro día.

El padre Marchena se apoderó de su persona, y juntamente con don Juan y algunos oficiales y tripulantes que no tenían en el pueblo sus familias, le condujo al monasterio, donde mandó servir á todos un opíparo almuerzo.

No hay para qué decir, que la conversacion recayó principalmente sobre el viaje y su resultado. Fray Juan escuchaba á Colon, como si oyese á un profeta, unas veces, y otras como á un hijo predilecto.

Al cabo se quedaron solos: Colon lo deseaba.

—La última vez que comí aquí, dijo al guardian, habia con nosotros otras personas, que ahora no veo: pero sin duda me dareis noticias de ellas.—¿Qué hace mi Diego? ¿Es hombre de bien?

—Corresponde dignamente al honor que le dispensan Sus Altezas, respondió fray Juan. ¿Quizá no sabreis que fué nombrado page del príncipe de Asturias?

—Lo supe, al separarme del antiguo mundo, por un conducto particular; y esa bondad de la Reina conmigo colmó de gratitud mi corazón y de alegría mi alma.—Y de *Fernandillo*. ¿qué me contais?

—Tambien será un buen muchacho, dijo fray Juan mesurando sus palabras. La Reina le protege, como á su hermano: es una santa y caritativa señora.

—De suerte, repuso Colon muy animado, que S. A. sabe ya... ¿Y su pobre madre estará contenta?...

—¡Contenta!... Si, Dios querrá que esté contenta.

—Explicaos, padre Juan. Vuestra turbacion me dice, que mi pobre Beatriz no es dichosa.

—No quiero decir nada de eso, hijo mio, contestó el guardian verdaderamente turbado. Beatriz es quizas,—yo así lo espero,—mas dichosa que todos cuantos padecemos en este valle de lágrimas. Creedlo tambien vos, y así recibireis sin dolor cualquiera noticia que os dieren de ella.

—¡Padre! ¡Padre! exclamó Colon, temiendo adivinar. Esas palabras me aterran. ¡Habrá muerto Beatriz!

—Resignacion, hijo mio: en este mundo no hay dicha completa. —Quizá era menester que un alma pura fuese á rogar por vos á los piés del Señor para que triunfáseis en vuestra magnífica empresa. Beatriz vive en el cielo.

Colon dejó caer el rostro entre sus manos, y permaneció largo rato profundamente absorto, reprimiendo á veces los sollozos que se escapaban de su pecho.

Al fin levantó la cabeza, con el semblante encendido, aunque sereno, y dijo exhalando un suspiro:

—Sí, vive en el cielo...



---

## CAPÍTULO VI.

### Sancho en la corte.



A es ocasion de volver los ojos hácia nuestros antiguos conocidos de la corte de España; mas para ello necesitamos andar bastante camino; pues, en aquel tiempo, los reyes y sus ministros, ignorando las comodidades administrativas de la centralizacion moderna, suponian necesario trasladarse de provincia en provincia, para ver de cerca las necesidades de los pueblos y atender á su reparo con co-

nocimiento de causa.

Resultaba de este anticuado sistema, que la corte no tenia verdadero asiento fijo; y así es que, durante la ausencia de Colon, los reyes don Fernando y doña Isabel habian ido de Granada á Castilla, de Castilla al reino de Aragon, y por último, acababan de pasar el invierno en Barcelona, donde residian en el momento de regresar á Europa las carabelas.

La distancia, desde Lisboa, era larga, las vias de comunicacion

embarazosas, y por mas que Sancho de la Barca se proveyese de un buen caballo, era ya entrado el último tercio del mes de marzo, cuando llegó sano y salvo á la siempre industriosa capital de Cataluña.

Un hombre que va solo por un camino, sin tener con quien hablar, se distrae siempre hablando consigo mismo; y no solo habla de lo pasado, haciéndose acompañar por sus recuerdos, sino tambien de lo porvenir, que toma en su cabeza las formas fijas de lo presente. Nada es mas natural, puesto que en su situación encuentra sensaciones que le impelen hácia lo desconocido, y se lo muestran palpable á cada paso. El viaje de un hombre que camina solo es la imagen material de la vida humana.

Sancho habló muchísimo durante su largo y solitario viaje; hizo innumerables relaciones de la expedición á las Indias, figurándose estar ya en presencia de los reyes á quienes iba enviado; compuso mil discursos á cual mas pomposo, para dar buena idea de su capacidad, y acabó por embrollarse de tal modo, que al entrar en Barcelona, la historia del descubrimiento era en su cabeza un cuento fantástico, y él mismo no sabia como coordinar sus ideas.—Otra semejanza del viajero con la vida: planes y mas planes, y al cabo nada.

En esta situación, nuestro escudero, que tenia una buena dosis de sensatez, comprendió que lo mas acertado era buscar ante todo una cómoda posada, comer hasta saciarse y beber hasta dormir, seguro de que, despues de dar completo reposo á los sentidos, se encontraría mejor dispuesto para cumplir dignamente su embajada.

Con efecto, al día siguiente, habia olvidado sus discursos grandilocuentes y sus descripciones pomposas; pero le quedaba en la cabeza algo de fantasía.

Sin embargo, pudo coordinar sus ideas y trazarse el plan de conducta que le convenia seguir. Lo primero de todo, en su concepto, era olvidar y hacer olvidar su calidad de simple escudero; darse importancia de personaje; no conocer á ninguno de sus antiguos camaradas, si por acaso encontraba alguno en la corte, y presentarse como un hombre que por sus grandes servicios habia llegado á merecer la confianza del Almirante del mar Océano.

Así dispuesto, se levantó temprano, llamó al posadero y le pidió que le buscara inmediatamente un page ó lacayo; porque, según dijo, el suyo había quedado enfermo en Lérida, y además lo necesitaba conedor de la ciudad y capaz de guiarle en ciertos pasos que debía dar en la corte: se lavó y vistió con su traje nuevo, que era de los mas vivos colores y estaba sin estrenar; dió unos cuantos paseos por su cuarto echando plantas y estirándose de piernas; pidió luego el almuerzo, y aguardó la hora que le pareció cómoda para visitar á doña Juana de la Torre.

Antes de mediodía, el posadero le presentó un muchacho avispa-do y no mal vestido, que no tenia otro defecto sino el de chapurrar muy mal el castellano. Sancho lo tomó á su servicio, á falta de otro mejor, dándole el título de escudero; y echándola ya de amo, le preguntó su nombre, que dijo el tal ser Magin, y luego empezó á mandarle.

—Vamos á ver, Magin, le dijo en voz alta y grave. ¿Tú sabrás ir á Palacio?

—Es decir, señor, respondió el criado, según á donde sea: tenemos aquí el *Palau* y además el palacio de los Condes, y otros palacios de duques y señores.

—¡Qué duques, ni qué calabazas! exclamó Sancho con impaciencia. Te hablo del palacio de Sus Altezas, los reyes de Aragon y Castilla, á quienes vamos á ver.

—¡Oh! sí, señor, repuso Magin haciendo una cortesía: ya se lo que quiere vuestra señoría.

—Está bien: vamos allá, dijo Sancho sin apearse el tratamiento.

Y salió de la posada, seguido de su escudero, el cual á los pocos pasos que dió en la calle, tuvo que tomar la delantera para guiar á su señor.

Cuando llegaron al palacio de los Condes, que era el que los reyes ocupaban, mandó Sancho al criado quedarse á la puerta, y entró solo, sin que la primera guardia le opusiese ningun obstáculo; pero habiendo intentado subir la escalera que conducía á las habitaciones reales, un archero le puso la alabarda al pecho y le mandó retroceder.

Sancho le miró á la cara y reconoció á uno de sus antiguos camaradas; pero no quiso dar su brazo á torcer, y le dijo:

—¿Cómo es esto? De cuando acá no se permite entrar en el palacio de Sus Altezas á las personas de mi calidad.

El soldado le miró á su vez creyendo conocerle por la voz, pues el sol de los trópicos habia desfigurado su rostro, y mas aun le desfiguraba aquel tono de gran señor.

—Perdonad, caballero, le contestó: no puedo hacer mas que cumplir mi consigna: en aquella sala encontrareis algunos señores pages, que podrán deciros si se os permite ó no pasar.

Sancho se dirigió á la sala que indicaba el archero, donde habia efectivamente varios caballeros.

—Señores, dijo á todos indistintamente: ¿alguno de vosotros conoce á doña Juana de la Torre, dama de honor de S. A. la señora Reina?

—Los jóvenes se sonrieron al oír esta pregunta, y el mas formal de todos respondió:

—No hay en palacio quien no conozca á esa señora. ¿Por qué lo lo preguntais?

—Porque necesito verla al momento.

Esta vez la risa fué mas pronunciada.

—Pues, señor mío, repuso él mismo que antes habia hablado; tendreis que aguardar mejor ocasion. No sabemos si esa dama estará visible para vos en este momento.

—Hacedme, pues, la merced de indicarme su aposento, repuso nuestro escudero, y facilitadme la llegada hasta él: tengo que comunicarle cosas interesantes.

—No es hora de ver á doña Juana, insistió el mismo page: debe de estar con S. A.

—Pues bien, dijo Sancho perdiendo la paciencia: conducidme á la presencia de la Reina: me es igual.

Los pages se miraron unos á otros sorprendidos.

—Este ha de ser, dijo uno de ellos, otro loco por el estilo del que dió la cuchillada al señor Rey.

—Creo que sí, repuso el que estaba mas cerca.

—Para ver á S. A., dijo el page formal, necesitais decirnos antes quién sois, y á qué venis.

—¡Pardiez! replicó Sancho. Cuando estábamos acampados delante de Granada, la veía yo todos los días y á todas horas, sin tantos requisitos.

—Lo comprendo; pero ahora no estamos en Granada. Decid quien sois, ó salid.

—¿Va formal? dijo el escudero. Pues bien, soy un embajador espreso del Almirante de las Indias, y vengo á dar cuenta á Sus Altezas de nuestra visita al imperio del Gran Kan y sus dependencias.

—No cabe duda, está loco, dijeron á una varios de los jóvenes.

—Echémosle fuera, añadió otro.

—No, no, detengámosle, dijo el mas formal: sea ó no loco, este hombre viene con malas intenciones.

—¡Pardiez! exclamó Sancho, dando una patada en el suelo. ¿A mi con esas? He dicho quien soy y á lo que vengo, y no me iré sin hablar á Sus Altezas. Si me quereis echar, me resistiré; y si me deteneis, alborotaré la casa. No se trata así á un hombre, que ha descubierto las Indias, y hablado tú por tú con los principales reyes de Babeque... ó de Haití, que allá se va todo.

—Pobre hombre, le respondió el primer page: habeis dicho ya lo bastante para que sepámos de qué pié cojeais. Aunque hayais tratado tú por tú á esos príncipes de las Indias, no podeis hacer aquí otro tanto: nuestros reyes no son reyes de Babeque.

—¿Cómo que no? replicó Sancho. Yo os digo que sí: son reyes de Babeque, y de Guanahani, y de Haití, y de Cuba, y de...

—Tate, tate, exclamó el page. Ya pareció aquello: este hombre no es loco; pero nos habla de cubas, y en ellas está su daño.

—¡Voto á brios! gritó Sancho. ¡Yo borracho!... Si lo estoy será de agua, ó de haber andado sobre ella mas de dos mil leguas.—Qué esto se diga á un hombre que ha dado la vuelta al mundo, ó poco menos, para servir á Sus Altezas y á España!

—Esto no se puede sufrir, es un escándalo, dijo uno de los jóvenes. Echémosle á la calle.

—Sí, sí, á la calle.

—¡Oh! Es que no me iré.

A la voces de Sancho habian ido acudiendo otros caballeros de

la real servidumbre, y el negocio de nuestro embajador habria parado en mal, á no querer la suerte que apareciese entre aquellos un jóvencito de quince á diez y seis años, que al punto llamó su atención, y hácia quien se fué, procurando hablarle aparte, y dejando á los demás que pensasen lo que quisiesen de su persona y condición.

A las pocas palabras que dijo Sancho, el pagedito le escuchó con interés, y se dispuso á conducirle por una escalera interior. Viendo esto, uno de sus compañeros le gritó:

—¡Eh! ¡Señor don Diego! Catad lo que haceis, que ese hombre está loco, ú otra cosa peor.

Pero el jóvencito no hizo caso de estas palabras, y continuó andando con Sancho hácia la escalera. Luego que llegó á las habitaciones principales, le dijo que aguardase en una de las antesalas, y él entró solo en otra pieza.

Sancho comenzó á reorganizar las dislocadas frases de un discurso que habia venido componiendo por la calle; pero no pudo hacer mas que maldecir á los pages, que le habian trabucado todas las ideas; y aguardó á su introductor, confiando en Dios que le inspiraría las palabras convenientes cuando llegase la ocasion.

Esta no estaba léjos: habrian transecurrido cinco ó seis minutos, cuando se abrió la cortina, detrás de la cual desapareció poco antes el pagedito, y salió, no el mismo, sino una grave dama, que tambien fué conocida por el escudero.

—¿Sois vos, le preguntó ella, el enviado de don Cristóbal Colon?

—Sin duda, pensó Sancho, estoy transformado en gentil-hombre, pues no me conoce esta buena señora.—Y contestó:

—El mismo soy, señora. *Item* mas, portador de una carta de su señoría y de otra del señor don Juan de la Torre para la noble dama que está presente.

—¡Ah! exclamó la dama. Tú eres Sancho de la Barca, el escudero de mi sobrino; pero te has vuelto negro.

—No lo extraño, señora; esto se me habrá pegado del trato con los reyes indios; porque sabido es que, en todas partes, el rey pone la ley.

—De modo que el señor Colon ha encontrado positivamente las

Indias? preguntó doña Juana, pasando por alto la observacion de Sancho.

—Es tan positivo, señora, como que por eso estoy aquí. Ved las cartas que traigo para vueseñoría: probablemente dirán algo de eso.

—No, déjalas ahora y ven, que Sus Altezas te aguardan. Afortunadamente has llegado en un día que no hay consejo. Es regular que te hagan algunas preguntas: responde acorde y no hables mucho.

A pesar de su firme resolucion, Sancho se estremeció, al oír que iba á comparecer ante los reyes; pero procuró recobrar su presencia de ánimo, mientras seguía los pasos de la dama; la cual, despues de hacerle pasar dos ó tres antecámaras, le introdujo en la estancia de doña Isabel.

Estaba la Reina sentada junto á una ventana, por la cual entraba un sol hermoso de primavera, que sin tocar á su cuerpo, la envolvía como con velo finísimo de oro: á un lado estaba el Rey en pié, ligeramente apoyado en el sillón, que ocupaba su esposa, y un poco mas retirados, á la izquierda de este, el cardenal Mendoza y Luis de Santángel: todos tres habian acudido, al saber la llegada del mensajero; pues le daban importancia, en consideracion á las noticias que ya se tenían por conducto de Martín Alonso.

Además de estos personajes, habia en la sala tres ó cuatro damas, entre ellas la marquesa de Moya y doña Sol de Guzman, que bordaba sentada en un taburete á los piés de la Reina: detrás de esta, se descubria la bella cabeza rubia del paguecito que ya conocemos.

Cuando entró Sancho, se quedó un momento perplejo y deslumbrado por el rayo de sol que pasaba por delante de doña Isabel: pero esta, con su amabilidad natural, le alentó diciéndole:

—Acércate. ¿Cómo te llamas?

Sancho dió algunos pasos, y contestó arrodillándose:

—Señora, para servir á V. A., soy, como he sido siempre, Sancho de la Barca, hijo de padres desconocidos: mi patria una playa, y mi techo el cielo á medias con una barca, debajo de la cual me recogieron cuando nací. Pero, despues de haber ayudado como el

que mas al descubrimiento de las Indias, para los que me desprecien, me haré llamar Sancho Hidalgo.

—Si tanto has hecho, yo te prometo que así te llamarás, en albricias de las buenas nuevas que sin duda nos traes.

—Tan buenas, señora, repuso Sancho completamente animado con las palabras de la Reina,—tan buenas, que puede V. A. contarse ya soberana de dos Españas, y si digo tres, me que lo corto.

Don Fernando y doña Isabel se miraron con sorpresa: los ojos del Rey brillaban de contento.

—Supongo que sabes ante quien hablas, dijo este, sin embargo; y que no tratarás de engañarnos.

—Así Dios me salve, contestó Sancho, sin que le intimidase la voz aguda y penetrante del Rey, como digo la pura verdad. Hemos visto islas tan grandes como España, y tierras que parece que no tienen fin; pero en particular la Española, ó *Hispaniola* como la llama el Almirante, es una isla hermosísima, que parece un paraíso: allí están los montes de Cibao, que yo creo mas bien de Cipango, donde hay mas oro que piedras en Monserrate.

—¿Será posible! murmuró don Fernando.

—Vaya si es posible, señor, respondió Sancho. Aunque nosotros no hemos podido llegar hasta Cibao por culpa del rey Caonabó, hemos visto pedazos de oro como mi puño, y un indio nos dijo que los habia como las carabelas. Pero en esto habrá su mas y su menos. Lo cierto y positivo es, que el señor don Cristóbal Colon ha descubierto el otro lado de la tierra, donde hay muchos árboles olorosos, flores á montones y frutas por Navidad, y gentes que no saben para qué sirve la ropa. Si yo contase á Vuestras Altezas maravillas, se quedarían con la boca abierta.

Doña Juana hizo una seña al escudero, para advertirle que se escedía.

—¿Y dónde ha quedado Colon? preguntó la Reina.

—En Lisboa, señora; pero creo que á estas horas estará ya en Palos de Moguer. La tempestad nos arrojó á Portugal, y como los señores de aquella tierra no nos miran con muy buenos ojos, el Almirante se dió prisa á enviarme, como hombre de su confianza,

para avisar á Vuestras Altezas, que ya hemos llegado con el favor de Dios.

—Pero bien, te habrá dado alguna carta.

—Por supuesto, señora, y aquí la traigo, con perdon sea dicho, pegada á la carne: primero que quitármela, me habrían quitado el pellejo.

Diciendo así, Sancho, se desabrochó, sacó la escarcela de don Juan, y de ella la carta de Colon.

—Dámela, dijo doña Isabel: puedes levantarte.

No se hizo de rogar el escudero, que ya estaba cansado de permanecer en su humilde postura; se levantó, volvió á guardar la escarcela en el seno, y acercándose á la Reina, le entregó la carta, haciendo una genuflexion no desprovista de gracia. En seguida se retiró á su puesto.

Las miradas de todos se fijaron en doña Isabel, la cual abrió la carta, y empleó algunos minutos en leerla; pues, como todas las de Colon, era larga y prolija: su agraciado rostro se fué animando con la expresion de la sorpresa y el placer á medida que avanzaba en la lectura: Cuando la concluyó, parecia estar poseida de un éxtasis divino; dejó caer el pliego en la falda, cruzó las manos y exclamó:

—¡Bendito seais, Señor, que tanto podeis, y que tan grandes beneficios dispensais á vuestra mas indigna criatura!

Dichas estas palabras, se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar.

El Rey, sin turbar la emocion de su esposa, le tomó suavemente la carta, y la leyó tambien para sí: quizá nunca se le vió tan conmovido, como al devorar con la vista las líneas de aquel sencillo escrito: su aguda penetracion le dió á conocer entonces toda la inmensa importancia que tenia el descubrimiento de Colon, y su natural codicia le abultó las riquezas que mencionaba aquel con el entusiasmo que le era propio.

—Buen Santángel, dijo al acabar de leer; nuestras esperanzas se han cumplido: no era un cuento el mensaje de maese Martin Pinzon. Hemos encontrado las Indias y aumentado nuestros dominios de la manera mas extraordinaria.—Bien se ha portado el genovés.

—Felicito por ello á Vuestras Altezas, respondió Santángel, y me felicito á mí mismo.

—Señora, dijo don Fernando, tomando la mano á la Reina, y de modo que apenas le oyó nadie mas que ella sola; convendria discurrir despacio sobre esto.

Doña Isabel se levantó y siguió á su esposo, el cual hizo maquinalmente una seña al cardenal y á Santángel, dándoles á entender que podian acompañarles.

Todos cuatro desaparecieron por una puerta, que conducia á otra cámara interior.



---

## CAPÍTULO VII.

### Curiosidad y algo mas.



VEDÓSE mirando Sancho por dónde se habían ido los reyes, y en su interior pensaba quizás que, si eran reconocidos sus servicios, no eran recompensados como él creía tener derecho á esperar; pues meneó la cabeza con aire de displicencia y luego se encogió de hombros.

La marquesa de Moya y doña Juana de la Torre hubieran dado en aquel momento sus títulos y honores por saber lo que decia la carta, que tan profundamente habia conmovido á la Reina, y lo que era mas, al imperturbable don Fernando.

Pero mayor curiosidad que ellas y mas honda emocion que los reyes sentia doña Sol, aunque no la manifestaba: el triunfo de Colón y su feliz regreso eran manantiales de felicidad para su alma. Desde que entró Sancho, la labor que bordaba la jóven habia sufrido notables averías, y acabado por quedar arrumbada en su falda.

El paguecito, que habia permanecido sin ebistar ni moverse detrás

de la Reina, luego que esta hubo salido, se acercó á doña Sol, que era la persona mas inmediata á él en edad y rango, como si buscáse alguien con quien desahogar su alegría comunicativa.

La jóven le cogió una mano, y alzando hácia él sus hermosos ojos, le dijo en voz baja:

—Estaréis contento, Diego, y orgulloso de llamaros Colon.

—¡Ay! Sí, muy contento, respondió el page. Me parece mentira lo que cuentan de mi padre.

La marquesa y doña Juana, entre tanto, asediaban á preguntas á Sancho.

—¿Segun os habeis espresado, Sancho, decia la de Moya, sois uno de los que han hecho el gran viaje con el Almirante?

—Yo lo creo, respondió el escudero: como que soy el que embarcó la gente, y el que ha hecho mas descubrimientos: en primer lugar, yo descubrí un contrabando que iba en la bodega de la *Santa María*: ya sabreis, noble señora, una carabela hermosísima, que se perdió la noche de Navidad:—en segundo lugar, á mí se me debe el descubrimiento del *tabacco*, una planta que sirve para emborracharse con humo, y de la cual puedo ofrecer algunos puñados de hojas á vuestras señorías: en tercer lugar, yo averigüé donde estaba la tierra de Cipango, ó Cibao, que es casi toda de oro macizo; y en fin, vivo está el señor don Cristóbal, y él dirá lo que ha hecho Sancho de la Barca; pues á mí no me está bien alabarme. Lo que sí debo recordar, por si hubiere ocasion de hacerlo presente á Sus Altezas, es que me han prometido en su real nombre hacerme gobernador de una isla y darme la mano de una de aquellas princesas de allende, para recompensarme de mis innumerables servicios y de lo mucho que he gastado en la empresa.

—Está bien, Sancho, dijo doña Juana. El Almirante se cuidará de eso, pues á él le toca proponer las recompensas que hayan merecido los servidores de la corona. Pero ahora recuerdo que me traías una carta de su parte, y otra de un amigo suyo.

Doña Sol suspendió su conversacion íntima con Diego Colon, y miró á doña Juana: sus mejillas acababan de colorearse vivamente.

Sancho volvió á sacar la escarcela, y entregó á la dama las cartas, diciendo:

—Es verdad, señora, y aquí las teneis; aunque yo creo que ya son unos papeles mojados.

Mientras doña Juana leia las cartas, la marquesa continuó interrogando al escudero.

—Contadnos, Sancho, le dijo, las cosas raras que habeis visto.

—Lo mas raro de todo, señora, es la isla de las mujeres: yo no la he visto; porque no pudimos detenernos en ir á ella; pero nos aseguraron los indios, que estaba á pocas leguas de la Española.

—¿Y qué tiene de particular esa isla?

—Que no hay allí mas que mujeres: ellas se gobiernan, ellas se lo hacen todo, y no consienten hombres en su compañía.

—¿Cómo puede ser eso, amigo Sancho? Por fuerza necesitarán hombres, si no quieren que se estinga su raza. ¿O es que los llevan de otras islas?

—Nada de eso: todos los años admiten á los caribes en su isla, y se quedan con las hijas que les nacen: los hijos se los devuelven á sus padres.

—¿Cosa rara! ¿Y qué clase de gente son esos caribes?

—Son unos semi-demonios, que se mantienen de carne humana.

—¡Jesus! ¿Quién ha visto eso?

—Yo lo he visto, señora, respondió Sancho mintiendo con descaro: por mas señas que una tropa de aquellos malditos quiso celebrar un banquete con mi persona; pero no me pareció aceptable el convite, y gracias á mi arcabuz, logré dispersarlos; porque habeis de saber, que aquella canalla no conoce las armas de fuego, y se espanta de oír un tiro.

Sancho, como se ve, daba rienda suelta á su fantasía; sin embargo, lo que contaba de la supuesta isla de las mujeres no era invención suya, sino una creencia errónea, que duró hasta que se descubrió Puerto-Rico.

—Deben de ser muy horribles los tales caribes, dijo la marquesa.

—Espantosos, señora, repuso el escudero. Sobre todo los de la isla de Bohio, son unos verdaderos demonios, tiznados de carbon y

pez, y con un solo ojo en medio de la frente, tamaño como la palma de la mano.

—¡Santo Dios! ¿Y son así todos los habitantes de las tierras descubiertas?

—¡Quiá! No señora. La mayor parte son unos salvages muy amables y bien formados, y tan generosos que dan el oro á puñados. Ya vereis los que han venido con nosotros, y sobre todo las mujeres. Verdad es que estas son princesas y personas principales.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo de princesas? preguntó doña Juana. ¿Vienen princesas con el Almirante?

—¿Y por qué no? Vuestra señoría no sabe que nosotros somos *turéis* en aquella tierra, lo cual quiere decir que hemos bajado del cielo. No digo princesas: los principales caciques y hasta la reina Ana Caonabó se habrían venido con cierto caballero que yo me sé. —Por cierto que la tal reina Ana tiene una cara como un sol, y si digo igualita á la de otro sol hembra, que no quiero nombrar, estoy seguro de no mentir.

Diciendo estas palabras, miró Sancho á doña Sol de un modo tan picaresco, que la hizo bajar los ojos.

—Yo creía, repuso la marquesa, que los indios eran negros.

—Algo hay de eso, contestó el escudero: la mayor parte son pardos; pero vuestra señoría verá á la princesa doña Onaney, hermana del cacique ó rey, don Mattinao, á quien hemos prestado importantes servicios, y no dirá que es negra, ni fea: tiene un color morenito, que encanta; y unos ojos negros, que chisporrotean; cuando habla, parece que canta un ruiseñor, y cuando pide alguna cosa con cariño, chorrea miel de su boca.

Las damas no pudieron menos de sonreirse al oír esta descripción entusiasta, y doña Juana dijo:

—Supongo, según eso, que vendrá media India con el Almirante; pues no es posible que una señora tan notable deje de traer consigo un séquito numeroso.

—¡Vah! No hay tal cosa: ya hubiera venido gente á porrillo; pero cabía poca en la carabela, y la señora Onaney no trae mas que dos compañeras. Tampoco le hacían falta; pues las princesas de

Haití no son como las de por acá, ni necesitan doncellas que las vistan.

—Pues qué, se visten solas?

—No, señora: es que en aquella tierra no se estila la ropa.

Doña Juana pensó que esta contestacion de Sancho era una chanzoneta de mal género, propia de un hombre de su calaña, y cortó la conversacion diciéndole:

—Hora es ya, Sancho, de que te retires á descansar: puedes hospedarte en mi casa. Don Diego me hará el favor de conducirte allá.

Nuestro escudero hizo una reverente cortesía y se retiró. El jóven Diego Colon salió tambien para acompañarle; y á poco se fué la marquesa de Moya, quedando así solas doña Juana y Sol.

—Si es verdad todo lo que ha contado Sancho, dijo esta última, debemos creer que el señor Colon ha descubierto un mundo enteramente desconocido y nuevo. ¡Qué cosas tan extrañas! ¿Os dice algo de eso el Almirante?

—No, hija mia, respondió doña Juana; pero mi sobrino me escribe, y aunque es poco, da á conocer que se ha hecho un descubrimiento asombroso. Toma su carta: puedes leerla.

Sol tomó temblando la carta de don Juan, y leyó lo siguiente:

«Mi amada tia: Hemos obtenido el éxito mas brillante: á los cuarenta días de navegacion, y cuando ya todos desesperaban de encontrar tierra, descubrimos unas islas, que, segun creo, no son mas que el indicio de inmensos países. Dos veces hemos estado á punto de perecer; pero, gracias á Dios, nos hemos salvado por milagro, y tengo la seguridad de que esos mismos peligros me harán merecer vuestra estimacion.—Sancho os dirá algo de lo que hemos visto: es largo de contar, y no tengo tiempo. Yo vengo encantado: esperaba encontrar cosas maravillosas, y las he hallado tan nuevas, que ahora mismo me parecen increíbles. No sabemos lo que habrá mas allá; pues apenas puede decirse que se ha comenzado el descubrimiento.—Espero tener muy pronto la dicha de abrazaros, y os presentaré al mismo tiempo una jóven princesa de Haití, que deseo se eduque en nuestra religion y costumbres,

»bajo la tutela de la Reina. Es una criatura sencilla y dócil, que os »agradará.

«Vuestro amantísimo sobrino, — *Don Juan.*»

Sol leyó dos veces el último párrafo de esta carta, y se quedó pensativa.

— ¡Ni un mal recuerdo para mí! dijo luego hablando consigo misma.

Doña Juana adivinó el pensamiento de la jóven, aunque no pudo oír sus palabras.

— ¿No te parece algo extraña, le dijo, esa recomendacion que me hace mi sobrino?

— Al contrario, señora, repuso doña Sol: me parece muy natural, si la jóven princesa es tan amable como él dice. Lo que sí extraño es, que venga á España una persona de ese rango, y confiada, como creo, solamente al cuidado de don Juan.

— Con efecto, hija mia, es una cosa que no comprendo; y si no lo viese escrito, yo hubiera creído que todos esos cuentos de princesas eran invencion de Sancho.

— No, señora, no: Sancho habla de lo que ha visto; y no de otro modo pudiera hacer la viva pintura que nos ha hecho de la princesa Onaney.

— En esa pintura creo que hay mucha exageracion. Pero en fin, vendrá don Juan, y sabremos lo que todo esto significa.

Sol guardó silencio, y en todo el dia no se volvió á hablar, sino por incidencia, de la jóven haitiana.

Pero á la noche se encontró Sancho con un recado mandándole ir á palacio.

El page que trajo este recado le condujo á una galeria alta del edificio, y le hizo entrar en un aposento modesto, que debia ser la estancia de alguna dama.

— Apostaría mi isla de Chulipango, dijo para sí el escudero, á que me llama alguna doña curiosa: como así sea, le he de ensartar mas mentiras que leguas hay de aquí á Cibao.

Mientras así pensaba, vió entrar á doña Sol, la cual tuvo la precaucion ó el descuido de cerrar la puerta.

—Te he llamado, Sancho, dijo con aparente ligereza, para que me cuentes algo bueno de ese viaje maravilloso, y para recompensarte el cuidado que habrás tenido de cumplir cierto encargo. Toma.

Y así diciendo, puso en manos del escudero un pesado bolsillo.

—¡Vah! Quitad allá señora. ¿Tan interesado me creéis?

—No, Sancho, pero tú mismo has dicho hoy, que has gastado tanto, y cuanto, y es justo resarcirte de alguna manera.—Toma ese dinero, y haz cuenta que es un recuerdo mío.

—Así es otra cosa: verdaderamente, señora, yo he sacrificado mis ahorros en este viaje, y no me vendrá mal una ayuda de costas.—Conque así, ¿qué deseais saber de mí?

—Lo que habeis hecho por allá.

—¿Quién es capaz de contarlo? Sin embargo, os diré aquello de que me acuerde. Por ejemplo: la historia del rey Caonabó y de la reina Ana, cuando aquel bárbaro guamiquina vino á casa del cacique Matinao á robar á la princesa Onaney; la batalla descomunal que el señor don Juan de la Torre sostuvo él solo contra un ejército de caribes, defendiendo á la princesa, y como se vió en grande aprieto el esforzado caballero, que acaso habria sucumbido al número de sus feroces enemigos, á no ser por el oportuno socorro que le llevó su fiel escudero Sancho de la Barca.

—Pero, ¿qué disparates estás diciendo? preguntó la jóven.

—No son disparates, señora: es la pura verdad. El guamiquina Caonabó queria llevarse á la princesa Onaney: la reina Ana, mujer del guamiquina trató de impedirlo, y entonces fué cuando mi señor don Juan tomó la defensa de la princesa, y cuando yo dispersé á los caribes, disparando unos cuantos tiros. Por eso, doña Onaney ha dispuesto venirse con nosotros, de miedo de que vuelva otra vez á buscarla el bárbaro Caonabó.

—¿Y es esa misma la que don Juan piensa traer á casa de su tía?

—No sé lo que piensa hacer de ella; pero bien puede ser así, porque la quiere mucho; y vos tambien la querreis cuando la conozcais. Es una criatura admirable.

Doña Sol permaneció algunos momentos pensativa.

—No hablemos más de eso, dijo luego. Supongo que además de las cartas presentadas hoy, habrás traído otros encargos.

—Ninguno más.

—¿Ninguno? ¿Ni siquiera un recado?

—Ni medio.

—¿Estarian todos muy ocupados en asistir á la princesa Onaney?

—La princesa no necesita asistencia: le bastan sus dos amigas, de las cuales hay una que haria buena pareja conmigo, si tuviese buen dote.

—Páreceme, Sancho, que has perdido mucho de tu agudeza desde que has estado en las Indias. No comprendes lo que deseo saber.

—¡Decídmelo claro, pardiez! Creo que bien me esplico.

—Eres un torpe, véte, repuso la jóven con el rostro encendido como una rosa. Véte: no quiero saber nada.

Sancho no se movió, á pesar de esta brusca despedida.

—Voy á contároslo todo, dijo. Don Juan...

—No quiero escuchar mentiras, déjame, respondió doña Sol interrumpiéndole: yo no te pregunto nada de ese caballero.

—Es verdad, señora, prosiguió Sancho, que no me ha dado ningún encargo particular: pero entre dos que bien se quieren, está dicho todo; y yo sé que mi amo es ahora el mismo que era cuando se fué.

—Bien está: dime una sola cosa. ¿No ha dado al Almirante ningún motivo de queja durante la expedicion?

—¡Como, señora, si el señor don Cristobal le trata como á un hijo! Yo quisiera que le hubiéseis visto cuando se alborotaron los marineros de la *Santa María*: lo mismo que un leon se puso al lado del Almirante para defenderle; y cuidado que solo cuatro estábamos con él, y aquello se presentaba feo. Pero no solo entonces: en todas ocasiones, don Juan ha sido el que mas alientos ha mostrado y el que mas animoso y alegre parecia cuando era mayor el peligro.

—¿Y siempre estaba alegre?

—No siempre, la verdad sea dicha: algunas veces suspiraba pensando en cierta persona que yo conozco, y volvía la vista hácia España, como buscando un sol, que para él nunca salía.

—Cállate, embustero, contestó la jóven. Te conozco bien, y sé que no debo creerte.

—Pues os juro que nunca he mentado menos que ahora.

—Está bien, Sancho: puedes ya retirarte.

Sancho saludó á doña Sol y se dirigió á la puerta; pero ella le detuvo diciéndole:

—No olvides que yo no he querido indagar esas cosas que me has dicho, ni que tampoco les doy crédito.

—¡Que he de olvidar, señora! repuso el escudero. Estas cosas no se olvidan nunca.

—Al contrario, quiero que las olvides, replicó la jóven con vivacidad, sin reparar en su contradiccion.

—Corriente, señora; me haré olvidadizo.

—Y no hables de esto á tu amo.

—¡Ah! ¿No? Yo creia...

—Creias mal, ¡Adios!

Sancho abrió la puerta y salió.

Doña Sol se dejó caer en un sillón, apoyó la frente en las manos, y dijo para sí:

—No es posible que me haya olvidado. Pero, ¡Dios mio! Son tan volubles los hombres!...



## CAPITULO VIII.

### Un día de gloria.

ASADO algun tiempo, Barcelona se despertó una mañana vivamente conmovida en especulacion de un personage, cuya fama llenaba ya todos los ángulos de la Península y la mayor parte de Europa.

El día 3 de abril de 1493, Colon, despues de haber recibido en Palos una carta gratulatoria de los reyes Católicos y la orden de activar inmediatamente en Sevilla los preparativos para una segunda expedicion á las tierras descubiertas, se habia detenido en esta ciudad el tiempo necesario, y estaba próximo á llegar á Barcelona.

Su viaje al través de España habia sido un continuado triunfo: despoblábanse las villas y aldeas poco distantes de su camino, y las gentes corrían desbandadas á verle pasar y saludarle con aclamaciones de entusiasmo. En las ciudades, las demostraciones honoríficas hechas á su persona habian sido semejantes á las que se tributaban á las personas reales.



Por correos avanzados se sabia ya la aproximacion del Almirante á la noble ciudad de los condes. De los pueblos comarcanos acudian millares de personas para contemplar al hombre extraordinario, que habia puesto cima á la mas ardua empresa de que hay memoria en el mundo, y los barceloneses, justos apreciadores del mérito contraido por el sabio genovés, se aprestaban á honrarle con públicas manifestaciones, aunque tal vez miraban envidiosos la suerte de Castilla, en haber ganado la prez de tan grande hazaña por el desprendimiento de su reina.

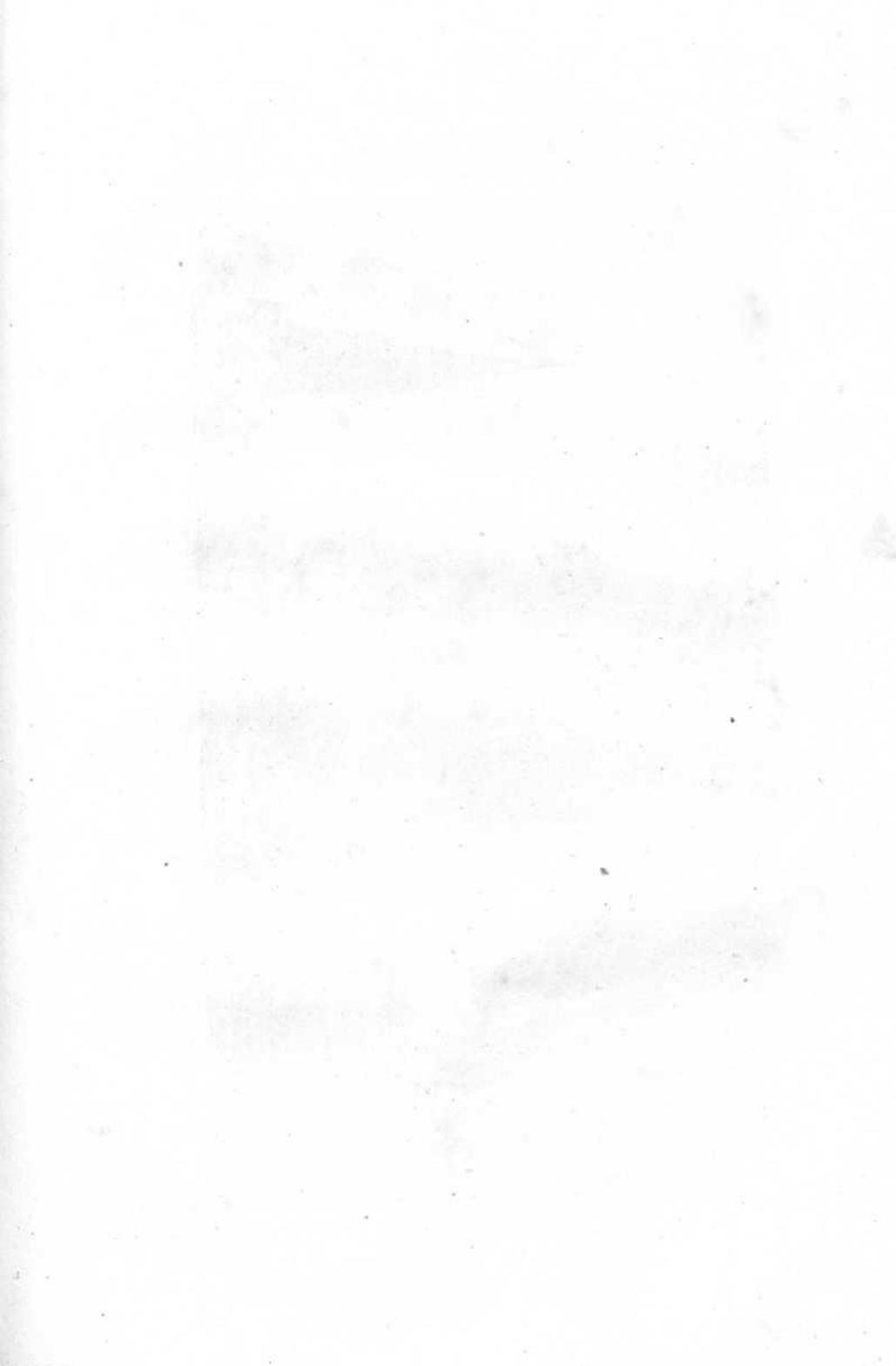
Las avenidas de la ciudad, lo mismo que las calles, del lado por donde se esperaba á Colon, estaban cuajadas de gente: los balcones aparecian adornados con ricas colgaduras: las corporaciones locales y provinciales se unian con los caballeros y altos dignatarios de la corte, para salir á recibir al grande hombre, como si se tratase de celebrar el triunfo de un príncipe poderoso.

A la hora prevista salió el brillante y numeroso cortejo hasta la puerta de la ciudad, que al camino de Aragon conducia, donde no tardó en presentarse Colon acompañado de una lucida, aunque corta comitiva, y seguido de algunos de sus compañeros de viage, de los indios traídos como testimonio, y de varios pages que llevaban las aves, frutas y producciones raras de los paises recién descubiertos.

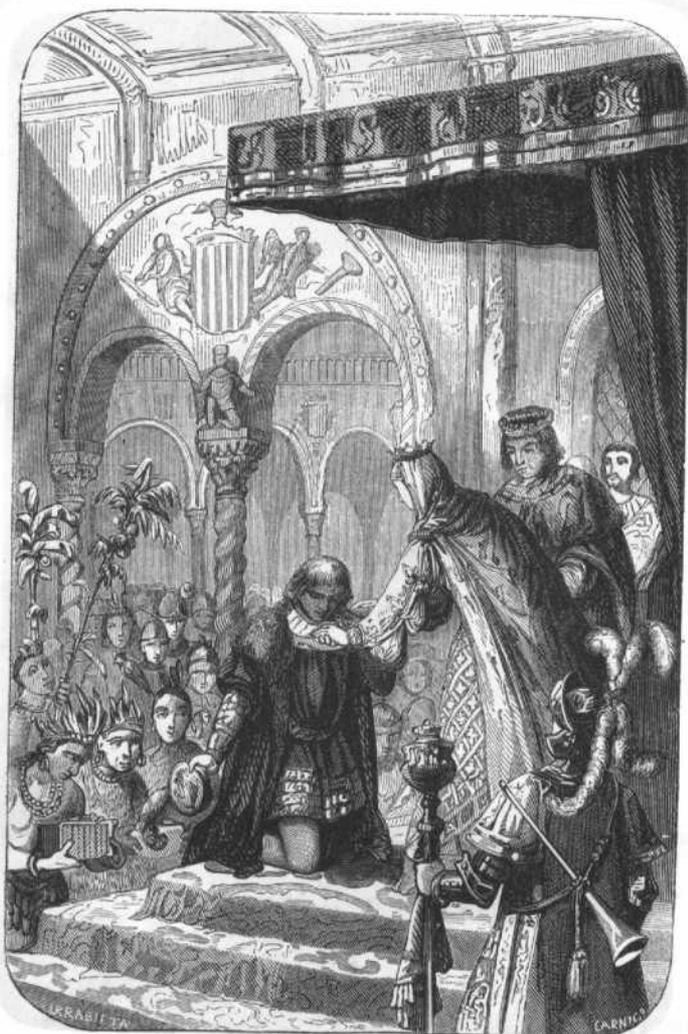
Una banda de musica de la ciudad abrió la marcha, precediéndola seis hombres de armas á caballo; seguian los maceros, precursores de los concellers, luego la diputacion y por último la muchedumbre de caballeros de la corte en dos filas, despues de los cuales venia Colon, grave y profundamente afectado; pero sin vanidad ni ostentacion en sus maneras.

De este modo recorrió las calles, cuajadas de gente, la cual llenaba además las ventanas y azoteas, prurumpiendo sin cesar en aclamaciones de aplauso y admiracion.

Al llegar la comitiva á las puertas de Palacio, los reyes bajaron al *Tinell*, ó antigua sala de embajadores, ya por aquel tiempo transformada en capilla, que era la pieza mas espaciosa del edificio: allí se habia puesto el doble trono sobre una estrada, con asientos para los dos soberanos y el príncipe don Juan, adornando toda la



CRISTOBAL COLON.



Recibimiento hecho á Colon en Barcelona.

vasta nave con ricos paños de brocado de oro, y colocando á trechos vistosas tribunas para los músicos y para las damas de la ciudad.

Las puertas se abrieron de par en par, dejando libre la entrada á cuantos pudiesen caber en la régia sala. Colon pasó por entre la doble fila de caballeros, diputados y concellerses, seguido de los trofeos de su victoria; y radiante de gozo y trémulo de emocion, marchó hasta las gradas del trono, donde dobló una rodilla.

Pero en el mismo instante, el político Fernando se adelantó hacia él y le dió la mano para levantarle, diciéndole:

—Alzaos, noble Almirante de las Indias, que no de rodillas, sino sentado junto ó nos debe hablarnos el que tan grandes cosas ha hecho en pró de nuestros reinos.

—Señor, ¡tantas bondades!... balbuceó Colon.

Doña Isabel, no menos conmovida que su servidor, le tendió tambien su mano y le dijo:

—Sí, Colon: alzaos: yo lo deseo. Tomad asiento y descansad, que ya es hora.

Colon besó las manos de los reyes, se levantó y repuso:

—Gran señora, nunca, mientras yo viva, creeré que debo descansar en el servicio de tan magnánimos y generosos monarcas; y si deseo que Dios me dé larga vida, es para emplearla en dilatar los dominios de esta mi segunda patria.

La Reina y el Rey tomaron asiento en el trono, y Colon ocupó la silla que le estaba preparada: no léjos de sí, detrás del príncipe don Juan, pudo ver á sus dos hijos, Diego y Fernando, á quienes no podía en aquel momento hablar mas que con los ojos.—La marquesa de Moya, doña Juana de la Torre, Quintanilla y Santangel tambien estaban presentes en este solemne acto, y miraban gozosos el triunfo de su protegido, sin envidiar aquellos honores, que á ningun otro personage, por grande que fuese, le habian sido dispensados mayores.

La vasta sala estaba llena de caballeros y gente principal hasta poco trecho de las gradas del trono, y este trecho lo ocupaban en su mayor parte, á uno y otro lado, los indios, que absortos contemplaban tanta grandeza, y los pages de Colon, que tenian en sus manos las muestras de los productos trasatlánticos.

Entre los caballeros estaba don Juan de la Torre, como uno de tantos espectadores curiosos, y nadie sospechaba la parte activa que el noble jóven habia tomado en el descubrimiento portentoso.

—Referidnos, señor Almirante, dijo el Rey, las maravillas de vuestro viage, y de los países remotos, con que ha placido á Dios premiar nuestros afanes por la propagacion de la Santa Fé Católica.

—Bien ha dicho V. A. respondió Colon: mi descubrimiento no es mio; es un don de la Providencia. En sus manos me puse al emprenderlo, y siempre creí que una voz del cielo me ordenaba marchar al encuentro de esas desconocidas regiones.

Después de estas palabras, el Almirante hizo una relacion sucinta de su viage y de cuanto habia descubierto, deteniéndose á veces á describir con entusiasmo aquellas cosas que mas habian impresionado su ánimo, y explicándolo todo conforme á las ideas, en parte exactas, y en parte equivocadas, que habia podido formar.

Los reyes y todos los concurrentes le escucharon absortos con el mas profundo silencio: la novedad de algunos detalles podia infundir dudas; pero ante la evidencia de los objetos tambien nuevos y nunca vistos que delante se hallaban, solo producian las palabras de Colon el efecto que un cuento de hadas en un auditorio de niños; todo era asombro y fé ciega.

Luego que el Almirante hubo concluido su relato, á una señal del maestre de ceremonias, la música de la capilla real prorumpió en solemnes armonías, mientras el cardenal arzobispo de Toledo se vestia de pontifical, y asistido por otros prelados se preparaba á entonar el himno *Te Deum laudamus*.

Los reyes y su corte y la muchedumbre cayeron de rodillas al sonar la primera nota de aquel cántico sublime, que nunca fué oído con mayor emocion, ni cantado con mas poderoso motivo de gratitud al Ser supremo.

Después de este acto religioso, los monarcas españoles, deseando dar mas latitud á su natural curiosidad, se retiraron de la audiencia pública llevándose consigo á Colon, y mandando que les siguiesen los indios y los pages portadores de los frutos ultramarinos.

Una vez en su cámara, el rey y la reina examinaron detenida-

mente aquellos objetos, que—fuera del oro—todos eran desconocidos para ellos: tomaron en sus manos los papagayos de diversos colores, las utias y los gallos de Indias; probaron algunas de las frutas esquisitas que habian podido llegar sanas, y el picante *ari*, que creyeron ser una especia deliciosa del Oriente.

Mucho tiempo estuvieron los reyes conversando familiarmente con Colon, á quien don Fernando en particular hizo repetidas preguntas acerca de lo ocurrido en su entrevista con don Juan II de Portugal, y de las probabilidades de que los marinos de aquella nacion pudiesen arribar á las nuevas tierras. Colon satisfizo á todas las observaciones del Rey, apoyando la cuerda determinacion de apresurar un segundo viaje, para el cual dejaba ya hechos algunos preparativos en Sevilla.

Nuestro héroe gozaba plenamente del favor real; aquel mismo dia le fueron confirmados sus títulos de almirante y virey de las Indias con todas las demás prerogativas consignadas en el tratado hecho antes de su partida; diósele por blason el escudo de armas de Castilla y Aragon, con un emblema de su empresa, y haciendo extensivas las mercedes á su familia, se concedieron cartas de nobleza á sus hermanos Bartolomé y Diego, permitiéndoles usar el dictado de *Don*, y nombrando al primero adelantado de la isla Española.

El corazon mas ambicioso pudiera darse por satisfecho con tantas y tan ostensibles muestras de consideracion y aprecio. Colon nada podia desear en esta parte, y sin embargo, no era feliz: faltábale para serlo haber tenido con quien partir, ó mejor dicho, á quien ofrecer tantos honores y tan señaladas distinciones: faltábale, en una palabra, la mujer que mitigó sus pesares en la desgracia, y que sostuvo por muchos años su constancia, en algunas ocasiones vacilante.

Cuando los reyes le dejaron libre, su primer anhelo fué ver á solas y abrazar á sus dos hijos: entonces el hombre colmado de gloria y en quien toda España tenia fijos los ojos, se enterneció como un niño y exclamó:

—Benedicid á Dios, pedazos de mi alma, y acordaos siempre de sus infinitas bondades con nosotros.—Tú, Diego, no olvides nunca, que el primer almirante de tu familia pidió limosna para tí.

Y llevando luego aparte á Fernando, le dijo:

—Y tú, pobrecito mio, acuérdate que tuviste una madre virtuosa y desgraciada, á quien debo mucho de lo que soy.

El niño,—pues Fernando apenas contaba ocho años,—rompió á llorar acordándose de su madre.

Colon le estrechó dulcemente contra su seno, y levantó los ojos al cielo, donde, sin duda, creía ver á la generosa Beatriz.



## CAPÍTULO IX.



### La promesa de la Reina.



¡cu! fuera aquí dar por terminada la tarea que nos hemos impuesto, si algunos personajes episódicos de esta historia no reclamasen la atención de nuestros lectores. La vida y hechos de Colon, despues de su primer viaje, y los numerosos incidentes que con ellos se enlazan, exigen una segunda parte de índole muy distinta que el presente libro, y no renunciamos á emprenderla mas adelante con el favor de Dios.

El hecho capital que dió al mundo la mejor de sus conquistas queda narrado en las páginas anteriores: sus naturales consecuencias y los lances altamente dramáticos á que dió lugar la dominación de los primeros colonos del nuevo continente no cabrian en el plan de este libro.

Volvamos, pues la vista á otros sucesos, que con esta primera parte se enlazan:

Mientras Colón era objeto de las más honrosas distinciones, su compañero de viaje, don Juan de la Torre, permanecía casi oscurecido en la corte. Algunos de sus amigos le saludaron, como si le vieses llegar de alguna correría aventurera y sin objeto, y otros murmuraron de su conducta menos sedentaria y grave de lo que á su calidad convenia.

Nuestro jóven no se cuidaba de la opinión que pudiesen formar de él estos pocos, ni menos de darles satisfacciones que aclarasen el motivo de su larga ausencia. Únicamente procuró ver á su tia el día mismo de la llegada del Almirante, y en esta primera entrevista expresó su deseo de comparecer ante la Reina, para ofrecerle un presente de mucha estima, que dijo traia para S. A.

Doña Juana recibió á su sobrino con el tierno afecto de una madre; pero no obstante, impuso alguna reserva á la manifestacion de sus sentimientos; porque, atendidas las noticias dadas por Sancho, no estaba segura del buen comportamiento del jóven. Sin embargo, le prometió pedir la audiencia que solicitaba; y como él, por motivos particulares, nada le dijo de la princesa Onaney, ella tambien por su parte guardó silencio sobre esta persona, que comenzaba á infundirle serios recelos.

Don Juan obtuvo la audiencia de la Reina para la noche de aquel mismo día: doña Isabel tuvo con él la deferencia de recibirle á solas, para lo cual tenia quizás algun motivo de delicadeza: únicamente se permitió la compañía de doña Juana, la cual habia recibido el encargo de introducir á su sobrino.

Llegada la hora, este no se presentó solo en la cámara particular de la Reina: traia consigo á Onaney, á quien habia hecho vestir lo más decentemente posible, aunque conservando en las piezas y en las formas del traje una semejanza con las que usaba en su país.

El aspecto de la bella haitiana produjo á la Reina un sentimiento de admiracion. Don Juan se adelantó con ella de la mano, y arrojándose delante de doña Isabel, que le presentó la suya y le ordenó levantarse, dijo:

—Señora, yo tambien necesitaba ofrecer á V. A. una muestra, como testimonio del gran descubrimiento que acaba de hacerse, y del amor que debo á vuestras bondades. La jóven que tengo el ho-

nor de presentar á V. A. pertenece á una de las familias reinantes en Haití: he creído que por su calidad no debía ser expuesta á las miradas del público, y sí solo á las de mi augusta soberana.

—Os agradezco el presente, don Juan, contestó la Reina, y aprecio la delicadeza que has usado con esa dama. ¿Cuál es su nombre?

—Onaney, señora: es hermana de un cacique, ó soberano de una provincia, y su inmediata heredera.

—¿Qué bella es! ¿Cuántas gracias debemos dar á Dios que nos proporciona la ocasion de traer á la verdadera fé criaturas como esta!—¿No sabe hablar nada en español?

—Muy poco, señora; pero ya casi lo entiende y se hace entender.

—Venid acá, Onaney.—Es bonito nombre,—dijo la Reina, llamando á la jóven haitiana y mostrándole un taburete.—Acercaos, hija mia, y sentaos aquí.

Onaney obedeció, diciendo al mismo tiempo á nuestro caballero:

—Juan, Reina, sol.

—¿Qué quiere decir? preguntó doña Isabel.

—Que le agradais, señora, contesto don Juan. No sé por qué llama siempre sol á todo lo que le parece hermoso y digno de amor y veneracion.

—¡Dios la haga buena! exclamó la Reina: y dirigiéndose á la jóven, le dijo:—¿Quieres ser cristiana?

Onaney se volvió hácia don Juan, preguntándole:

—¿Qué cristiana, Juan?

—Cristiana es la que cree en Jesucristo y adora la cruz.

—¡Ah! Sí, contestó la jóven. Onaney cristiana: Onaney adorar la cruz sol: la cruz de Juan.

—¡Desea ser cristiana y adorar la cruz! dijo la Reina con piadosa alegría. ¿Quién le ha enseñado esto?

—Señora, respondió don Juan, la jóven princesa fué confiada por su hermano á mi proteccion.

Doña Isabel fijó en el caballero una de aquellas miradas penetrantes y severas que rara vez brotaban de sus ojos, y que descubrian el fondo del alma.

—El Almirante, dijo, nada me ha hablado de esta princesa; y

sin embargo, no podía ignorar que hubiese sido confiada á vuestra proteccion especial.

—Ciertamente, señora: no lo ignoraba, ni yo la hice admitir en el buque sin su consentimiento. Su silencio puede haber consistido en el deseo de reservaros una agradable sorpresa.

—Admito esa explicacion; pero no comprendo cómo ni por qué á vos solo fué confiada una persona de la calidad de Onaney.

—Os lo explicaré, señora, si os dignais á escucharme.

—Sí, hablad.

Don Juan hizo entonces una relacion abreviada de lo acaecido en la residencia de Mattinao, que oyó la Reina con curiosidad é interés, y que Onaney escuchó absorta, dando muestras de perfecta inteligencia.

Doña Isabel, siempre atenta á reportar ventajas morales y religiosas en sus empresas, vió esta vez en el descubrimiento de Colon nuevos motivos de congratularse.

—No podemos ya dudar, dijo, que Dios ha querido el cumplimiento de esta obra extraordinaria, para arrancar de ese mundo remoto las prácticas horribles de los caribes, la poligamia y la idolatría. ¿Quién sabe si la bondad divina tenia decretada la salvacion de esta jóven inocente, por medios inesperados, como así ha sucedido? Vuestra hazaña contra el feroz Caonabó, don Juan, es un nuevo título á mi reconocimiento.

—Señora, respondió el jóven: todo caballero está obligado á hacer lo mismo que yo hice.

—Verdad es; pero los deberes bien cumplidos merecen recompensa, y poco tardareis en saber que no me olvido de mis buenos servidores, ni de mis palabras. ¿Quereis alguna cosa?

—Nada puedo ya desear, señora, si vivo en la memoria de V. A.

Despues de estas corteses palabras, don Juan se despidió de la Reina y se dispuso á salir, con el corazon lleno de alegría y esperanza. Onaney se levantó para seguirle; pero él se apresuró á detenerla diciéndole:

—No te muevas; la Reina te protege ahora.

La jóven comprendió que las costumbres de aquella brillante cor-

te no le permitian acompañar al único protector que ella había aceptado, y se resignó, volviendo á sentarse.

Luego que hubo salido don Juan, la Reina se volvió hácia doña Juana y le dijo en voz baja:

—No me gusta aventurar mis juicios; pero me parece que ha sido, cuando menos, imprudente la confianza que se ha hecho de vuestro sobrino, al entregarle esta niña.

—V. A. juzga siempre con acierto, respondió la dama: yo, sin tanta prevision, hace ya muchos días que vivo descontenta de esa confianza y de las causas que la han motivado. Ahora que he visto á la jóven, con mas razon me alarmo, pero no me atrevo á dudar de la honradez de mi sobrino, aunque sé lo que son los hombres.

—No calumniemos á nadie, ni acusemos sin pruebas, dijo la Reina. Don Juan nos ha presentado esta bella indiana, como una muestra de su lealtad, y esto depone en su favor. Lo que me inquieta es haber notado en ella indicios de una adhesion estremada, que pueden ser efectos de la gratitud. Pero la gratitud en la mujer suele ser peligrosa. Encargaos de ella, doña Juana, y tratadla como á una hija.

—Lo haré así, señora, y quiera Dios que sean infundados vuestros temores.

La jóven ponía la mayor atencion en este diálogo: comprendía que hablaban de ella; pero no podía entender nada, por cuanto las palabras expresaban ideas demasiado abstractas para su inexperiencia de la lengua.

Cuando doña Juana la tomó de la mano para conducirla á su aposento, ó por mejor decir al de doña Sol, con quien pensaba alojarla en el mismo palacio, la siguió Onaney sin resistencia, y hasta mostrando contento, pues ya sabia que esta dama era pariente de don Juan, y tal vez sospechaba que fuese su madre.

Pasaron dos días, al cabo de los cuales, y dadas ya treguas á los negocios que promoviera la llegada de Colon y las disposiciones de su nuevo viaje, aguardó doña Isabel la hora de la noche en que podía entregarse libre de cuidados á sus pasatiempos de familia, y se encaminó sola al cuarto de doña Sol.

Estaba esta ocupada en rezar sus oraciones; Onaney dor-

mia en su alcoba, cuando sonó un golpecito, dado con discrecion en la puerta.

Doña Sol se levantó sorprendida, no pudiendo pensar quien fuese la persona que le hacia tan extemporánea visita; pero lo quedó mas, cuando, al abrir la puerta, se encontró con la Reina.

—¡Señora! exclamó inclinándose. V. A. en este humilde lugar y á esta hora?

—Nada tiene de extraño mi visita, le respondió doña Isabel, entrando y entornando la puerta. ¿No sabes que la Reina es tambien la madre de sus meninas? Considérame, pues, como tu madre, ó como tu amiga.

—¡Cuánta bondad, señora! repuso la jóven apresurándose á presentar una silla á la Reina.

—Siéntate tú tambien, hija mia, dijo esta: aquí en tu sitio acostumbrado, y hablaremos: tal vez he venido á interrumpirte en alguna tarea agradable, en la eleccion de tus vestidos para mañana...

—¡Oh! No, señora: rezaba, cuando habeis llegado.

Diciendo así, la jóven fué á sentarse en un taburete á los piés de doña Isabel, la cual le echó el brazo por el cuello, colocando así la cabeza de doña Sol casi en su falda.

—He querido verte á solas, dijo, porque nadie debe oir lo que vamos á hablar: deseo saber cómo está tu corazon desde la última vez que tuvimos en Granada una entrevista semejante á esta. ¿No ha habido de entonces acá alguna mudanza?

—En mí no, señora.

—Lo dices de un modo, Sol, que parece acusar mudanza en las personas ó en las cosas que atañen á tu felicidad. Explicate con franqueza.

—¡Oh! señora, exclamó la jóven levantando hácia á la Reina sus bellos ojos empañados de lágrimas. Escusadme una explicacion en este asunto: os lo ruego por el amor de Dios.

—Sol, hija mia: yo no puedo verte en este estado, y resignarme á tu silencio.

—Pero, señora y mas que madre mia, ¿qué sacrificio me imponéis? Yo no puedo acusar, no acuso á nadie. Si soy desgraciada,

será porque Dios lo quiere.

—No, doña Sol, repuso la Reina con suave energía. Dios no quiere nuestra desgracia; y yo, la soberana de mis subditos, represento á la divinidad para dispensar el consuelo á los buenos, y castigar á los que delinquen.

—¡Ah! ¡Por piedad, señora! exclamó doña Sol, cayendo de rodillas y cruzando las manos. ¡Perdonad al culpable! Ya no tiene remedio su falta.

—¡El culpable!... Su falta... dijo pausadamente la Reina. Luego no me equivoco: ese hombre ha jugado con tu corazón; te ha engañado?

—No; señora, no: mas vale que haya sido así. Él era libre, yo también. ¿Quién sabe si esto me preservó de mayores males?

—¿Le has hablado desde que vino?

—No he querido verle.

—Pero sepamos de una vez, ¿qué falta es la suya?

—Señora, la culpa está solamente en mi poco mérito. Él pudo jurarme fé eterna antes de conocer á otra mujer mas de su agrado; pero despues...

—No acabes, dijo la Reina indignada. ¿Quién es esa mujer?

—Tampoco ella tiene culpa, señora: la fatalidad...

—¿Quién es?

—¡Onaney! respondió doña Sol con voz lánguida y comprimida.

—¡Onaney! repitió doña Isabel. ¡La princesa india! Y ese hombre ha tenido la audacia de presentarme su querida!... Eso es increíble.

—No es su querida, señora, repuso la jóven haciéndose violencia. ¡Es su esposa!...

La Reina quedó suspensa algunos momentos, sin poder hablar.

—¡Será posible!—dijo con acento profundamente concentrado.— Y luego preguntó á doña Sol:

—¿Quién te ha contado esa fábula, hija mia?

—No es fábula, señora. Onaney misma, que no conoce el arte

de fingir, me lo ha dicho todo. Si la oyéreis, no os quedaria ninguna duda. Le llama su esposo á boca llena, y...

Doña Sol se detuvo con las mejillas encendidas de rubor, y bajó los ojos.

—¿Qué mas? acaba, dijo la Reina. Es necesario que yo lo sepa todo.

—Es una cosa insignificante, señora, respondió la jóven; pero que para mí tiene cierto valor. Yo di á don Juan, cuando iba á partir, una memoria: un collar con una cruz.

—¿Y ese collar?...

—Lo tiene Onaney.

—¡Basta, basta! exclamó doña Isabel. Eso es infame.

—Señora, por piedad, no le castigueis: yo no hubiera querido deciros nada de esto: y pues ya no tiene remedio, estoy contenta: otro esposo mejor me espera en la casa de Dios.

Doña Isabel permaneció un minuto pensativa.

—¿Dónde está la princesa? dijo despues.

—Allí, durmiendo, respondió Sol señalando á una alcoba.

La Reina se levantó, y tomando ella misma una bugia, se acercó al lecho de Onaney.

Esta dormía con el sueño tranquilo de la inocencia: tenia la cadena de doña Sol puesta al cuello, y la cruz apoyada con una mano contra el corazon.

—¿Es ese tu collar? preguntó la reina á su dama.

—Sí, señora.

—¿Y don Juan se lo ha dado?

—Así me lo ha dicho ella misma.

—¡Dios mio! murmuró doña Isabel. Si es verdad que ese hombre ha cometido tamaña infidelidad, no sé que castigo merece.

—Perdonadle, señora; perdonadle, dijo Sol. Os lo pido por lo que mas ameis.

—Tranquilízate, Sol: yo haré lo que me mande mi deber, y ojalá pueda hacer todavía lo que exige tu felicidad.—Adios, hija mia: mañana sabrás mi determinacion.

Dichas éstas palabras, la Reina besó amorosamente á la jóven, y se retiró de su aposento vivamente agitada.

## CAPITULO X.

### Lo que puede hacer cualquiera.



os personajes mas principales de la corte se disputaban la honra de obsequiar á Colon, y de frecuentar su trato: ya nadie queria acordarse del pretendiente oscuro y combatido, que tantas veces habia sido mirado con desden y hasta con mofa en las antesalas de Córdoba y en los campamentos de Granada.

Los mas allegados al trono le daban fiestas y banquetes: los menos favorecidos se contentaban con ser del número de los convidados, que en tales casos sirven para dar brillo, como las arañas y otros muebles; ó bien, si no llegaba á tanto su fortuna, se envanecian obsequiando á Sancho y á los demas aventureros subalternos.

El dia siguiente al de la entrevista de la Reina con Sol de Guzman, asistia Colon á un banquete, que daba en obsequio suyo el cardenal arzobispo, don Pedro Gonzalez de Mendoza. Entre los demás convidados, estaba don Juan de la Torre, no por otra conside-

racion que por la de haberle visto pasarse y hablar amistosamente con el Almirante. Hallábase tambien allí Alonso de Ojeda, el denodado campeón de Córdoba y antiguo émulo de don Juan; y entre muchos eclesiásticos y caballeros de nota se encontraban el fogoso Santángel, y un gentil-hombre de origen siciliano, llamado Juan de Orbitello.

Un brindis de Santángel á Colon suscitó la conversacion del descubrimiento, y tambien las bajas pasiones que suelen agitarse entre los mas nobles arranques de la admiracion, como las serpientes entre las flores.

—Asombro será en los siglos venideros, dijo Santángel, el acontecimiento que hoy celebramos: no es posible calcular ahora sus consecuencias, ni apreciarlo en todo su inmenso valor. Pero cuando yo recuerdo lo inverosímil que parecia pocos meses ha, y veo con cuanta exactitud han salido ciertas las promesas del hombre que está presente, me afirmo en la creencia de que Dios ha querido que esto suceda en este tiempo precisamente, para abrir una era nueva de grandes sucesos.

—Y no será el menos considerable de ellos, dijo el Cardenal, el gran paso que va á dar el progreso de la verdadera fé, que nacida en Oriente, vuela á su mismo origen por opuesto camino. Decidnos algo, señor don Cristóbal, de la disposicion de esos nuevos habitantes del mundo á recibir las luces del Evangelio.

—Son dóciles y mansos de corazon, por regla general, respondió con su voz grave el Almirante: no conocen la codicia, que seca los buenos sentimientos: obedecen y admiran toda superioridad, y contemplan el cielo como la fuente de todo bien. Creo firmemente, que constituyen un campo fértil, el cual solo aguarda el cultivo del buen labrador para dar ópimos frutos.

—Y este hallazgo, continuó el Cardenal, lo debemos á la feliz inspiracion que tuvisteis de marchar hácia el Occidente en busca del Asia. Es cierto, que á no ser por vos, los millones de almas que habitan esas regiones incultas, habrian permanecido quizás largos siglos sumidas en la ignorancia y la barbarie.

Juan de Orbitello, el caballero siciliano, tomo aquí parte en la conversacion diciendo:

—A la verdad, reverendísimo señor, hubiera sido de lamentar que esas gentes quedasen para siempre privadas de las luces de la fé; pero, ¿os parece que la divina Providencia no hubiera podido preparar otros instrumentos para llegar al fin conseguido, ó quizá otros medios que los empleados por el señor almirante Colon?

—Nadie puede poner en duda, respondió severamente el Cardenal, que la Providencia es inagotable en sus medios de accion, señor de Orbitello. Ella señala los instrumentos de que quiere valerse, y no toca á nosotros, ni menos á un simple lego, escudriñar sus secretos designios.

—No ha sido mi ánimo poner eso en duda, reverendísimo padre, repuso el siciliano con aparente humildad. Solo he querido ver ilustrada mi ignorancia sobre un punto, á saber: si el señor don Cristóbal ha sido verdaderamente un instrumento providencial para esta grande obra.

Todos los comensales suspendieron las conversaciones á media voz, que tenian entabladas entre sí, al escuchar el ataque indirecto que Orbitello parecia dirigir á Colon.

—Siempre he sentido dentro de mí una fuerza independiente de mis facultades naturales, que me impulsaba al objeto ya cumplido, respondió Colon con solemne gravedad. Si este impulso era ó no una inspiracion del cielo, no me toca á mí decirlo; pero creo, que nada hubiera yo hecho, sin esa fuerza que no á todos es concedida.

—Segun eso creéis que los reinos de España no hubieran podido producir otro hombre, capaz de hacer lo mismo que vos habeis hecho? preguntó por último el siciliano. Yo admito la grandeza de los resultados; pero no considero tan imposible la concepcion de la idea, ni menos su ejecucion, que exigiese nada menos que el apoyo directo de la Providencia.

Todos guardaban profundo silencio, aguardando la respuesta de Colon. Este calló por espacio de mas de un minuto, y estendiendo luego el brazo, tomó un huevo de varios que habia en una fuente; y teniéndolo derecho entre sus dedos, dijo á los concurrentes en general:

—Señores, ¿quién de vosotros tendrá habilidad suficiente para

poner este huevo en pié de punta sobre la mesa? ¿No habrá alguno que quiera hacer la prueba?

Los comensales se sonrieron, no sin quedar sorprendidos de esta ocurrencia; y varios de ellos, incluso Orbitello, comenzaron á ensayar el juego de habilidad propuesto por el Almirante.

Los caballeros jóvenes, en particular, y entre ellos don Juan y Alonso de Ojeda, hicieron mil tentativas para llevar á cabo la difícil empresa; pero no bien soltaban el huevo, creyendo tenerlo ya en perfecto equilibrio, caía este por su propio peso, produciendo alegres chanzas y risotadas.

Ojeda, que se prendaba de mañoso no menos que de valiente, se desesperaba de no poder ejecutar una cosa tan sencilla.

—¡Pardiez! dijo por último, cansado de hacer pruebas. Si el señor Almirante nos saca de este apuro, ya puede el señor de Orbitello creer que no hará cualquiera lo que él haga.

—El señor Almirante, respondió Orbitello, ha querido divertirse un rato con nosotros: bien sabe que esto es imposible.

Y dejó su huevo en la fuente.

Colón, que hasta entonces no había hecho prueba alguna, dió sobre la mesa un golpecito con la punta del suyo, suficiente para hundirle el cascarón y formarle una pequeña base. El huevo quedó derecho, y todos los presentes aplaudieron.

—Ya lo veis, dijo Colón: no es imposible.

—Pero eso no tiene gracia, replicó el siciliano muy atufado: eso cualquiera lo hace.

—Sí, ciertamente; después de haberlo visto: yo no os lo niego, repuso Colón. Esto es lo mismo que lo otro.

—Ved ahí una lección bien dada, dijo por lo bajo Alonso de Ojeda á don Juan. Podeis estar contento de merecer la amistad del Almirante.

—No creo merecerla, respondió nuestro caballero en el mismo tono; pero tengo á dicha que me la dispense.

—¡Pardiez! Siempre fuisteis afortunado.

—¿Quizá os pesa?

—No tal; porque pienso venceros alguna vez, acompañando á don Cristóbal en su segundo viaje.

—¿Y no habria sido mas hazaña acompañarle en el primero? preguntó don Juan.

—Ciertamente; pero ya es tarde, repuso Ojeda. ¿Quereis ser de la partida?

—No me siento con bastantes fuerzas, y os doy esa ventaja.

Durante este diálogo y otros que sordamente se tenian en la mesa para confusion de Orbitello, habia llegado un paje, el cual dijo á Colon algunas palabras al oido.

Al mismo tiempo, el Cardenal, como buen anfitrión, para borrar el mal efecto de la imprudente provocacion del siciliano, invitó al Almirante á proseguir narrando algunas particularidades raras de su descubrimiento.

—Perdonadme, señor Cardenal, respondió Colon. La señora Reina me llama, y no puedo complaceros en este momento. Pero, si gustais, mi amigo don Juan de la Torre, como testigo ocular y compañero mio de expedicion, satisfará vuestros deseos y los de esta noble reunion.

Todas las miradas se volvieron hácia don Juan, á quien desde aquel momento se consideró como á un hombre de importancia. Nadie hubiera sospechado que aquel jóven, á quien se reputaba ligero y casquivano, á pesar de su probado valor, hubiese sido capaz de acometer una empresa tan arriesgada, en la que podia haber perecido sin gloria ni provecho.

—Ahora comprendo como habeis ganado la intimidad del Almirante, le dijo Alonso de Ojeda tendiéndole la mano; y comprendo tambien que necesito hacer mucho para venceros. Sin embargo, así como vos en otro tiempo jurábais por una vírgen portaros como hombre, y lo cumplisteis; así yo tambien juro por la mia, que siempre me acompaña, dejar fama de mi nombre en las apartadas regiones, que habeis ayudado á descubrir.

Don Juan apretó la mano de Ojeda, y respondió:

—Envidiosos de vuestra especie, son siempre mis amigos. Lo pasado fué una niñería, ¿no es verdad?

—Cierto; pero en aquella ocasion, el único niño fui yo.

—Reconozcamos, dijo don Juan, que ambos anduvimos poco prudentes, y echemos pelillos á la mar.

Mientras así se reconciliaban estos dos antiguos rivales, Colon salió de la sala del convite y se encaminó á Palacio, siguiendo al page de la Reina.

Doña Isabel le aguardaba en su cámara reservada, no habiendo con ella mas personas que doña Juana de la Torre y Onaney.

Al entrar, conoció Colon que su bondadosa señora tenia algun motivo de pesar ó de resentimiento; pues no lo disimulaban sus ojos, ni su actitud agitada.

Paseábase la Reina impaciente de un extremo á otro de la sala, y al sentir los pasos del Almirante se volvió hácia él cruzada de brazos, y le dijo:

—Siento haberos molestado en una ocasion, en que deberíais hallaros muy á gusto, y lo siento tambien por la persona á quien privo de vuestra compañía.

—El servicio de V. A. es siempre lo primero, respondió Colon, y el señor Cardenal me disimulará la ausencia, teniendo en cuenta la causa que la motiva.

—Se trata y no de mi servicio, repuso la Reina, permaneciendo en pié. Tengo que cuestionaros sobre un asunto de interés particular, que sin embargo, puede dar ocasion al ejercicio de mi justicia.

—Dignaos preguntarme, señora y os satisfaré en lo que sepa.

La Reina se volvió hácia Onaney, y dijo á Colon:

—Sin duda sabreis todos los antecedentes de esta jóven, y lo que haya pasado entre ella y don Juan de la Torre, desde que este la conoció hasta hoy?

—Creo saberlo todo, aunque algunas cosas no han sido presenciadas por mi mismo, y solo me constan de oidas.

—¿Y qué sabeis de las relaciones de don Juan con esa jóven?

—No sé mas, señora, sino que han sido las mas delicadas que un hombre de honor puede tener con una dóncella casta y buena, confiada á su lealtad.

—No puedo rechazar los informes de un hombre de vuestros años y de vuestro carácter, dijo la Reina; pero tampoco puedo conciliar vuestra opinion con las dudas que me asaltan. Decidme, Colon; ¿esos jóvenes se han separado algun tiempo de vuestra vista, durante el viaje?

—Debo confesaros, señora, que efectivamente, don Juan partió de Sevilla para Barcelona algunos días antes que yo, acompañando á la jóven princesa y á su corto séquito de mujeres. Se hizo así para que llegasen á tiempo, evitándoles la molestia de las jornadas largas.

—Ved ahí la esplicacion del enigma, dijo la Reina á doña Juana: y luego volviéndose hácia Colon, añadió con severidad :

—Increible parece, señor Almirante, que un hombre de vuestra experiencia haya tenido tan poca prevision.

—¿Pues qué ha pasado, señora? exclamó Colon aturdido. No puedo creer que don Juan...

—Antes de disculparle, repuso doña Isabel, interrogad á esa jóven, vos que sabreis mejor que yo interpretar su lenguaje.—Venid acá, Onaney, añadió haciendo un imperativo ademan.

La bella haitiana, que apenas podia còmprender el verdadero objeto de lo que pasaba, y que ya habia sido interrogada por la Reina, se acercó á esta con timidez y encendida de rubor.

—Repetid al señor Almirante lo que me habeis dicho, hija mia, le dijo doña Isabel.—¿Es verdad que don Juan es vuestro esposo?

—Sí, contestó con ingenuidad la inocente jóven. Juan esposo de Onaney.—Onaney mujer de Juan.

—No sé, dijo á Colon la Reina, si mi poca experiencia en el trato de estos indios me hace incurrir en error; pero se me figura que la contestacion de esta jóven es bien clara y terminante.

—Señora, repuso Colon moviendo su cabeza pensadora; la contestacion es categórica, y sin embargo, me permito dudar. No considero á don Juan capaz de haber abusado de la inocencia de esta criatura, y debe de haber en esto una mala interpretacion por parte de ella.

—Interrogadla vos mismo. Creed que tengo un interés muy vivo en ver justificado á don Juan.

—Dime, Onaney, preguntó Colon á la jóven con dulzura. Tú sabes lo que es un sacerdote?

Onaney se quedó perpleja sin poder entender.

—Un sacerdote, añadió el Almirante, es un *bucio* cristiano.

—¡Ah! Sí, sí, respondió con prontitud la jóven: Onaney saber eso: sacerdote ser padre Juan Perez.

—Justo.—¡Y no has visto algun otro despues del padre Juan?

—Sí, sí, muchos: en la iglesia sol. Juan llevar á Onaney á ver la iglesia.

—¿Y allí se casó contigo?... Quiero decir, que si se hizo tu esposo en la iglesia.

—Onaney, respondió ruborizada la jóven, dar á Juan su collar de doncella.—Juan hacer á Onaney su mujer con la cruz: Onaney esposa de Juan como en Haití, y como en España.

—Pero, insistió Colon, ¿eso pasó en la iglesia?

—No, en la tempestad.

—Gracias á Dios, señora, dijo Colon á la Reina, comienzo á descifrar este misterio. Todo es efecto de una mala inteligencia, originada por la diversidad de costumbres en España y en Haití.

—¡Ojalá sea eso verdad! exclamó doña Isabel: pero yo no acabo de comprender.

—Permitidme hacer una pregunta mas: dime, Onaney: ¿qué cruz fué aquella con que Juan se hizo tu esposo?

La jóven llevó la mano á su seno con timidez, y sacó el collar de doña Sol.

—Ya está todo explicado, señora, dijo Colon.

—¡Cómo! repuso la Reina. ¿Sabeis á quién ha pertenecido esa cruz?

—Lo sospecho, señora. Pero esa cruz fué dada por don Juan en mi presencia, y en un momento de supremo peligro, no como prenda de amor, sino como medio de salvacion eterna. Veíamos la muerte casi segura, y mi jóven amigo quiso, por un esceso de fé, preservar en algun modo á esta ignorante niña de los peligros de su estado, poniendo sobre su cuerpo el signo de nuestra Redencion.

—¿Y no es mas que eso?

—Nada mas: en Haití, señora, basta un cambio de objetos preciosos entre dos jóvenes para constituir el matrimonio. Si esa jóven dió á don Juan su collar, que acaso podia tener alguna virtud religiosa, segun las prácticas de su pais, al recibir mas tarde la cruz,

que sabe es el signo de nuestra fé, pudo creer sellado un pacto, que mi amigo no ha tenido intencion de contraer.

—Es muy posible que eso sea, dijo la Reina mas tranquilizada.

Pero mirando á Onaney, hubo de representársele la terrible decepcion que la esperaba, y se estremeció involuntariamente.

—Infeliz criatura, dijo para sí: ¡Cuánto mas te valiera no haber salido de la sombra de tus bosques!

La jóven haitiana observaba el movimiento de los rostros, como si buscase en ellos la aclaracion de sus dudas; hábale parecido que todas aquellas preguntas tenian por objeto asegurarle su felicidad; y no podia comprender la inquietud y la tristeza que sucesivamente inspiraba.

Doña Isabel quiso depurar mas todavía la verdad, llevando sus investigaciones al estremo mas delicado, y despidió á Colon y á doña Juana, para quedarse á solas con Onaney.

Una hora larga duró la conferencia secreta de la Reina con la inocente jóven: al cabo de este tiempo, la primera se convenció de que don Juan habia respetado á su protegida en todos conceptos, y vió que era llegado el caso, aunque penoso, indispensable, de arrancar á Onaney su agradable ilusion.

Doña Isabel empleó todo el tacto y la dulzura insinuante de que estaba dotada para suavizar la dureza del golpe que debia recibir la pobre niña; mas, á pesar de esto, el terrible desengaño produjo en su corazon vehemente y apasionado una conmocion espantosa.

La infeliz se alzó delirante y frenética, y olvidando por el momento toda palabra española, comenzó á proferir salvages gritos de desesperacion en su idioma primitivo. Unicamente salia de sus labios el nombre de Juan, enérgicamente articulado, y muchas veces repetido entre las voces ininteligibles de la lengua haitiana.—Corria de unas á otras partes de la sala con los cabellos desordenados, el traje descompuesto y las facciones desencajadas, pareciéndose en su agitacion á una águila jóven, que pugna por recobrar su libertad, aleteando en la jaula donde ha sido aprisionada.

Todas las pasiones violentas se manifestaban espontáneas y vigorosas en aquella débil criatura: la ira se espesaba con gritos agudos y penetrantes; los celos con sordos gemidos; la desespera-

cion con el anonadamiento total de sus fuerzas; el amor con ayes insensatos, que conmovian las mas duras fibras del corazon.

Aterrada la Reina en presencia de aquel espectáculo terrible, se apresuró á llamar otras personas en su auxilio. Cuando estas llegaron, solo pudieron sacar de la estancia real la imágen de un cadáver. Rendida Onaney por la violencia de sus emociones, acababa de caer al suelo privada de conocimiento y sin apariencias de vida.



## CAPÍTULO XI.

### Abnegacion.



uy ageno estaba don Juan de lo que pasaba en Palacio, siendo él la causa principal, aunque inocente de todo.

Cuando se retiró del banquete del cardenal, luego que se encontró á solas con Sancho en su alojamiento, le dijo:

—¿Sabrás decirme, Sancho, cuántos años hace que llegamos á Barcelona? Porque yo creo que han pasado siglos, segun lo que me canso de esperar un buen dia; y por vida del rey Caonabó, que mas quisiera andar ahora dando tumbos por esos mares, que no estar aquí hecho esclavo de la etiqueta.

—Voy á traducir en mi lengua esa lamentacion de vueseñoría, respondió Sancho: teneis ganas de casaros pronto con aquella dama que me está vedado nombrar, y se os hace largo el tiempo. ¿No es esto?

—Traduce como quieras mi pensamiento, Sancho: yo solo digo, que me canso y me fatigo de no tener con quien desahogar mis sentimientos mas que contigo.

—¡Muchas gracias, señor! repuso el escudero haciendo una cortesía. Pero vengamos á cuentas: yo creia que ahora estábais contento; porque habiendo ya cumplido la penitencia, no puede negarse la absolucion.

—No me hables en enigmas, Sancho, y esplicame claro lo que pasó la noche que doña Sol te mandó llamar.

—Lo que pasó fué nada: lo que andaba por dentro eran celos.

—¡Celos! ¿De qué y de quién? Quizá provienen de alguna bachillería tuya.

—Eso es, echadme á mí las cargas. ¿Qué tengo yo que ver en eso? Las mujeres, señor, son las mujeres; y perdonad: no creais que hago alusion á aquella dama: se encaprichan con cualquiera cosa, y luego cuesta mucho sacarles una idea de la cabeza.

—Pero, ¿de quién, repito, puede tener celos?

—Se me figura, señor, que doña Onaney anda en el fregado.

—¿Estás loco?

—Yo siempre lo estoy: pero es así.

—Vamos, es preciso que yo vea á Sol, dijo don Juan mostrando impaciencia. ¡Celos de Onaney! Ahora no extraño que me niegue su presencia.

—¡Esas tenemos! exclamó Sancho. Tampoco extraño yo ahora que sean tan largos los días. Pues, señor, teneis razón de sobra, y es preciso poner remedio á la celera.

—Cállate, hablador, y respeta mas á la que ha de ser tu señora.

—La respeto, la bendigo y me callo. Pero no: yo no puedo callar. Hablemos de otra cosa.—Yo, señor, tengo unos cuantos negocios pendientes.

—¿Negocios tú? ¿Y qué me importa eso?

—Mucho, señor: está empeñada en ellos vuestra palabra.

—Déjame en paz, Sancho: no estoy de humor para bromas.

—No son bromas, señor: son cosas serias. Yo quiero casarme.

—¿No digo?...

—Y ya tengo buscada la novia; pero le falta un requisito.

—Por Dios, Sancho: no me vengas con majaderías.

—Este requisito, prosiguió el escudero imperturbable, consiste en una hacienda ó su equivalente; pero, como sois rico y teneis influencia, he pensado que, por tan poca cosa, no dejareis vivir á doña Ozema eternamente doncella, y á Sancho de la Barca eternamente doncello.

Don Juan se sonrió á su pesar, y dijo:

—¡Hola! ¿Conque quieres casarte con la linda Ozema, la dama de honor de la princesa Onaney?

—Sois un pasmo de penetracion, señor: eso es lo que quiero.

—¿Y ella consiente?

—Con muchísimo gusto. ¡Pues no faltaba mas!

Y al decir esto, Sancho irguió el cuerpo, se atusó los bigotes, y echó una ojeada á su ropilla nueva.

—Pero no habrás pensado en una dificultad, Sancho, dijo don Juan. No puedes casarte con Ozema, hasta que sea cristiana.

—Ya lo sé, y para eso tengo andado mucho camino: doña Ozema está ya medio convertida, y pronto lo estará del todo.

—No sabia yo que estuvieses tan adelantado. Pero dime, ¿quién la instruye en la doctrina cristiana? ¿quién prepara su conversion?

—¿Vah! Yo solo, señor: si es la cosa mas fácil del mundo. Para convertir á una mujer, no se necesita mas que hablarle de casamiento.

—Sancho, tú tratas ese asunto con demasiada ligereza: Pero, no obstante, puedes contar con mi apoyo.

—Hay otra pretension pendiente, dijo el escudero.

—Díla, y acaba.

—La Reina me ha prometido darme apellido.

—¿Pues no tienes uno ó dos?

—Sí, señor; pero yo deseo llamarme Sancho Hidalgo, y esto es cosa hecha, si el señor Almirante quiere dar testimonio de mis buenos servicios.

—Está bien, Sancho: se hará lo que se pueda.

—Y si mas adelante se me pudiese dar colocacion en alguna de las islas de allende, como por ejemplo, en la *Isabela* ó en la de *Babeque*, no me vendria del todo mal.

—Eres insaciable, Sancho; y debes saber, que el buen pretendiente ha de solicitar como quien come uvas: grano á grano. Ten cuidado de no pedir en tu vida dos cosas á un tiempo, ó te quedarás sin ninguna.

—Bueno es el consejo, señor; pero yo creía que era mejor pedir mucho para que me diesen algo.

En este punto fué interrumpido el diálogo por un page de doña Juana de la Torre, que vino á llamar á nuestro caballero de parte de doña Sol.

—¡He oido bien, Sancho, ó estoy soñando? preguntó el jóven á su criado. ¿Qué novedad es esta?

—Señor, esto ha de ser, que ha cambiado el viento, y la carabela vira de bordo. Si viene en popa, no perdais la ocasion, y soldad todos los rizos, y hasta la escandalosa.

—Sí, sí, arréglame un poco estos vestidos: date prisa..... No acierto á creer que ella me llame, y el corazon me presagia algun contratiempo... Acaba, Sancho, acaba.

Era de noche: de allí á pocos minutos, don Juan, precedido del page, subía de puntillas al aposento de doña Sol. Reinaba allí el mas profundo silencio, y la estancia parecia estar desierta: pero, apenas sonaron los pasos del caballero, apareció la jóven, andando con mucho tiento y saliendo de una de las alcobas.

—Hablad quedo, señor don Juan, dijo ella: no turbemos el reposo de la enferma.

—Gracias á Dios, no necesito hablar para probaros que mi corazon os adora, respondió el jóven. Pero, ¿qué enferma teneis aquí?

—¿No lo sabeis? Sin embargo, vos mismo sois la causa de su mal, y por ésto os he llamado: una palabra vuestra puede volverle la salud y acaso la vida.

—No os entiendo, Sol. ¿De quién me hablais?

—Debiérais haberlo adivinado ya: os hablo de la princesa Onaney.

—¡Onaney enferma! ¡Y yo soy la causa! Esto es mas incomprendible aun.

—Ecuchadme, don Juan; es preciso que dejemos á un lado consideraciones y reparos de cosas pasadas, y que vengamos á lo pre-

sente para tomar una determinacion decisiva. Yo os dispengo de todos vuestros lazos y compromisos conmigo, y os deixo en absoluta libertad de seguir las inclinaciones de vuestro corazon.

—Pero, Sol, ¿qué estais diciendo?

—No me interrumpais: yo os abro francamente mi pecho: haced lo mismo; pues el menor disimulo de vuestra parte seria criminal en esta ocasion. Tengo motivos para creer que vuestro comportamiento con la infeliz Onaney ha sido el que se podia esperar de un caballero leal y cristiano, como sois; pero al mismo tiempo conozco que una pasion como la que ella siente hácia vos, no se concibe sin alguna esperanza que la aliente, sin que otro fuego igual no le dé pábulo. Si esto es así, don Juan,—prosiguió la jóven, reprimiendo á duras penas la emocion de su alma,—si esto es así, no quiero, por un necio empeño, ser obstáculo á vuestra dicha, ni á la de otra mujer quizás mas digna que yo de vuestro cariño, aunque no mas leal.

—Sol, repuso don Juan:—permíteme la libertad de hablarte como en otro tiempo, cuando tenias completa fé en mis palabras.—Podré ser tan voluble como quieran los que mal me conocen; pero una cosa hay en mí, que es inmutable: mi amor á tí.—Sabes que yo nunca juro en vano: pues bien, por lo mas sagrado te juro que, por mi parte, no he dado motivo con deliberacion ó de intento á esa pasion que dices ocasiona la desgracia de Onaney. Mas digna que tú de mi cariño no conozco ninguna mujer: por alcanzarte he cruzado inmensos mares: tú eras el Catay que yo soñaba, cuando los vientos nos conducian hácia el remoto Oriente; y solo por tí me era preciosa la vida, cuando la tempestad nos arrojaba hácia las rocas portuguesas. ¿A qué vienen ahora esas quejas infundadas, esas dudas que me hieren en lo mas delicado del alma?

—Juan, necesito creerte; pero mis dudas son hijas de un juicio recto: no creas que al dar este paso procedo acalorada y sin reflexion, no: he pensado antes mucho en tu felicidad, y considero que, si un punto de honor te obligase á cumplir antiguas promesas, mas me valdria verme muerta, que no tuya.—Este pensamiento me da la serenidad que miras, y que me llevaria tranquila... y resignada á la soledad de un claustro.

—¡Qué idea, Dios mío! exclamó don Juan. No, Sol de mi vida, no: eso sería matarme.

—Y otra cosa, repuso la joven derramando lágrimas, será la muerte de esa inocente y apasionada criatura, á quien,—por mas que digais,—habeis hecho concebir esperanzas de felicidad. ¡Oh! Don Juan, medita bien las consecuencias del paso que vais á dar. —Venid conmigo, y la vereis; en pocas horas, la desesperacion ha destruido todo el vigor de su bella naturaleza: venid, venid.

Don Juan se dejó conducir maquinalmente hasta el aposento donde reposaba Onaney.

La fiebre hacia estragos terribles en la constitucion fisica de la jóven haitiana; pero su espiritu conservaba una lucidez, que parecia quintuplicada por el ardor de la sangre.

Al ver á don Juan, Onaney se incorporó en su lecho y estendió hácia él los brazos desnudos.

—¡Juan!..... ¡Juan!..... exclamó con voz sacudida. Onaney esperar á tí..... ¡Vén..... vén!..... Ya no morir... Reina engañar á Onaney..... ¡Vén, Juan sol!

—¡Infeliz! balbuceó el jóven.

Doña Sol se apoyó en la cabecera de la cama, y se cubrió el rostro con la mano.

—Cálmate, Onaney, dijo don Juan: la Reina es buena y te quiere: no pienses en mí, y procura desechar todo pesar.

—Onaney ya feliz, respondió la haitiana: esposa de Juan..... Siempre juntos..... Siempre contentos.

—No, ahora no conviene que estemos juntos, repuso el jóven. Tu salud peligraria.

—No, no, no; Juan salud de Onaney: Juan vida: Juan sol.

—¿Lo estais oyendo? dijo en voz baja doña Sol: sois su salud; sois su vida.

Don Juan se apartó del lecho y permaneció un breve rato pensativo.

—Adios, Onaney, dijo por último á la haitiana. Si procuras tranquilizarte y no nombrarme, te querré mucho. Esto es necesario para que vivas. ¡Adios!

La jóven princesa dejó caer la cabeza en la almohada, lanzando un gemido, y guardó silencio.

Doña Sol y don Juan salieron de la alcoba.

—No es posible quitarle la idea de que sois su esposo, dijo la dama con abatimiento.

—¡Idea extraña! respondió el jóven. ¿Quién puede haberle hecho creer semejante cosa?

—Vos, y nadie mas.

—¡Yo! Sol, dudais de mi palabra.

—No, amigo mio: es que ciertas acciones, cuando no se puede explicarlas con palabras, no admiten mas que una interpretacion. Si yo tuviese una prenda vuestra y la entregase á otro hombre, ¿qué pensaria este hombre de mis intenciones?

—¡Ah! ¡El collar de oro!... exclamó don Juan. Es cierto que se lo dí; pero te juro, Sol, que mi ánimo fué...

—No acabes, repusó la jóven. Sé cual fué tu intencion; pero ella la interpretó de muy diversa manera: para ella, esa cadena era el lazo indisoluble del matrimonio.

—¡Es posible!... Ahora recuerdo que muchas veces me mostró vivos deseos de poseerlo; pero yo creí siempre que lo codiciaba con el simple afan de engalanarse.

—No obstante, Juan: debieras haber sospechado la verdad. Onaney te estaba muy agradecida, y habia hecho por tí lo que solo una amante hace. Si ella no hubiese concebido esperanzas desde el principio, ¿cómo hubiera consentido en abandonar su patria y su familia, para seguir á un extranjero?

—Es verdad. Pero tampoco podia permanecer en su país.

—¡Ah! ¡Quién sabe!... ¡Quién sabe!...

Doña Sol bajó la cabeza, y permaneció un breve rato concentrada en sí misma.

—¡Dios mio! exclamó por último. ¿Qué debo creer? ¿Qué debo hacer?

—Sol, dijo don Juan: yo deploro la desgracia de esa pobre niña; pero su enfermedad pasará, y el tiempo y la razon disiparán sus vanas esperanzas y creencias. Se la puede restituir á su país natal, y la ausencia completará su curacion.

—¡Oh! ¡Si eso fuese posible, don Juan! Pero tú mismo, ¿no sufres? Confíesame la verdad; porque en este caso, ¿qué importa mi sacrificio?

—Sol, la verdad te he dicho; y ahora debo añadir, que esa abnegacion tuya hace que me considere indigno de tí. Soy culpable, mas no de haberte olvidado un solo momento: lo soy de haber tratado á Onaney con excesiva familiaridad, y acaso con demasiado cariño. Pero entre tú y ella, ¿es posible vacilar en la eleccion? ¿Es natural siquiera que se me proponga?

—Tienes razon: ¿por qué negarlo? Dudar de tí es ofenderte.

Los dos jóvenes oyeron á este tiempo la voz de Onaney, que gritaba:

—¡Juan! ¡Sol!.....

—No debo presentarme á ella mas, dijo don Juan, levantándose para salir.

—Eso es crueldad, respondió doña Sol. Nada importa que te vea, esta delirando. Vén.

El joven siguió á su amada, y quedó sorprendido al ver que estaban junto á Onaney la Reina y doña Juana de la Torre: habian entrado por una puerta de comunicacion interior.

La infeliz haitiana miraba con temor á doña Isabel, que procuraba tranquilizarla; pero no pudo conseguirlo hasta que apareció el caballero.

Este permaneció indeciso un momento; mas luego saludó á la Reina, y pasó adelante con serenidad.

—Juan, Juan, repitió Onaney; decir á señora Reina que ser yo tu mujer.

La pobre niña no queria convencerse de que fuera verdad lo que doña Isabel le habia dicho, y esperaba todavía la confirmacion de su aserto de boca de don Juan.

—Yo no puedo afirmar lo que no es cierto, amiga mia, le contestó el joven tomándole una mano para consolarla. Yo solo he querido hacerte cristiana, y aunque me hubiese casado contigo, seria nula nuestra union, porque los cristianos solo pueden casarse con cristianos.

Onaney guardó silencio, mientras que la Reina y doña Juana ha-

cian algunas reflexiones en voz baja. Pasado un rato, dijo la jóven princesa.

—Pronto, señora Reina, pronto: hacer á Onaney cristiana.

—Quiera Dios, hija mia, le respondió doña Isabel, iluminar tu entendimiento, para que puedas recibir las aguas del bautismo tan pronto como lo deseas: piensa en el único y verdadero Dios; piensa en la cruz.

—¡La cruz! exclamó Onaney mirando tristemente la que aun descansaba sobre su pecho. ¡Cristianos no casarse con la cruz!

Pero la besó ardientemente, y luego la ocultó en su seno.

—Esta pobre criatura desvaría, dijo doña Isabel al oído de su dama. No la fatiguemos.

Y salió á la estancia inmediata, haciendo seña á todos de que la siguiesen.

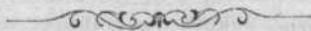
—Don Juan, dijo cuando estuvieron fuera: sin querer habeis hecho un grave daño; pero os disculpa la buena intencion. Estoy enterada de todo lo concerniente á vuestra persona y conducta, y deseo daros la recompensa que mas ànhelais. Vuestra tia os comunicará pronto mis órdenes.

—Mi corazon os agradece, señora, la bondad que usais conmigo, respondió el jóven, inclinándose y besando la mano que le presentó la Reina. Sin embargo, no puedo aspirar á mayor recompensa que la de merecer el buen concepto de V. A.

Entre tanto, Sol decia en voz baja á doña Juana:

—Interceded con la Reina para que aplace el cumplimiento de su palabra: que aguarde al menos hasta que Onaney esté buena y ausente. No quisiera afligirla con el espectáculo de nuestra dicha.

—¡Noble corazon! murmuró doña Juana. Descuida, que en todo se hará tu gusto.



## CAPÍTULO XII.

### Sol de Castilla y Sol de Guzman.



UNA complicacion inesperada hizo la dolencia de Onaney tanto mas grave y peligrosa, cuanto que los facultativos mas hábiles de la corte no tenian idea de ninguna enfermedad parecida á la suya. El cambio de clima era la causa de este mal de nueva especie.

En tres dias se agravó la enferma de tal manera, que los médicos de la Reina creyeron conveniente declarar, que su ciencia y sus medicinas eran ineficaces para curarla.

De los demás indios traídos por el Almirante, algunos se mantenian en buena salud; pero otros languidecian bajo la influencia de un cielo contrario á su naturaleza, y de los alimentos que no estaban acostumbrados á digerir.

Esto era un motivo de pesar para doña Isabel que habia tomado bajo su proteccion aquellos pobres salvages, confiándolos para su educacion religiosa y moral á varias personas principales de su

confianza, y que sin duda meditaba labrar su fortuna, para que despues de instruidos sirviesen al Estado en los paises de donde procedian.

Ozema, la doncella íntima de Onaney estaba con su otra compañera al cuidado de doña Juana de la Torre, y ambas resistian bien el cambio de clima. Dos indios principales, uno de ellos pariente de Guacanagari, habian sido confiados á Quintanilla y Santángel, y se tenia el proyecto de hacerlos apadrinar en el bautismo por el rey don Fernando y por el príncipe don Juan. Los demás estaban á cargo de otras personas, y eran objeto de mayor ó menor predileccion, segun su rango y la capacidad que mostraban.

La Reina se informaba diariamente del estado de salud é instruccion de sus protegidos, y en particular de las mujeres. Una mañana, despues de haber recibido el parte de los médicos, que le pronosticaban el peligroso estado de Onaney, mandó llamar á Santángel y Quintanilla, y habló largo rato con ellos y con doña Juana y la marquesa de Moya.

—Dios no quiere, dijo, que nos envanézcamos con las ventajas que nos dispensa, y por eso nos merma el contento, amenazando privarnos de las criaturas en quienes fundábamos nuestras esperanzas de mayor progreso para la civilizacion de nuestros nuevos dominios. Los médicos me dicen que Onaney se muere, y esto me aflige: pero debo resignarme, porque Dios lo quiere. ¿La habeis visto hoy, doña Juana?

—La he visto, señora, respondió la dama; y dudo que resistados dias mas á su terrible dolencia.

—¡Infeliz criatura! Es menester hacerle lo mas dulce posible su tránsito de esta vida á la otra: ¿qué os ha dicho?

—No cesa de pedir que la hagan cristiana.

—Consultaremos hoy mismo al señor cardenal-arzobispo, á fin de satisfacer su deseo: no debemos consentir que muera sin recibir el agua del bautismo. ¿Y nada mas os ha pedido?

—Tambien ha querido que la acompañen sus dos amigas, y me he apresurado á complacerla: su presencia la ha regocijado algun tanto.

—Habeis hecho bien, doña Juana. ¿Y qué tal se portan esas dos educandas?

—La una adelanta poco; pero la jóven Ozema casi podria ya ser bautizada sin inconveniente.

—¿Sí? ¡Cuánto me alegro!

—A propósito de Ozema, continuó doña Juana, tengo una súplica que hacer á V. A.

—Decid.

—El escudero de mi sobrino, aquel Sancho que trajo el mensaje del señor Almirante, desea casarse con ella, si V. A. lo tiene por conveniente.

—¡Ah! Sancho Hidalgo! dijo la Reina sonriéndose. Ahora me recordais una promesa.—Y Ozema, ¿qué piensa de eso? Habeis explorado su voluntad?

—Ozema le quiere locamente, y segun ella puede espresarse, Sancho es un héroe muy estimado en su país, donde parece que hasta los niños le seguian por todas partes.

—Al menos esa podrá ver cumplidos sus deseos, repuso la Reina; y Sancho no quedará descontento. ¡Pero la pobre Onaney!..... No la puedo olvidar.

—Esta mañana, despues de haber hablado con su confidente Ozema, me ha hecho una peticion extraña, que no habia creido necesario indicar á V. A. por parecerme un desvarío.

—No importa eso: decidme su peticion: no quiero que se la prive de nada que pueda hacerse.

—Me ha dicho que quiere ver casar á Ozema, como se casan los cristianos.

—¡Pobre niña! Lucha todavía con la duda y pretende cerciorarse para creer en su desgracia. ¡Que no pueda el corazon satisfacerse, sino con el placer ó el dolor absoluto!... Dejémosla, á ver si olvida esa idea; pero si insiste mucho en ella, la complaceremos: nada cuesta.

Durante aquel dia y la noche siguiente, la enfermedad de Onaney se agravó en estremo; y fué preciso determinar lo necesario para que, si moria, muriese cristiana.

En consecuencia, dispuso la Reina que se colocase un altar en el

apuesto mismo de la enferma, y dió orden á uno de sus capellanes para proceder inmediatamente al bautismo de aquella y de sus dos amigas, como tambien de los indios principales; pues uno de ellos no gozaba de buena salud.

Al mismo tiempo, como insistiese Onaney en pedir que le hiciesen presenciar el desposorio de su amiga Ozema, se dió aviso á Sancho para que se dispusiese á recibir el sacramento del matrimonio.

Hechos los preparativos indispensables, la Reina y el príncipe don Juan se presentaron en el aposento de Onaney, acompañados de Colon, el Cardenal y los padrinos de los neófitos: á poco llegaron estos con sus catequistas y comenzó la ceremonia por los dos hombres, á quienes se dieron los nombres de don Fernando de Aragon y don Juan de Castilla. En seguida fueron bautizadas las dos mujeres, designando á Ozema con el nombre de doña Isabel de España y á su compañera con el de doña Juana de Mendoza, por ser sus padrinos el Cardenal y doña Juana de la Torre.

Onaney presenciaba las ceremonias con vivo interés, á pesar del abatimiento de sus fuerzas. Cuando fueron concluidas, preguntó:

—¿Ya Ozema cristiana?

—Sí, le respondió la Reina.

—Pronto, pronto, casar á Ozema, dijo la jóven princesa.

—Primero te haremos á tí cristiana, hija mia, repuso doña Isabel.

—No, no, primero casar á Ozema.

La Reina accedió á este obstinado capricho, y un page salió á comunicar sus órdenes á don Juan y doña Sol, que debian ser los padrinos de los desposados.

Sancho habia tenido tiempo de prepararse: de allí á poco se presentó radiante como un triunfador romano, con un traje mas nuevo que el que llevó á su embajada; y conducido por sus padrinos, fué á arrodillarse á los piés de la Reina.

—Levántate, Sancho Hidalgo, le dijo esta: desde hoy, por tu fidelidad y buenos procederes, gozarás de las prerogativas de tu apellido, y para que nadie pueda tachar tu hidalguía, serás hijo adoptivo del almirante don Cristóbal Colon.

—¡Bendita sea la boca de V. A. ! respondió Sancho. ¡Que vengan á decirme ahora que soy hijo de una barca!

—Basta, Sancho, le dijo al oído don Juan.

El escudero comprendió bien lo grave de la situación, y sin abrir la boca, se dejó conducir al pié del altar.

La ceremonia del matrimonio tuvo para Onaney un interés tan grande, que la obligó á incorporarse para poder presenciarla mejor: cuando le pareció terminada, preguntó:

—¿Sancho ya esposo de Ozema?

—Sí, le respondió doña Juana.

—¿Y así casar siempre cristianos? insistió la enferma.

—Sí, no puede ser de otro modo.

—¡Ah! suspiró tristemente la princesa, Juan no esposo de Onaney.

Dichas estas palabras, reclinó la cabeza, y quedó privada de conocimiento.

La Reina se alarmó, temiendo que la jóven indiana falleciese sin recibir las aguas de la gracia, y á un mismo tiempo mandó á los médicos que la asistían prodigarle todos los auxilios posibles para volverla en su acuerdo, y preguntó al Cardenal si podría ser bautizada en aquel estado.

El Cardenal respondió, que mientras le quedase un átomo de vida, siendo conocido, como lo era, su deseo de ser cristiana, bien podían dispensársele los auxilios de la gracia.

Inmediatamente, y mientras los médicos procuraban restituir á Onaney el uso de los sentidos, el capellan comenzó las oraciones que preceden al acto esencial del bautismo.

En este tiempo, la jóven volvió en sí: miró en torno suyo, y pronto conoció que ella era el objeto de la sagrada ceremonia que se celebraba.

Entonces se sonrió dulcemente, y cruzó las manos sobre el pecho donde reposaba la cruz de don Juan.

Este y Sol procuraron sustraerse á sus miradas en aquel momento, no solo para alejar de su espíritu toda idea profana, sino tambien para ocultarle las lágrimas que se desprendían de sus ojos.

La Reina, no menos conmovida, pero ostentando una serenidad

austera, estaba al lado de Onaney sosteniéndola; pues habia querido reservarse á sí sola el cargo de apadrinarla.

Cuando el capellan preguntó el nombre que habia de ponerse á la jóven, doña Isabel contestó:

—Sol de Castilla.

En este momento se oyeron unos comprimidos sollozos. Doña Sol no pudo contenerse, y salió del aposento para no turbar con su llanto la gravedad de la ceremonia.

Poco despues, estando ya todo terminado, la Reina mandó despejar la estancia, y se quedó sola con el capellan, Colon, doña Juana y el médico de cabecera.

—¿Onaney ya cristiana? preguntó la enferma con voz trémula y apagada.

—Sí, ciertamente, hija mia, le respondió la Reina.

—Y ahora, ¿por qué no esposa de Juan?

—¡Infeliz! exclamó apenada doña Isabel. Juan es prometido esposo de Sol.

—Sí, sí, repuso la jóven. Sol primera esposa; Onaney segunda.

—Eso es imposible, hija mia.

—Tercera, décima esposa de Juan.

—No puede ser, desdichada criatura. Entre cristianos solo hay una mujer para un marido.

—¡Juan! ¡Juan! exclamó la infeliz. Verle una vez.—Juan, Sol!...

La Reina salió del aposento con el corazon acongojado, é hizo una seña á don Juan mandándole entrar.

Onaney pudo verle un solo momento: en seguida sus ojos perdieron la transparencia y sus labios la flexibilidad para hablar.

Pero conservaron la espresion de una inefable sonrisa, que la muerte no pudo borrar enteramente.

Doña Sol entró en estos momentos, se inclinó sobre el lecho y contempló el rostro pálido de la bella indiana.

—En seguida cayó de rodillas murmurando:

—¡Dios misericordioso, recibe en tu seno el alma de este ángel inocente!

## CAPITULO XIII.

### Un recuerdo á Beatriz.



EVILLA y Cádiz absorbían, dos meses después, la atención de todos los hombres animosos y amigos de aventuras.

En Sevilla estaba el consejo nombrado para tratar de las cosas relativas á las Indias, y en Cádiz se concentraban los bastimentos y la gente de mar y guerra, que debían ir á continuar la comenzada obra de Colon.

Era superintendente ó cabeza de este consejo, que mas adelante se llamó *Supremo tribunal de Indias*, el arcediano de Sevilla don Juan Rodriguez de Fonseca, hombre activo, experto en las cosas de guerra, y entendido en política; pero harto envidioso y vengativo.

Por su mano y bajo su direccion debían correr todos los aprestos para el nuevo viaje, que esta vez no se presentaban mezquinos como la primera, ni exigían la imposicion de medidas violentas para completar los contingentes necesarios. Los jóvenes de las casas

mas nobles acudian voluntarios á sentar plaza sin emolumentos ni paga; los marineros mas hábiles, los oficiales mas diestros en todos los artes y oficios se presentaban á tomar parte en la expedicion, y todo el trabajo consistia en escoger los mejores y en manejar los ánimos para no hacer descontentos.

La dotacion de gentes de armas y de marina y artes señalada por los Reyes, de acuerdo con el Almirante, solo ascendia á mil hombres, y fué menester disimular el número de quinientos mas, que ingresaron voluntarios á favor de varias influencias.

No hubo necesidad de confiscar ningun buque: al contrario, se desecharon algunos, reduciendo los escogidos al número de diez y siete, muchos de ellos de gran porte, y ninguno menor que la *Santa María*.

Colon se ocupaba en dirigir todos los pormenores de la nueva expedicion, que siendo ahora en grande escala, daban mucho que hacer, no solo á él, sino tambien á sus hermanos don Bartolomé y don Diego, recién llegados del extrangero. Tenia las mas amplias facultades de los Reyes para pedir cuanto necesitase; pero no obstante, encontraba muchas veces oposicion á sus deseos en el superintendente Fonseca, el cual miraba con celos su autoridad omnímoda.

El Almirante habia obtenido, sin embargo, aunque á costa de algunos altercados, abundancia de víveres y municiones; buen número de caballos y yeguas para el servicio militar y para su procreacion en las tierras descubiertas; ganado lanar, vacuno y de cerda, toda especie de animales domésticos para aquel mismo fin; como tambien granos, semillas y renuevos de varias plantas, que convenia aclimatar en Española y en las otras islas; multitud de herramientas y utensilios para los oficios y las artes, y por último un acopio inmenso de diges, cuentas, cascabeles y espejos para los rescates del oro y otros productos.

Crejó Colon que debia rodear su persona de un séquito brillante, como correspondia á su dignidad elevada, y pidió á Fonseca los *contínuos* y guardias propios que solian tener otros capitanes generales. Pero el Arcediano se opuso á esto con la mayor obstinacion, y fué menester que el Almirante reclamara sobre este y otros puntos secundarios el apoyo de la corte.

A mediados de agosto, aun no estaban allanadas las dificultades, ni se había tenido respuesta de la corte á las quejas de Colon. Una mañana entró un hombre á caballo en el patio de la casa que este habitaba en Sevilla, y pocos momentos despues compareció este hombre en su presencia.

—¡Hola, Sancho Hidalgo, hijo mio! exclamó Colon al verle. ¿De dónde vienes? ¿Qué me traes?

—Vengo de Barcelona y de Córdoba, señor, respondió el antiguo escudero, y os traigo cartas de la Reina y de otras personas que os quieren bien.

—Dame, dame acá esas cartas, repuso el Almirante, y hazme el favor de llamar con aquel timbre. ¿Traerás ganas de almorzar?

—Yo siempre tengo buenas ganas, á Dios gracias, respondió Sancho, poniendo en manos de Colon un paquete de cartas cuidadosamente atadas.

Y en seguida fué al ángulo de la estancia donde estaba el timbre, y dió en él dos fuertes golpes.

Un page se presentó á poco en el umbral de la puerta.

—Corre, Sebastian, dijo Colon al page, y preven que me traigan un doble almuerzo: para mí y para un amigo.

El page hizo una cortesía y desapareció.

Sancho tomó asiento cómodamente en una poltrona, mientras Colon se entretenía en leer primero la carta de la Reina, y luego una de don Juan.

—¡Gracias á Dios! exclamó de pronto el Almirante. No le gustará esto mucho al señor Arcediano, aunque S. A. ha querido conciliar los extremos, concediéndome algo menos de lo que yo pedia.

—Siempre es algo, señor, dijo Sancho; y mas vale algo que nada: una uva tras de otra, se come el racimo entero, como dice mi amo.

Colon siguió leyendo la carta de don Juan.

—Por fin, exclamó luego, mi buen amigo ha visto lucir el sol de su ventura. ¡Cuánto me alegro! Y piensa venir á Andalucía!... Tanto mejor: así le veré antes de partir.

—Creo, señor, que está ya en camino con toda la caterva.

—¿Cómo es eso? ¿Quién mas viene?

—Primeramente, su señora esposa, que ya se ha quitado el luto.

—¡Ah! Sí, el que quiso llevar por la pobre Onaney?

—Cabalmente: lo ha llevado tres meses, y hasta cumplidos, no ha querido casarse con don Juan. En esos tres meses, ha hecho decir cada día seis misas por el alma de la princesa indiana. Pero cuando llegó el de la fiesta, fué aquello cosa de ver. La Reina y el Príncipe fueron los padrinos de la boda, y como es consiguiente, hubo en palacio chica con grande.

—¿Y quién mas viene con los novios?

—Vienen don Diego y don Fernandito Colon, hijos del señor Almirante de las Indias; y viene la princesa Chulipamplona: quiero decir, mi mujer.

—¿Y cómo es que vienen mis hijos?

—Yo lo diré: probablemente bajará la corte pronto á Córdoba, Sevilla ó Granada; y como don Juan y doña Sol han obtenido licencia para pasar una temporada en santa paz y libertad por estas tierras de Dios, han hecho que se estienda el asueto á vuestros dos cachorritos, para que puedan gozar de vuestra compañía hasta que partais.

—Ciertamente, nada podian hacer mis buenos amigos que mas me agradase.

Mientras así hablaban, se les habia servido el almuerzo, y ambos comian y bebian como dos buenos compañeros.

—Sancho, dijo Colon pasado un rato: si permaneces conmigo, podrás ver la armada que se prepara en Cádiz. ¿Qué diferencia de este segundo viaje al primero! Entonces tantos apuros para obtener buques y marineros: ahora ha sido menester exigir condiciones difíciles de reunir para acortar el número de los pretendientes. Sin embargo, todavía puedo reservar una plaza para Sancho Hidalgo, como he guardado otra de contra maestre para su amigo Andrés Leal.

—Sancho os agradece la deferencia, señor Almirante, respondió el escudero. No digo que no iria de buena gana á probar otra vez fortuna, si hubiese para mí el gobierno de la isla de Babeque ó cosa parecida: pero no siendo así, bien se está San Pedro en Roma.

—¿No desea tu mujer volver allá?

—De cuando en cuando se acuerda de los jardines del rey Matinao; pues por mas que se haga, señor, siempre la cabra tira al monte: pero yo procuro distraerla; porque, á la verdad, no me gustaria ir á vivir con los parientes de mi mujer.

—Pícaro, dijo Colon en tono amistoso, ¿renuncias á tu parentela?

—Mi parentela, señor, está en esta mesa, por la gracia de la reina doña Isabel, y en camino de Córdoba, por albures de la fortuna. Vuestra Excelencia, don Juan de la Torre y doña Sol son mis únicos parientes; y á estos no renunciaré mientras viva.

—Bien dicho, Sancho: esto merece un trago. ¡A tu salud!

—¡A la de mis parientes! respondió Sancho tocando con su vaso el vaso del Almirante.

Un criado anunció la llegada de un jóven, que deseaba ver á Colon, y que, segun habia dicho, se llamaba Diego Mendez.

—Que pase, que pase: no le detengais, dijo Colon.

Momentos despues entró el jóven, muy bien vestido en traje de corte.

—¡Bien venido, compañero! exclamó el Almirante levantándose y dándole la mano. Sentaos y almorzaris con nosotros. ¿Qué tal vuestra familia?

—Gozosa de mi calaverada, y muy contenta de que vuelva á repetir la. Por consiguiente, aquí me teneis dispuesto á seguiros á todas partes.

—Y muy particularmente al puerto de la Navidad, dijo Sancho. ¿No es así, camarada?

—Perdonad, amigo Sancho, respondió Diego: no os habia conocido. Estais muy mudado.

—No lo extraño; porque la última vez que nos vimos, en Lisboa, era yo pardo y soltero; y ahora soy rubio y solo me faltan cinco meses para ser padre.—Pero vos tampoco parecis el Diego Mendez que yo dejé. ¿Os habeis casado tambien?

—Diego se casa con mi *Marigalante*, dijo Colon: así se llama la capitana de mi escuadra, que es un soberbio navío.

—Señor don Cristóbal, repuso Diego. Esta vez sí que vamos á visitar las Indias, el Catay, y todo cuanto Dios crió.

—Será lo que Dios quiera, hijo mio. No siempre son los grandes medios los que dan grandes resultados. Mucho espero hacer todavía en los años que me quedan de vida; pero nada será para mí comparable á los efectos de mi primera expedicion. Todo lo demás no será sino consecuencias de aquella.

Pasados algunos dias, supo Colon que don Juan habia llegado á Córdoba, donde pensaba detenerse algun tiempo á fin de arreglar asuntos de familia, y para dar descanso á doña Sol, que estaba indispuesta de las fatigas de su viaje. Inmediatamente envió á Sancho para avisarle, que hallándose ya desahogado de sus principales tareas, pensaba ir á visitarle en su casa, y á cumplir al mismo tiempo cierto voto.

Con efecto, á principios de Setiembre llegó Colon á Córdoba, sin mas acompañamiento que el de Diego Mendez y un escudero. ¡Cuántos recuerdos gratos y dolorosos tenia para él aquella ciudad! Allí obtuvo la primera audiencia de los Reyes Católicos, allí pasó disgustos sin cuento y privaciones ignoradas; allí devoró en silencio los ultrajes de la vanidad insolente y de la ignorancia atrevida; y allí tambien recibió alientos de los hombres instruidos, y rejuveneció su corazon el dulce influjo de una mujer entusiasta y generosa.

Volver á Córdoba despues de su completo triunfo, era para Colon renovar en un momento años enteros de su vida pasada.

Antes de entrar en la ciudad, vió á lo lejos la quinta del Adelantado, aquel nido de sus tardíos amores, y foco de su noble ambicion. No pudo resistir al deseo de apartarse del camino, para ir á contemplar de cerca aquella casa, donde vivió y murió la desventurada Beatriz.

El Adelantado no estaba allí: desempeñaba un cargo militar en Castilla, y su casa entregada á un colono, solitaria y silenciosa, hubiera podido compararse á un templo abandonado.

Colon estuvo un rato contemplando el jardin cercado y las ventanas que daban á él, la casita rústica, ó por mejor decir, sus ruinas junto á la orilla del Guadalquivir; y sus ojos se llenaron de lágrimas al ver el parage donde Beatriz, mirando al sol poniente, pareció presagiar toda la historia de los dos. Aquel sitio estaba ahora cubierto de zarzas y matorrales.

—Quizá extrañareis la emoción que siento en presencia de estos lugares, dijo el Almirante á Diego Mendez. Habeis de saber, amigo, que aquí vivia una mujer, á quien debe España la adquisicion de un nuevo mundo. A no ser por ella, mi constancia quizá no habria resistido siete años de prueba.

Pronunciadas estas palabras, volvió grupa y se encaminó de nuevo hácia Córdoba.

Ya cerca de los muros de la ciudad, vió venir por el camino un jóven y un niño, los cuales, al divisarle, corrieron hácia él para llegar mas pronto á su encuentro. Eran sus dos hijos Diego y Fernando, que habian salido á esperarle, aunque no sabian á punto fijo cuando llegaria.

Colon echó pié á tierra, y él y sus dos hijos se abrazaron estrechamente. Diego Mendez se apeó tambien, y el escudero recibió órden de marchar delante con los caballos.

Dado al cariño paternal su justo desahogo, Colon preguntó á su hijo Diego, si sabia dónde estaba sepultada doña Beatriz Henriquez.

—Le debo mi primera visita, dijo, y no descansaré antes de hacérsela.

El jóven Diego condujo á su padre á la antigua *rauda* de los moros, purificada y convertida en cementerio cristiano: allí entre sauces y cipreces, entre rosales silvestres y tristes murtas, yacia una modesta losa, que por toda inscripcion tenia este solo nombre:

#### BEATRIZ.

Colon se arrodilló sobre aquella losa, y su hijo Fernando le imitó. Diego Mendez y Diego Colon se descubrieron las cabezas, permaneciendo en pié detrás del Almirante.

Acababa de anochecer: la luna casi llena bañaba con su luz nacarada los árboles sombríos y el blanco mármol de los sepulcros. La hora convidaba al recogimiento y á la oracion; y el grande hombre que habia vencido al Océano y arrancado á la naturaleza uno de sus mas oscuros secretos, lloró allí de ternura y gratitud á la memoria de una mujer digna, sin duda, de imperecedero recuerdo. Aquel tributo de lágrimas no bastaba, sin embargo, á levantar un

CRISTOBAL COLÓN.



Colon en la tumba de Beatriz.



monumento contra la injusticia de los hombres, que tal vez creyeron favorecer á la noble Beatriz condenándola al olvido.

Después de orar mentalmente un largo rato, Colon levantó las manos y los ojos al cielo, y exclamó con voz tenue:

—Señor Dios todopoderoso! Tú, que ordenas el movimiento de los orbes inmensos, lo mismo que el de la flébil hoja que tiembla en el árbol: tú que eres tres veces santo y justo por excelencia; tú, Señor, no habrás condenado á la generosa criatura, que pusiste en mi camino para tus altos fines. Yo no puedo creer, Señor, que aquella alma pura se rindiese á los halagos de la carne: no puedo creer que amase en mí al hombre, siendo extrangero, desvalido y viejo; y antes debo pensar que un espíritu superior, de tí emanado, la impulsó á sostenerme en mi azarosa carrera. Si esto no es así, Señor; si mi orgullo me ciega, perdónala á ella, y descarga sobre mí solo el rigor de tu justicia.

Dichas estas palabras, se levantó: su rostro estaba conmovido; sus miradas fijas en la fúnebre losa tenían la espresion de la piedad y el dolor mas sinceros.

El niño Fernando, antes de levantarse, besó la fria piedra que cobijaba los restos de su madre.

Poco después salieron del cementerio, y se encaminaron á casa de don Juan.

Este y doña Sol se esmeraron en obsequiar á Colon, á quien aquella noche dieron una magnífica cena. De sobremesa, movieron conversacion sobre el próximo viaje del Almirante, y este dijo:

—Quiera Dios que sea tan afortunado como el anterior. Cuando partimos juntos de Palos, amigo mio, dejábamos atrás la indiferencia de unos y las lágrimas de otros; pero llevábamos tambien las bendiciones y las plegarias de algunos ángeles terrenales. Ahora me acompañan el entusiasmo y las esperanzas risueñas; pero quedan á mi espalda la malevolencia y la envidia. Yo sabré luchar contra los furores del mar y acaso vencerlos; pero temo á esos demonios de la tierra.

—Si dejais enemigos aquí, dijo Sol, tambien dejais amigos que os sabrán defender.

—Mucha falta han de hacerme esos amigos; pues tengo podero-

esos contrarios, que no perdonarán á un extranjero la fortuna de haber dilatado inmensamente los dominios de España.

Colon permaneció tres dias con sus amigos, y habria estado mas tiempo, á no ser por un aviso que recibió de haber salido una carabela portuguesa de la isla de Madera, con rumbo al Occidente. Esta novedad le obligó á partir inmediatamente á Cádiz al mismo tiempo que daba cuenta á la corte, para disponer que se diesen al mar algunos bajeles en persecucion de aquella nave.

De allí á pocos dias, el 25 de setiembre, zarpaba del puerto de Cádiz la poderosa armada, que iba ya con seguridad á tomar posesion estable de los países descubiertos, y á descubrir nuevas y desconocidas regiones.



## EPILOGO.

En veinte dias cruzó la armada el Océano desde la isla de la Gomera hasta la *Dominica*, y en los sucesivos fué reconociendo la multitud de ellas, que á modo de una barrera semicircular se estienden desde la costa septentrional de la América del Sur hasta la oriental de Puerto-Rico.

Muy diversos espectáculos de los presenciados en el anterior descubrimiento se ofrecieron á la contemplacion de nuestros aventureros, en aquellas islas bellas y floridas. La mayor parte de sus habitantes eran caribes, que se alimentaban da carne humana, engordaban sus cautivos para comérselos y hasta devoraban á sus propios hijos. Si mayores ventajas no hubiesen llevado al Nuevo-Mundo sus descubridores que la de desterrar para siempre tan abominables costumbres, bastaria esto solo para hacer enmudecer á los fanáticos detractores de las glorias españolas.

El nombre que los naturales de Puerto-Rico daban á esta isla induce á creer, que ella era la supuesta *Babeque* ó *Bohio*; pues la llamaban *Burenquen* ó *Boricon*, nombres fáciles de equivocar en la pronunciacion indiana con aquellos otros.

Por fin, el 22 de noviembre se avistaron las costas de la Española, cuyo aspecto hizo latir de gozo el corazón del Almirante y de cuantos con él iban, de los que le habían acompañado en su primer viaje. Todos deseaban volver á pisar aquellas playas hospitalarias, y abrazar á los compañeros que en ellas habían quedado.

Tres días después, fué menester satisfacer el anhelo de los mas impacientes, dejándoles saltar en tierra, en el puerto de *Monte-Cristi*. La alegría rebosaba en los semblantes de aquellos hombres ante la contemplacion de los paisajes deliciosos y magníficos sitios, que á su vista se ofrecían. Pero un horrible espectáculo heló en sus labios la sonrisa de satisfaccion: en la orilla de un rio, sobre una verde alfombra de yerba, descubrieron dos cadáveres desnudos, con una cuerda atada al cuello el uno, y el otro en una pierna. La descomposicion de aquellos cuerpos no permitía reconocer sus facciones ni el color de su piel.

Los exploradores volvieron á las naves, y dieron cuenta al Almirante de lo que habían visto.—No muy lejos de allí se hizo otro reconocimiento en la playa desierta, y nuevos cadáveres aparecieron tendidos sobre la yerba. Esta vez fué fácil reconocer por las barbas, que los indios no tenían, que aquellos cuerpos eran de españoles bárbaramente asesinados.

Hondo pesar dieron á Colon estas noticias, y no poca inquietud causaron al enamorado Mendez. El ardor bélico de los guerreros españoles se inflamó con el deseo de vengar á sus compatriotas, y el germen de la discordia, sembrado por algunos indios bárbaros y temerarios, empezó á fructificar en los pechos, para dar mas tarde larga cosecha de sangre y lágrimas.

Era de notar que en toda la costa no se descubría alma viviente, lo que infundía los mas negros presentimientos. El 27 al anochecer, estando ya la armada en las aguas de la Navidad, mandó el Almirante disparar algunas lombardas para llamar la atencion de la gente de tierra; pero, ni la salva fué contestada por el fuerte, ni se percibió el menor indicio de estar habitada la costa. Fácil es de concebir el ansia con que se esperaría la venida de la siguiente aurora.

Diego Mendez se levantó en cuanto despuntaron en Oriente las primeras luces del alba, y pidió permiso á Colon para bajar á tierra

con algunos hombres, á fin de reconocer el país. A poco trecho de la playa encontró á un indio, que venia de parte de Guacanagari á dar cuenta al Almirante del mas desastroso suceso.

Este indio manifestó que los españoles quedados en el fuerte de la Navidad se habian dividido en dos bandos, uno acaudillado por Diego de Arana y otro por Rodrigo de Escovedo: que la causa principal habia sido el empeño de este y sus secuaces de reconocer la tierra de Cibao, á donde habían ido efectivamente y donde perecieron los mas á manos de Caonabó y su fiera gente. Contó además que los otros españoles, entregados á la molicie y á la sensualidad, habian sido sorprendidos por el mismo Caonabó y otro cacique, parte en el fuerte y parte en las casas del pueblo, siendo todos ellos muertos, destruido el primero, é incendiado el segundo.—Añadió el indio, que Guacanagari estaba herido por haber tomado parte en la lucha, defendiendo á sus huéspedes los españoles.

—Dios mio, ¡qué desastre! exclamó Diego Mendez. Y la pobre Elvira, ¿habrá tambien perecido?

El indio comprendió de quien se hablaba, y respondió negativamente; pero en términos dudosos.

Colon no podia resolverse á creer que hubiese sido total el estermio de los españoles, y dispuso enviar un médico á Guacanagari, acompañado de algunos hombres conocedores de la lengua haitiana, para adquirir mas detallados informes. Diego Mendez quiso á todo trance ser uno de los enviados.

Segun se vió muy pronto, las noticias del indio eran, por desgracia, demasiado ciertas: no era verdad, sin embargo, que Guacanagari estuviese herido. Este jefe, que hasta el fin de sus dias fué siempre adicto y fiel á los españoles, habia mentido por temor de incurrir en su descontento; pues, aunque ninguna culpa tenia, se recelaba de lo que pudiera hacer el espíritu de venganza.

Mendez le preguntó por la jóven Elvira, y el cacique le dijo:

—Ella y su padre, con otros varios se internaron en la isla, huyendo por los bosques. Per-Afan habia muerto por su mano muchos caribes, defendiendo el fuerte y su persona; pero viéndose reducido al último estremo, tuvo que apelar á la fuga para buscar un asilo en las montañas. Yo le aconsejé que marchase hácia Po-

niente, y le di un guia que le condujese á la provincia sagrada de Jaragua; pues una vez allí nadie osaria tocar un cabello de su cabeza. Pero al llegar cerca de los confines de aquella tierra le sorprendió un destacamento de Caonabó, y le dió muerte y á todos sus compañeros.

—¿Y á Elvira tambien?

—No: Elvira logró escapar con vida, y segun creo, está en poder de Anacaona, que se ha separado de su marido, y vive y reina en Jaragua.

Estas noticias, si no bastaron á consolar enteramente al jóven, le alentaron con una dulce esperanza.

Los demás aventureros, que habian partido de Cádiz con la cabeza llena de fantásticas ilusiones, vieron frustrados sus magníficos planes de enriquecimiento inmediato y de pacífica posesion. Para preservarlos contra los rigores del clima y contra ulteriores ataques de los indios feroces, dispuso Colon fundar una ciudad en el parage de la costa que le pareció mas seguro y conveniente; y aquellos nobles, solo habituados á las fatigas ostentosas de la guerra, tuvieron que ocuparse en las humildes y duras, pero mas provechosas faenas de las artes y oficios para levantar sus propias viviendas. Esta ciudad recibió el nombre de *Isabela*.

Pasado algun tiempo, hiciéronse exploraciones tierra adentro hácia la region de Cibao, y hácia la provincia ó reino de Jaragua.

En el primer territorio fué preciso abrirse paso con las armas contra las belicosas huestes de Caonabó, que andando el tiempo debia caer prisionero de los españoles, merced á un ardid ingenioso de Alonso de Ojeda.—En el segundo fueron los aventureros recibidos al son de instrumentos y armoniosos *areytos* ó romances populares, compuestos por la reina Anacaona, y cantados por las mas graciosas doncellas del país.

Diego Mendez hizo una visita á esta notable mujer, y tuvo la dicha de encontrar á Elvira en su compañía.

El contento de los dos jóvenes amantes fué estremado, aunque no dejó de acibararlo el recuerdo del fin desastroso de Per-Afan. El Almirante se alegró mucho cuando supo que la jóven vivia, y envió para su rescate muy lucidos presentes á la reina Anacaona. Esta en-

tregó á Elvira, y para mostrar su generosidad delicada, envió en cambio con ella los mejores regalos de que podia disponer en sus dominios.

Cuando mas tarde volvió á España la segunda expedicion, Elvira fué presentada á los padres de Diego, los cuales, despues de acogerla cariñosamente, consintieron que su hijo se uniese con ella, puesto que de esta union dependia su felicidad.

Diego, á pesar del amor que á su esposa tenia, nó dejó de acompañar á Colon en sus dos posteriores viajes, y en ellos dejó eterna memoria de su lealtad y gran valor, acometiendo grandes y señaladas hazañas.

FIN.

El presente artículo tiene por objeto exponer el estado actual de la agricultura en España, y para ello se han examinado los principales productos de este país, y se han comparado con los de otros países de Europa. En primer lugar se trata de la agricultura de cereales, y se describe el cultivo de trigo, cebada y maíz. Se menciona también el cultivo de la vid y de la oliva, y se habla de la ganadería que se practica en España. El artículo termina con algunas reflexiones sobre el estado de la agricultura en España, y sobre las medidas que se deberían tomar para mejorarla.

En segundo lugar se trata de la agricultura de frutas y hortalizas, y se describe el cultivo de manzana, pera, naranja y tomate. Se menciona también el cultivo de la caña de azúcar y de la algodón. El artículo termina con algunas reflexiones sobre el estado de la agricultura en España, y sobre las medidas que se deberían tomar para mejorarla.

En tercer lugar se trata de la agricultura de ganadería, y se describe el cultivo de vacas, ovejas y cerdos. Se menciona también el cultivo de caballos y de aves. El artículo termina con algunas reflexiones sobre el estado de la agricultura en España, y sobre las medidas que se deberían tomar para mejorarla.

En cuarto lugar se trata de la agricultura de industrias, y se describe el cultivo de lana, seda y algodón. Se menciona también el cultivo de hierro y de carbón. El artículo termina con algunas reflexiones sobre el estado de la agricultura en España, y sobre las medidas que se deberían tomar para mejorarla.

## ACLARACIONES DEL AUTOR.

Al escribir la historia novelizada del descubrimiento de América, no he tenido la pretension de hacer gala de ingenio, sacrificando la verdad de los hechos á la originalidad del argumento. El asunto era muy conocido de los estudiosos, y hasta vulgar en su conjunto: á mí solo me tocaba hacerlo agradable en sus pormenores, y esto es cuanto anhelo haber conseguido. Propúseme reunir en un volúmen las noticias mas exactas y curiosas, que acerca de Colon, de su carácter y de su vasta empresa existen esparcidas en muchos, y darles el movimiento de accion, que es necesario para hacer amable la aridez de la Historia.

Complázcome en creer, que por mi parte no he omitido diligencia para ser verídico en la relacion de los acontecimientos, por mas que la oscuridad misma de la Historia me haya obligado á introducir personajes y escenas de invencion, á fin de poner de relieve y amenizar ciertas situaciones, que de otro modo parecerían pálidas y pesadas. Mas téngase por cierto, que ninguna de aquellas en que figura Colon deja de estar ajustada á la verdad, al menos en su esencia.

Los episodios en que, apareciendo el principal personaje, ha tomado alguna parte la fantasía son aquellos que se refieren á los amores de doña Beatriz Henriquez; y sin embargo, estos amores son ciertos: de ellos nació Fernando Colon, que fué el primer historiador formal del Almirante; y aunque la Historia apenas los menciona, en ellos especialmente he creido ver justificadas la constancia de Colon en sus pretensiones cerca la corte de Castilla, y su tenacidad en obtener altos honores y dignidades, y sobre todo el titulo de *almirante*, que de ningun modo quiso ceder. Tampoco dice mas de doña Beatriz la Historia, sino que era una señora principal de Córdoba y que falleció durante el primer viaje de Colon.

Son personajes de invencion, aunque sometidos á la verdad de los hechos en lo que hace referencia al descubrimiento del Nuevo-Mundo, el jóven don Juan de la Torre y su escudero Sancho, Andrés

Leal y Per-Afan.—La hija de este, doña Sol de Guzman y Onaney, han sido introducidas como recursos de amenidad, y como elementos necesarios para dar á la obra un colorido de época, y personificar las costumbres.—Diego Mendez fué uno de los mas fieles compañeros de Colon en sus viajes segundo y sucesivos: no he innovado mas que introducirle en el primero, para darle á conocer, y motivar la fidelidad que observó siempre hácia el Almirante.

No tengo la pretension de haber creado todos estos personajes episódicos: algunos de ellos y la situaciones en que los coloco son imitacion de Cooper. Trabajando en un campo harto trillado, he temido ser extravagante, si me empeñaba en ser nuevo, y he preferido seguir algunas veces los pasos de un maestro, á dejarme arastrar por la imaginacion. Sin embargo, así como tengo la franqueza (que no todos tienen) de dar lo suyo á quien le corresponde, cúmpleme manifestar, que en esas mismas imitaciones hay diferencias esenciales, que pueden apreciar los que imparcialmente me lean.—Las hay entre los hechos y caractéres de mi don Juan y el don Luis de Cooper; las hay en las circunstancias que preparan la venida á España de la princesa haitiana; y la hay muy marcada entre las figuras de Sancho Mundo y Sancho de la Barea: el carácter de este es mas picaresco, mas agudo y hasta en su codicia mas español que el de su homónimo. No menciono otras muchas, que saltan fácilmente á la vista.

Doy estas esplicaciones en descargo de mi conciencia literaria; y al declarar los personajes de invencion introducidos en esta obra, lo hago para que los lectores poco versados en la Historia no incurran, como suele acontecer, en el error de confundir lo verdadero con lo imaginario. Su natural discernimento bastará, con lo dicho, para que den á cada cosa el valor que merece.

Conozco que aclaraciones de esta índole pueden desvirtuar en parte el interés de la parte novelesca; pero he dicho al principio, que aspiro sobre todo á parecer verídico, y creo que en obras de esta especie, que muchos lectores toman para conocer la verdad, por no haber tenido ocasion de verla en otra parte, ó por quererla recreativa, se hace un servicio á los mismos, indicándoles aquellos pasajes á que no deben dar entera fé.

# ÍNDICE DE LOS CAPÍTULOS.

|                                | <i>Páginas.</i> |
|--------------------------------|-----------------|
| PRÓLOGO —El cielo y el abismo. | 7               |

## LIBRO PRIMERO.

### La oferta de un mundo.

|  |     |
|--|-----|
| CAPÍTULO I.—La limosna.                                | 29  |
| — II.—Entra Colon en relaciones con nuevos personajes. | 40  |
| — III.—El sueño de Colon.                              | 47  |
| — IV.—De como Colon adquirió fama de nigromante.       | 56  |
| — V.—Lo que estaba de Dios.                            | 68  |
| — VI.—Amor y genio.                                    | 79  |
| — VII.—Crescendo.                                      | 86  |
| — VIII.—La despedida.                                  | 99  |
| — IX.—Entrada en la corte.                             | 107 |
| — X.—Conferencia.                                      | 118 |
| — XI.—El torneo.                                       | 128 |
| — XII.—Escenas nocturnas.                              | 137 |
| — XIII.—Una audiencia.                                 | 148 |
| — XIV.—Lances imprevistos.                             | 157 |

## LIBRO SEGUNDO.

### Los alfileres de la Reina.

|   |     |
|---|-----|
| — I.—El laurel de los siete siglos.                 | 171 |
| — II.—Granada cristiana.                            | 183 |
| — III.—Como la Reina, cosiendo, se acordó de Colon. | 191 |
| — IV.—Al pié del cedro.                             | 199 |
| — V.—La conferencia.                                | 206 |
| — VI.—La Reina vacila.                              | 216 |
| — VII.—Consuelos de la amistad.                     | 225 |

|                                    |     |
|------------------------------------|-----|
| CAPÍTULO VIII —Resolucion. . . . . | 230 |
| — IX.—Colon llora. . . . .         | 238 |
| — X.—Colon almirante. . . . .      | 244 |

## LIBRO TERCERO.

## El viaje.

|  |     |
|--|-----|
| — I—De como Sancho dió en Palos un banquete, que acabó á palos. . . . .                              | 251 |
| — II.—En la iglesia y en la sacristía. . . . .   | 262 |
| — III.—Al partir. . . . .  | 271 |
| — IV.—Una noche á bordo. . . . .   | 279 |
| — V.—A la mar . . . . .  | 290 |
| — VI.—Dé como apareció en el buque almirante un viaje-que no estaba en lista. . . . .                | 294 |
| — VII.—Una avería. . . . .   | 302 |
| — VIII.—Dias perdidos. . . . .   | 308 |
| — IX.—De como no hay mal que por bien no venga. . . . .  | 315 |
| — X.—La calma. . . . .   | 321 |
| — XI.—La hija de las selvas. . . . .   | 330 |
| — XII.—La cruz en el mar. . . . .  | 340 |
| — XIII.—La desviacion de la aguja. . . . .   | 346 |
| — XIV.—El metéoro. . . . .   | 354 |
| — XV.—Un hombre al agua. . . . .   | 360 |
| — XVI.—Alarma. . . . .   | 367 |
| — XVII.—Ilusiones del deseo. . . . .   | 374 |
| — XVIII.—Oscilacion. . . . .   | 383 |
| — XIX.—Sancho novelista . . . . .  | 392 |
| — XX.—Per-Afan historiador. . . . .  | 398 |
| — XXI.—El mar habla. . . . .   | 407 |
| — XXII.—Del discurso que dirigió Colon á sus marineros, y de otras cosas, dignas de memoria. . . . . | 445 |
| — XXIII.—Visiones . . . . .  | 422 |
| — XXIV.—Mas allá. . . . .  | 431 |
| — XXV.—Impaciencia. . . . .  | 436 |
| — XXVI.—Sublevacion. . . . .   | 445 |
| — XXVII.—La víspera del gran dia. . . . .  | 451 |
| — XXVIII.—¡Tierra!. . . . .  | 460 |

## LIBRO CUARTO.

## El Nuevo Mundo.

|   |     |
|---|-----|
| — I.—Babeque y Bohio. . . . .                             | 469 |
| — II.—Como Sancho creyó que le habian envenenado. . . . . | 478 |
| — III.—Desercion de la Pinta. . . . .                     | 485 |

|  |     |
|--|-----|
| CAPÍTULO IV.—Hispaniola. . . . .   | 490 |
| — V.—Quien era Maniti; obsequios que este personaje hizo á Colon y á sus compañeros. . . . . | 497 |
| — VI.—Embajadas . . . . .  | 504 |
| — VII.—Flor del cielo y Flor de oro. . . . .   | 512 |
| — VIII.—Aventuras de don Juan. . . . .   | 524 |
| — IX.—Dos rivales amigas. . . . .  | 537 |
| — X.—Naufragio. . . . .  | 547 |
| — XI.—Separacion. . . . .  | 556 |
| — XII.—Guacanagarí. . . . .  | 563 |
| — XIII.—Una historia de fieras . . . . .   | 571 |
| — XIV.—Despedida. . . . .  | 582 |
| — XV.—Los indios de Higüey. . . . .  | 594 |

## LIBRO QUINTO.

## El triunfo de Colon

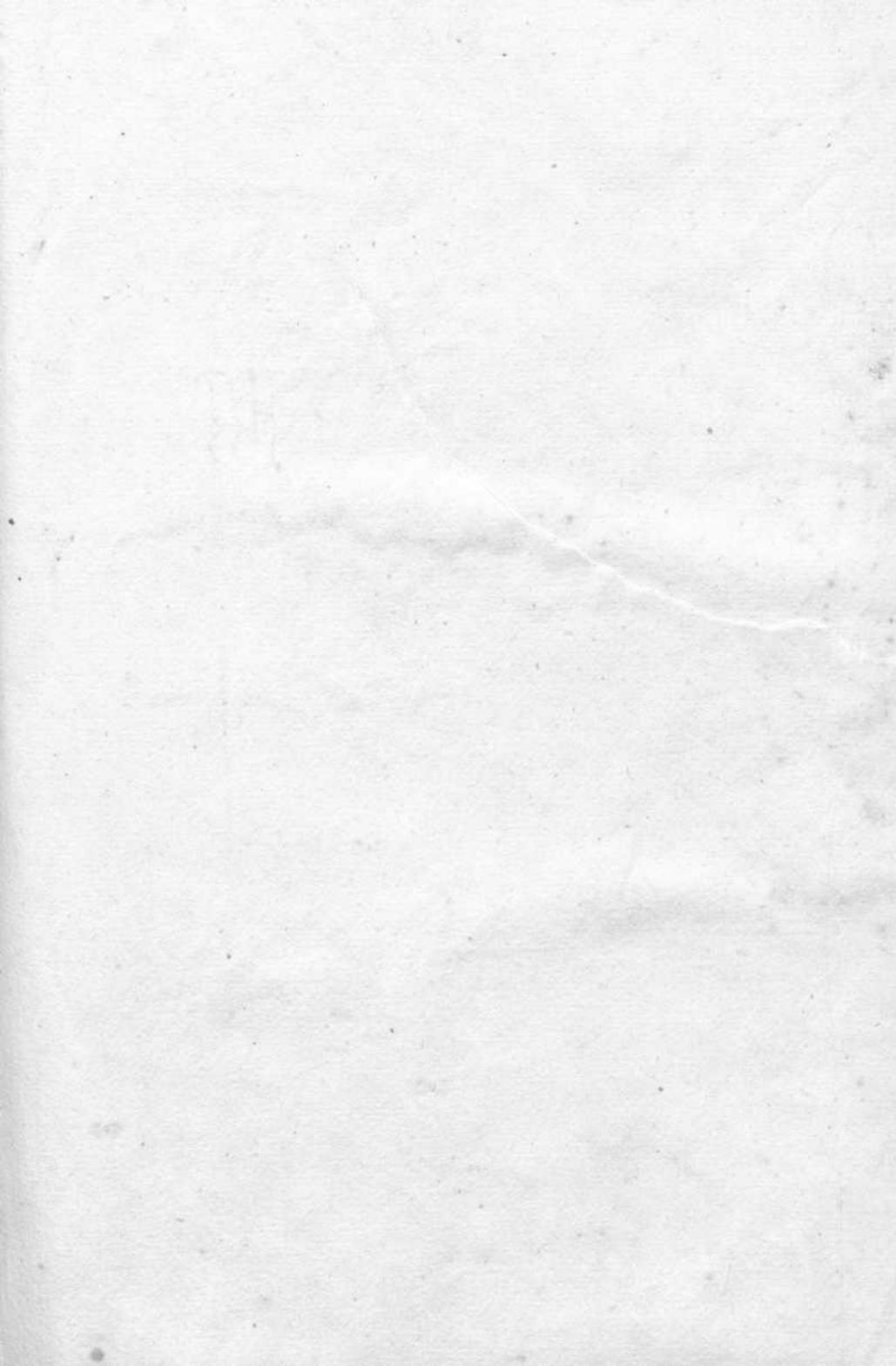
|   |     |
|---|-----|
| — I.—De Haití á Santa María. . . . .  | 601 |
| — II.—Del recibimiento que hicieron á Colon los portugueses de Santa María. . . . . | 612 |
| — III.—El mayor peligro. . . . .  | 617 |
| — IV.—Política portuguesa. . . . .  | 627 |
| — V.—De como no hay dicha completa en este mundo. . . . .                           | 636 |
| — VI.—Sancho en la corte. . . . .   | 642 |
| — VII.—Curiosidad y algo mas. . . . .   | 652 |
| — VIII.—Un dia de gloria. . . . .   | 661 |
| — IX.—La promesa de la reina. . . . .   | 667 |
| — X.—Lo que puede hacer cualquiera. . . . .   | 675 |
| — XI.—Abnegacion . . . . .  | 685 |
| — XII.—Sol de Castilla y Sol de Guzman. . . . .                                     | 694 |
| — XIII.—Un recuerdo á Beatriz. . . . .  | 700 |
| — Epiflogo. . . . .   | 709 |

FIN DEL ÍNDICE.

# PLANTILLA

## PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

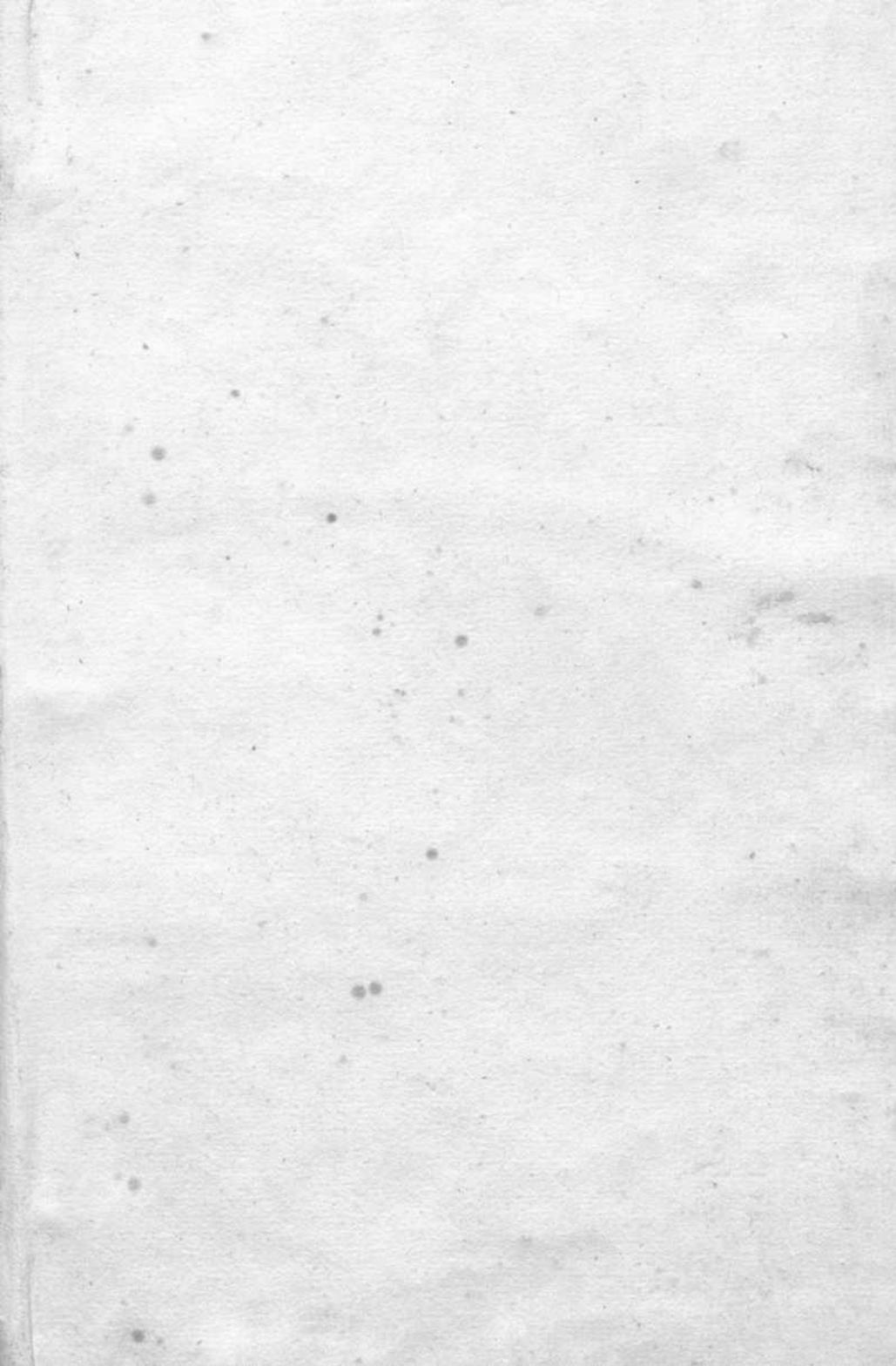
|  | <u>PAGINAS.</u> |
|--|-----------------|
| Portada. . . . .                                     | Portada.        |
| Pareciale ver en el aire un génio celestial. . . . . | 14              |
| La limosna.. . . .                                   | 33              |
| Deteneos, señor, no hirais á una mujer. . . . .      | 146             |
| Doña Sol y don Juan en el Generalife. . . . .        | 200             |
| Oyó detrás de sí el galope de un caballo.. . . .     | 242             |
| Al partir. . . . .                                   | 277             |
| El terror embargó sus ánimos. . . . .                | 313             |
| Un hombre al agua. . . . .                           | 366             |
| El sueño de don Juan. . . . .                        | 423             |
| La sublevacion. . . . .                              | 449             |
| Toma de posesion.. . . .                             | 465             |
| La princesa de Haití. . . . .                        | 530             |
| Obsequios de Guacanagari. . . . .                    | 568             |
| Recibimiento hecho á Colon en Barcelona. . . . .     | 663             |
| Colon en la tumba de Beatriz.. . . . .               | 706             |

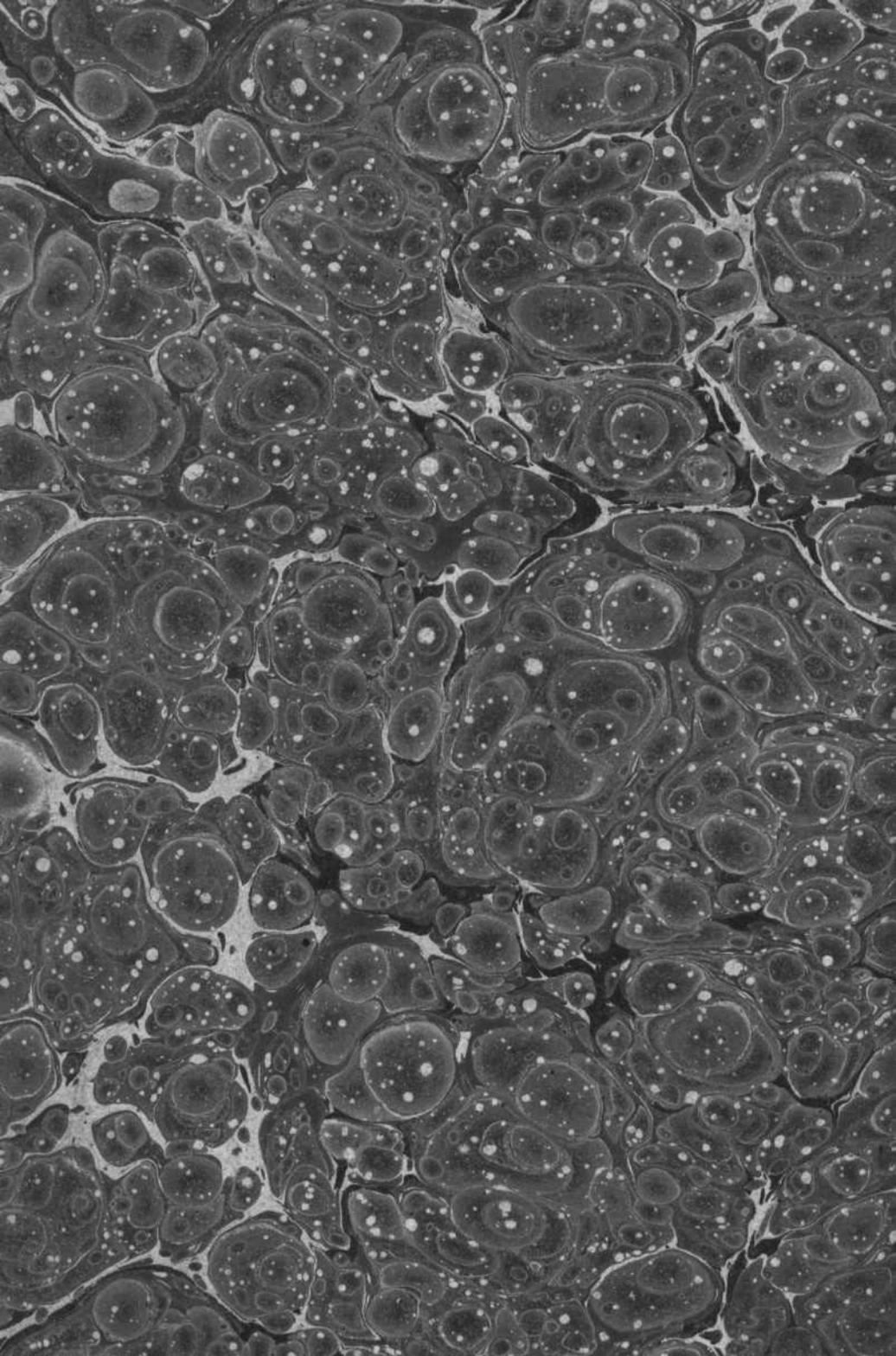


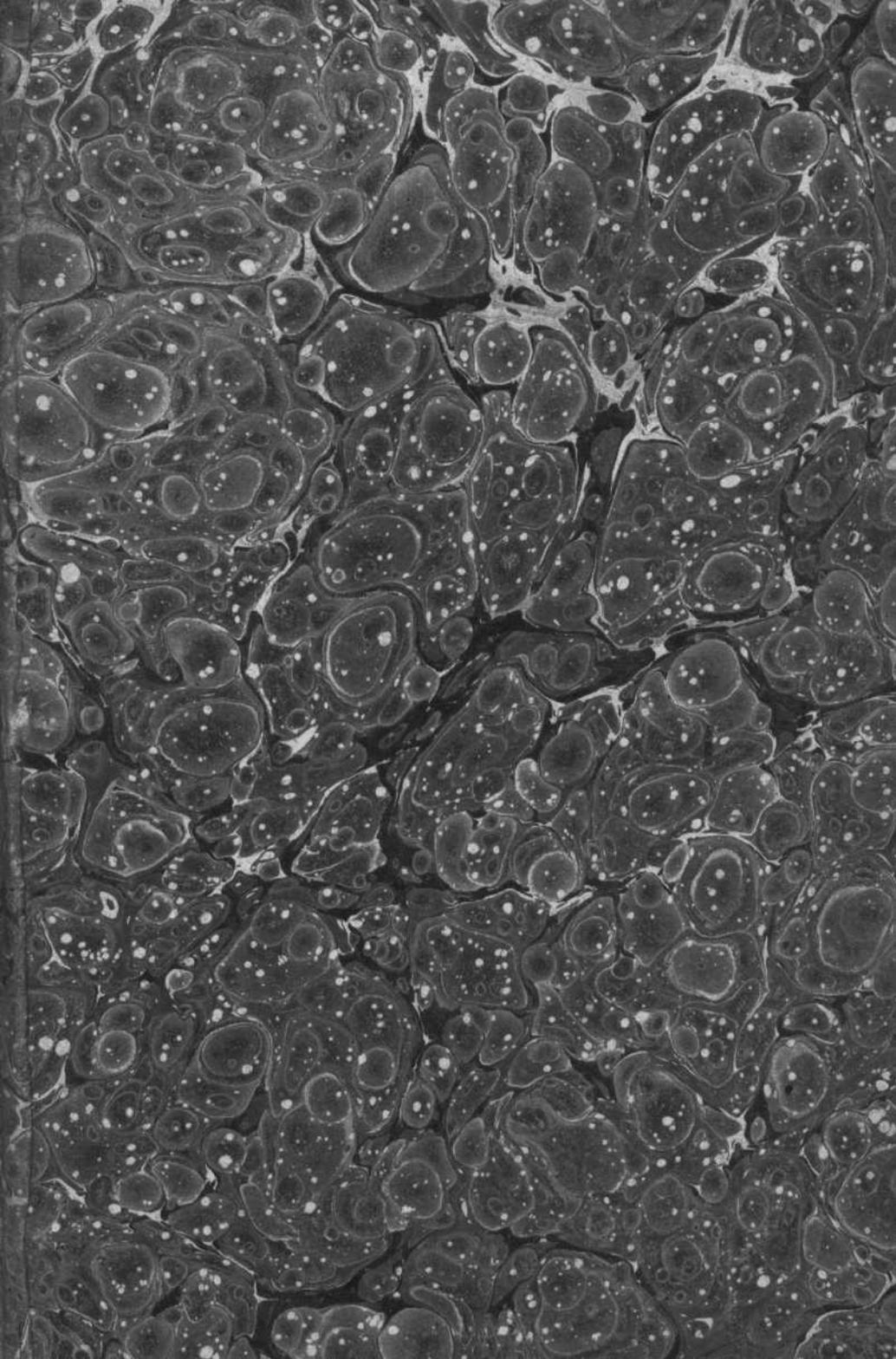
PLANTILLA

PLANTILLA

PLANTILLA









CRISTOBAL COLON

